

Arguedas,

entre el fuego y el amor



Textos seleccionados
para estudiantes de Educación Básica

Arguedas, entre el fuego y el amor

*Textos seleccionados
para estudiantes de Educación Básica*



ROGER ERCILIO GUEVARA GOÑAS
Director Regional de Educación Amazonas

ELVER PUERTA SALAZAR
Director de Gestión Pedagógica

Arguedas, entre el fuego y el amor.

Textos seleccionados para estudiantes de Educación Básica

© Dirección Regional de Educación – Amazonas
Jirón Triunfo 1180, Chachapoyas
1º Edición, agosto de 2021.

Compilación de los textos:
JAMILTON LOJA MALDONADO
Especialista en Educación – DRE Amazonas

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-08737.

La publicación de esta obra se realiza al amparo de la autorización contenida en el inciso a) del artículo 43 del Decreto Legislativo 822, el cual expresa a la letra:

“Respecto de las obras ya divulgadas lícitamente es permitida sin autorizaciones del autor:

La reproducción por medios reprográficos para la enseñanza o la realización de exámenes en instituciones educativas, siempre que no haya fines de lucro y en la medida justificada por el objetivo perseguido, de artículos o breves extractos de obras lícitamente publicadas, a condición de que tal utilización se haga conforme a los usos honrados y que la misma no sea objeto de venta u otra transacción a título oneroso, ni tenga directa o indirectamente fines de lucro”.

*Amo a mi país, lo admiro, tengo una fe ilimitada en él, y
tuve la milagrosa oportunidad de que en mi niñez mi ma-
drastra me arrojara a vivir a la cocina con los peones y sir-
vientas indias. Ellos fundaron inextinguiblemente la ternura
con que veo el mundo.*

José María Arguedas, carta a John Murra (28-09-1960).

Índice

	Pág.
Presentación	9
Textos seleccionados de José María Arguedas	
Soy hechura de mi madrastra	13
El torito de la piel brillante	19
Warma kuyay (Amor de niño)	23
Issicha Puytu	30
Agua	42
El lagarto	68
El despojo	75
El sueño del pongo	85
La agonía de Rasu Ñiti	91
El motín	101
En aquella cárcel famosa	113
¿Los indios no deben tener escuela?	118
El corral	127
A nuestro padre creador Túpac Amaru	131
Llamado a algunos doctores	136
Textos seleccionados acerca de José María Arguedas y su obra literaria	
Lima, 1969: Arguedas (Eduardo Galeano)	141
Una única y espléndida historia (Antonio Cornejo Polar)	142
Arguedas, un peruano especial (Rodrigo Montoya)	143
Acercas del poema A nuestro padre creador Túpac Amaru (Martín Leinhard)	145
La utopía de Arguedas (Julio Ortega)	146
La violencia en los cuentos de Arguedas (Mario Vargas Llosa)	148
Tres vertientes en la obra de Arguedas (Alberto Flores Ga- lindo)	150
Dos sentidos en la obra de Arguedas (Santiago López Ma- guiña y Gonzalo Portocarrero)	151
Bibliografía	153

Presentación

“Mi niñez pasó quemada entre el fuego y el amor”, refirió José María Arguedas en Arequipa en 1965, en el Primer encuentro de narradores peruanos. Más allá de su niñez, se diría que el fuego y el amor, el fuego del amor por el Perú, esa preocupación por el presente y el futuro de nuestro país, estuvo a la largo de su vida y, por eso, está en cada página de su obra literaria.

“Arguedas, entre el fuego y el amor” tiene dos partes. La primera, y de hecho la más importante, es una selección de textos de José María Arguedas. Como verás recorriendo dicha sección, hemos seleccionado algunos cuentos creados por él y otros que recogió de la tradición oral quechua y tradujo al castellano, fragmentos de sus novelas y un par de sus poemas. En la segunda parte, presentamos fragmentos escogidos, de diversos autores, acerca de la vida y obra del amauta Arguedas.

Hay varias selecciones o antologías publicadas de la obra tanto artística como científica de José María Arguedas. Recorriendo las vías virtuales de la Internet, nos hallamos con referencias acerca de ellas. Pero, nos preguntamos, ¿cuántas de esas obras son accesibles a los docentes y estudiantes de nuestro país, y no solo en las poblaciones alejadas y ciudades del interior, sino en la misma capital de nuestro querido Perú? Sin temor a equivocarnos, nos atrevemos a decir que ninguna o, con suerte, alguna. En el mejor de los casos, los libros de nuestro autor que hoy día llegan a nuestros estudiantes y profesores son copias hechas sin cuidado, a “escondidas”, y con fines meramente comerciales.

¿Y en la internet? En la gran nube que ahora lo abarca casi todo podemos hallar algunos libros de Arguedas, así como comentarios y estudios sobre su vida y obra. Sin duda, es una gran opción (para algunos quizás la única; para otros, ni siquiera eso) para tomar contacto con ciertas obras literarias que no existen ni en las bibliotecas públicas ni en las librerías (porque, valgan verdades, en las localidades del interior del país por lo general no hay ni librerías ni bibliotecas públicas).

Así las cosas, año a año los estudiantes de la educación básica deben leer textos sugeridos de la obra de Arguedas; y a partir de dicha lectura, expresar su mundo personal, la cultura local, regional y nacional, así como la diversidad cultural y lingüística¹, mediante narraciones orales y textos escritos: fábulas, cuentos, historietas y ensayos.

En este sentido, esperamos que **“Arguedas, entre el fuego y el amor”** se constituya en una opción más para acercar la obra de José María Arguedas a nuestros estudiantes y profesores. Es nuestro propósito que más personas lean sus obras y, motivados por la lectura de los textos de esta selección, busquen otros libros del autor. Así, el mensaje del amauta José María Arguedas seguirá entre nosotros, hablándonos del Perú y de la responsabilidad que todos tenemos de participar en su construcción y desarrollo.

Jámlton Loja Maldonado
Especialista en Educación – DRE Amazonas.

¹ Promover la creación literaria, en el marco del desarrollo de las competencias comunicativas en lengua originaria o en lengua castellana, a partir de la lectura de la obra de José María Arguedas, para expresar el mundo personal del lector, la cultura local, regional y nacional, así como la diversidad cultural y lingüística de los estudiantes de nuestro país. (Objetivo general del Premio Nacional de Narrativa y Ensayo “José María Arguedas”).



Textos seleccionados
de José María Arguedas

Soy hechura de mi madrastra²

Voy a hacerles una confesión un poco curiosa: yo soy hechura de mi madrastra. Mi madre murió cuando yo tenía dos años y medio. Mi padre se casó en segundas nupcias con una mujer que tenía tres hijos; yo era el menor y como era muy pequeño me dejó en la casa de mi madrastra, que era dueña de la mitad del pueblo; tenía mucha servidumbre indígena y el tradicional menosprecio e ignorancia de lo que era un indio, y como a mí me tenía tanto desprecio y tanto rencor como a los indios, decidió que yo había de vivir con ellos en la cocina, comer y dormir allí. Mi cama fue una batea de esas en que se amasa harina para hacer pan, todos las conocemos. Sobre unos pellejos y con una frazada un poco sucia, pero bien abrigadora, pasaba las noches conversando y viviendo tan bien que si mi madrastra lo hubiera sabido me habría llevado a su lado, donde sí me hubiera atormentado.

Así viví muchos años. Cuando mi padre venía a la capital del distrito, entonces era subido al comedor, se me limpiaba un poco la ropa, pasaba el domingo, mi padre volvía a la capital de la provincia y yo a la batea, a los piojos de los indios. Los indios y especialmente las indias vieron en mí exactamente como si fuera uno de ellos, con la diferencia de que por ser blanco acaso necesitaba más consuelo que ellos... y me lo dieron a manos llenas. Pero algo de triste y de poderoso al mismo tiempo debe tener el consuelo que los que sufren dan a los que sufren más, y quedaron en mi naturaleza dos cosas muy sólidamente desde que aprendí a hablar: la ternura y el

² Intervención de José María Arguedas en el Primer encuentro de narradores peruanos (Arequipa, 1965)

amor sin límites de los indios, el amor que se tienen entre ellos mismos y que le tienen a la naturaleza, a las montañas, a los ríos, a las aves; y el odio que tenían a quienes, casi inconscientemente, y como una especie de mandato Supremo, les hacían padecer. Mi niñez pasó quemada entre el fuego y el amor.

Pero no solamente he sido hechura de mi madrastra, hubo otro modelador tan eficaz como ella, un poco más bruto: mi hermanastro. Cuando yo tenía siete años de edad, me obligaba a que me levantara a las seis de la mañana a traerle su potro negro de una chacra muy grande; y los potros y los caballos de raza fina son muy caprichosos porque son aristocráticos: unas veces se dejaba agarrar con gran mansedumbre, pero otras veces me hacía sudar más de una hora hasta poder enlazarlo. Si llegaba tarde, mi hermanastro, que tenía unos veinte años cuando yo tenía siete, me trataba muy mal delante de la servidumbre. Un día, por una cosa que no puedo contar aquí, que la contaré quizás en nuestras reuniones de mesa redonda, me hizo algo. Lo había acompañado de paje para una aventura que no se puede confesar en público... Me hacía montar en un burro creyendo humillarme. El burro se llamaba "Azulejo". Nunca hubo amigos que se amaron más que yo y el burro. También en eso estaba tan equivocado como mi madrastra. Me dejó cuidando su potro negro que había comprado con veinte bueyes y doscientos carneros, y cuando regresó de su aventura indecible me reprochó que había hecho perder su poncho de vicuña, aunque no me constaba que hubiera estado sobre la montura. Levantó el rebenque para pegarme en la cara pero se arrepintió a última hora, montó el potro y espoleándolo se fue cuesta arriba a toda velocidad, mientras yo me iba conversando con, quizás, uno de los mejores amigos que he tenido en este mundo: el "Azulejo" inmortal. Cuando llegué a la cocina me puse a comer; a mí la servidumbre me trataba mucho mejor que a los patrones; entró mi hermanastro, yo estaba tomando sopa y tenía un plato de riquísimo mote a un lado con su pedacito de queso; él me quitó el plato de la mano y me lo tiró a la cara, diciéndome: "No vales ni lo que comes", que es una cosa que se suele decir muy frecuentemente. Yo salí de la casa, atravesé un pequeño riachuelo, al otro lado había un excelente campo de maíz, me tiré boca abajo en el maizal y pedí a Dios que me mandara la muerte. Yo no sé cuánto tiempo estuve llorando, pero cuando reaccioné ya era la noche. Mi buen hermanastro se había asustado un poco y me estaba haciendo buscar por todas partes, y la única vez que se alegró de verme fue cuando regresé a la casa esa noche.

Pero tuve también la fortuna de participar en la vida de la capital de provincia que es Puquio, una formidable comunidad de indios con muchas tierras, que nunca dejaron que los señores abusaran de ellos. El mal trato tenía un límite, si los señores pasaban ese límite podrían recibir y recibieron una buena respuesta de los cuatro ayllus de la comunidad de Puquio. En San Juan de Lucanas, donde vivieron estos señores cuya crueldad nunca agradeceré lo suficiente, aprendí el amor y el odio; en Puquio, viendo trabajar en faena a los comuneros de los cuatro ayllus, asistiendo a sus cabildos, sentí la incontenible, la infinita fuerza de las comunidades de indios, esos indios que hicieron en veintiocho días ciento cincuenta kilómetros de carretera que trazó el cura del pueblo. Cuando entregaron el primer camión al Alcalde, le dijeron: "Ahí tiene usted, señor, el camión, parece que la fuerza le viene de las muchas ventosidades que lanza, ahí lo tiene, a ustedes los va a beneficiar más que a nosotros"; mentira, se beneficiaron mucho más los indios, porque el carnero que costaba cincuenta centavos, después costó cinco soles, luego diez, luego cincuenta y los indios se enriquecieron a tal punto que alcanzaron un nivel de vida y una independencia económica tan fuerte que se volvieron insolentes y la mayoría de los señores de Puquio se fueron a Lima, porque no pudieron resistir más la arrogancia de estos comuneros. Pero el Varayoc o Alcalde de Chaupi, al momento de hacer la entrega del camión, les dijo al Subprefecto y al Alcalde: "En veintiocho días hemos hecho esa carretera, señores, pero eso no es nada; cuando nosotros lo decidamos podemos hacer un túnel que atravesase estos cerros y llegue hasta la orilla del mar; lo podemos hacer, para eso tenemos fuerzas suficientes". Yo fui testigo de estos acontecimientos. Todo este mundo fue mi mundo.

Luego empecé a recorrer el Perú por todas partes, llegué a Arequipa en 1924 y fui honorable huésped de la Casa Rosada. De aquí fui al Cusco, del Cusco a Abancay, de Abancay a Chalhuanca, de Chalhuanca luego a Puquio, a Coracora, a Yauyos, a Pampas, a Huancayo, a una cantidad de pueblos y tuve la fortuna de hacer un viaje a caballo del Cusco hasta Ica: catorce días de jornada.

Ingresé a la Universidad, y nunca fui tratado como serrano en San Marcos. En donde sí me trataron como serrano y con mano dura fue en el Colegio "San Luis Gonzaga" de Ica, pero yo también los traté con mano dura. El secretario del Colegio, que se apellidaba Bolívar, me dijo cuando vio mi libreta con veintes: "¡Estos serranitos!, siempre les ponen veintes en las libretas porque recitan un

versito cualquiera: aquí lo voy a ver sacar veintes". Me vio y batí el récord de los veintes en toda la historia de "San Luis Gonzaga", porque era una responsabilidad del serrano hacerlo y lo hice.

En Lima, no he sido un defensor de los serranos, he sido un defensor de los costeños, porque los costeños y especialmente los escritores de mi generación me trataron, diré honradamente, con una cordialidad tan auténtica y hasta con cierto respeto. El primer amigo que tuve fue Luis Felipe Alarco, que pertenece a la aristocracia de Lima. Me asusté cuando entré a su casa con los muebles, los salones, los espejos y los muchos cubiertos que me pusieron en la mesa, que yo no sabía manejar bien. Pero ahí estaba Luis Felipe mirándome con un afecto que casi era proporcionalmente tan bueno como el de los sirvientes, concertados y lacayos de mi madrastra, que en paz descanse. Después fui amigo de gentes que ahora son importantes, de Carlos Cueto, de Emilio Westphalen, de Luis Fabio Xammar; no tuve la fortuna de conocer a Ciro, porque lo habían largado: era demasiado peligroso para vivir en el Perú. Una de las experiencias que recuerdo con más... (no encuentro un término especial para describirlo), con un sentimiento entre admiración y espanto, fue un diálogo terrible entre los tres conversadores más agudos, más crueles e implacables que ha tenido la ciudad de Lima: Martín Adán, Enrique Bustamante y Ballivián y Raúl Porras Barrenechea, los tres juntos, como para liquidar al género humano. Nunca tuve, ni en los mejores libros, ni en los mejores libros de poemas o de filosofía, la sensación del poder del castellano que en la boca de estas maravillosas víboras.

Yo comencé a escribir cuando leí las primeras narraciones sobre los indios, los describían de una forma tan falsa escritores a quienes yo respeto, de quienes he recibido lecciones, como López Albújar, como Ventura García Calderón. López Albújar conocía a los indios desde su despacho de Juez en asuntos penales y el señor Ventura García Calderón no sé cómo había oído hablar de ellos. Yo tenía una convicción absolutamente instintiva de que el poder del Perú estaba no solamente entre la gente de las grandes ciudades, sino que sobre todo estaba en el campo y estaba en las comunidades donde hay, por lo menos en las comunidades que mejor conozco, una regla de conducta, que si se impusiera entre todos nosotros, pues haríamos una carretera de aquí hasta New York también en veintiocho días: "que no haya rabia", esa es la regla: "que no haya rabia". En estos relatos estaba tan desfigurado el indio y tan meloso

y tonto el paisaje o tan extraño que dije: "No, yo lo tengo que escribir tal cual es, porque yo lo he gozado, yo lo he sufrido" y escribí esos primeros relatos que se publicaron en el pequeño libro que se llama *Agua*. Lo leía a estas gentes tan inteligentes como Westphalen, Cueto y Luis Felipe Alarco. El relato les pareció muy bien. Yo lo había escrito en el mejor castellano que podía emplear, que era bastante corto, porque yo aprendí a hablar el castellano con cierta eficiencia después de los ocho años, hasta entonces sólo hablaba quechua. Y sin que esto sea nada en contra de mi padre, que es lo más grande que he tenido en este mundo, a veces mi padre se avergonzaba que yo entrara a reuniones que tenía con gente importante, porque hablaba pésimamente el castellano. Cuando yo leí ese relato, en ese castellano tradicional, me pareció horrible, me pareció que había disfrazado el mundo tanto casi como las personas contra quienes intentaba escribir y a quienes pretendía rectificar. Ante la consternación de estos mis amigos, rompí todas esas páginas. Unos seis o siete meses después, las escribí en una forma completamente distinta, mezclando un poco la sintaxis quechua dentro del castellano, en una pelea verdaderamente infernal con la lengua. Guardé este relato un tiempo, yo era empleado de correos, estaba una tarde de turno y en una hora en que no había mucho público lo leí y el relato era lo que yo había deseado que fuera y así se publicó.

Bueno, pero me estoy pasando de la hora y tengo que leer un poco. En síntesis, no me gradué en la universidad: cuando estaba estudiando el cuarto año, uno de los buenos Dictadores que hemos tenido me mandó al Sexto, prisión que fue tan buena como mi madrastra, exactamente tan generosa como ella. Allí conocí lo mejor del Perú y lo peor del Perú, salí y fui enviado como profesor al Colegio de Sicuani, luego volví a Lima y concluí estudios de Antropología. He recorrido un poco Europa y acabo de venir de los Estados Unidos. Es decir, cuando publiqué mi penúltimo libro, *Los ríos profundos*, alcancé a tener algún prestigio en Lima, y entonces señores muy importantes, unos verdaderos amigos de los escritores, y otros que gustan mostrar a los escritores como una decoración de sus salones, me invitaron a sus casas y alterné un poco con la alta sociedad de Lima. Desgraciadamente desaproveché alguna de las oportunidades que me ofrecieron, porque no me sentía cómodo entre ellos, debía haber ido todas las veces para conocerlos mejor. Entonces puedo decirles, ya que nos han pedido que nos confesemos y para mí ustedes son confesores mucho más respetables que

los que reciben confesiones en nuestras santas iglesias: yo he tenido la fortuna de recorrer con la vida casi todas las escalas y jerarquías sociales del Perú, incluso he llegado a ser Director de Cultura...

Conozco el Perú a través de la vida y entonces intenté escribir una novela en que mostrara todas estas jerarquías con todo lo que tienen de promesa y todo lo que tienen de lastre. Somos un país formidable. Acabo de recorrer los Estados Unidos, es un país casi incommensurable, pero si ellos tienen mil metros de hondura nosotros tenemos diez mil millones metros de hondura. Es un monstruo de grandeza, de fecundidad y de máquina, pero quizás no hay tanto corazón, ni tanto pensamiento, ni tanta generosidad como entre nosotros. Y escribí este libro, *Todas las sangres*, en que he intentado mostrarlo todo, de allí lo que pueda tener de bueno y lo que tiene de defectos. Hay tres personajes que son los más importantes, dos son fundamentales, dos heredan un gran feudo, los dos hermanos se odian a muerte por circunstancias especiales, ya han sido maldichos por su padre, a quien han quitado sus bienes en vida; uno es de mentalidad completamente antigua y feudal, el otro ha sido educado en los Estados Unidos y en Lima, es casi ingeniero, no llegó a ser ingeniero, y desea hacer del Perú un país muy como Norteamérica; el otro quiere aguantarlo para que siga siendo un país antiguo. En el fondo, uno de los dos hermanos lucha porque desea modernizar el país (y debe modernizarse sin perder sus raíces antiguas) y el otro odia lo moderno porque considera que lo moderno es un peligro para la santidad del alma. Entre los dos, como cuña formidable, está un indio que sufrió todo cuanto un indio puede sufrir en Lima, el honorable Rendón Willka. Yo les voy a leer un trozo del libro, que les va a dar una idea de cuál es el contenido ambicioso de *Todas las sangres*.

Arguedas leyó un fragmento del capítulo IV de su novela Todas las sangres.

El torito de la piel brillante³

Este era un matrimonio joven. Vivían solos en una comunidad. El hombre tenía una vaquita, una sola vaquita. La alimentaban dándole toda clase de comidas; gacha de harina o restos de jora. La criaban en la puerta de la cocina. Nunca la llevaron fuera de la casa y no se cruzó con macho alguno. Sin embargo, de repente, apareció preñada. Y parió un becerrito color marfil, de piel brillante. Apenas cayó al suelo mugió enérgicamente.

El becerro aprendió a seguir a su dueño; como un perro iba tras él por todas partes. Y ninguno solía caminar solo; ambos estaban juntos siempre. El becerro olvidaba a su madre; sólo iba donde ella para mamar. Apenas el hombre salía de la casa el becerro lo seguía.

Cierto día, el hombre fue a la orilla de un lago a cortar leña. El becerro lo acompañó. El hombre se puso a recoger leña en una ladera próxima al lago; hizo una carga, se la echó al hombro y luego se dirigió a su casa. No se acordó de llamar al torito. Este se quedó en la orilla del lago comiendo la totora que crecía en la playa.

Cuando estaba arrancando la totora, salió un toro negro, viejo y alto, del fondo del agua. Estaba encantado, era el Demonio que tomaba esa figura. Entre ambos concertaron una pelea. El toro negro dijo al becerro:

—Ahora mismo tienes que luchar conmigo. Tenemos que saber cuál de los dos tiene más poder. Si tú me vences, te salvarás; si te venzo yo, te arrastraré al fondo del lago.

³ Incluido en *Canciones y cuentos del pueblo quechua* (1949). En la edición de 1957 de esta obra, se menciona que este relato fue recogido en Maranganí, Canchis, Cuzco, por el padre Jorge A. Lira y traducido al castellano en colaboración con José María Arguedas.

—Hoy mismo no —contestó el torito—. Espera que pida licencia a mi dueño; que me despida de él. Mañana lucharemos. Vendré al amanecer.

—Bien —dijo el toro viejo—. Saldré al mediodía. Si no te encuentro a esa hora, iré a buscarte en una litera de fuego, y te arrastraré a ti y a tu dueño.

—Está bien. A la salida del sol apareceré por estos montes —contestó el torito.

Así fue como se concertó la apuesta, solemnemente.

Cuando el hombre llegó a su casa, su mujer le preguntó:

—¿Dónde está nuestro becerrito?

Sólo entonces el dueño se dio cuenta que el torito no había vuelto con él. Y dijo:

—¿Dónde estará?

Salió de la casa a buscarlo por el camino del lago. Lo encontró en la montaña, venía mugiendo de instante en instante.

—¿Qué fue lo que hiciste? ¡Tu dueña me ha reprendido por tu culpa! Debiste regresar inmediatamente —le dijo el hombre, muy enojado.

El torito contestó:

—¡Ay! ¿Por qué me llevaste, dueño mío? ¡No sé qué ha de sucederte!

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué puede sucederme? —preguntó el hombre.

—Hasta hoy no más hemos caminado juntos, dueño mío. Nuestro camino común se ha de acabar.

—¿Por qué? ¿Por qué causa? —volvió a preguntar el hombre.

—Me he encontrado con el Poderoso, con mi gran Señor. Mañana tengo que ir a luchar con él. Mis fuerzas no pueden alcanzar a sus fuerzas. Hoy él tiene un gran aliento. ¡Ya no volveré! Me ha de hundir en el lago —dijo el torito.

Al oír esto, el hombre lloró. Y cuando llegaron a la casa, lloraron ambos, el hombre y la mujer.

—¡Ay mi torito! ¡Ay mi criatura! ¿Con qué vida, con qué alma nos has de dejar?

Y de tanto llorar se quedaron dormidos.

Y así, muy al amanecer, cuando aún quedaban sombras, muchas sombras, cuando aún no había luz de la aurora, se levantó el torito, y se dirigió hacia la puerta de casa de sus dueños, y les habló así:

—Ya me voy. Quedáos, pues, juntos.

—¡No, no! ¡No te vayas! —le contestaron llorando—. Aunque venga tu Señor, tu Encanto, nosotros le destrozaremos los cuernos.

—No podréis —contestó el torito.

—Sí; hemos de poder. ¡Espera!

Pero el torito salió hacia la montaña.

—Subirás a la cumbre, y muy a ocultas, me verás desde allí —dijo.

El hombre corrió, le dio alcance y se colgó de su cuello, lo abrazó fuertemente.

— ¡No puedo, no puedo quedarme! —le decía el torito.

— ¡Iremos juntos!

—No, mi dueño. Sería peor, ¡me vencería! Quizás yo solo, de algún modo pueda salvarme.

—¿Y cómo ha de ser mi vida si tú te vas? —decía y lloraba el dueño.

En ese instante el sol salía, ascendía en el cielo.

—Juntos viviréis, juntos os ayudaréis, mi dueño. No me atajes más, mira que el sol ya está subiendo. Anda a la cumbre, y mírame desde allí. Nada más —rogó el torito.

—Entonces y no hay nada que hacer —dijo el hombre; y se quedó en el camino. El torito se marchó.

El dueño subió el cerro y llegó a la cumbre. Allí se tendió; ocultó en la paja miró el lago. El torito llegó a la ribera; empezó a mugir poderosamente; escarbaba el suelo y echaba el polvo al aire. Así estuvo largo rato, mugiendo y aventando tierras; solo, muy blanco, en la gran playa.

Y el agua del lago empezó a moverse; se agitaba de un extremo a otro; hasta que salió de su fondo un toro, un toro negro, grande y

alto como las rocas. Escarbando la tierra, aventando polvo, se acercó hacia el torito blanco. Se encontraron y empezó la lucha.

Era el mediodía y seguían peleando. Ya arriba, ya abajo, ya hacia el cerro, ya hacia el agua, el torito luchaba; su cuerpo blanco se agitaba en la playa. Pero el toro negro lo empujaba, poco a poco, lo empujaba, lo empujaba, hacia el agua. Y, al fin, le hizo llegar hasta el borde del lago, y de un gran astazo lo arrojó al fondo; entonces el toro negro, el Poderoso, dio un salto y se hundió tras de su adversario. Ambos se perdieron en el agua. El hombre lloró a gritos; bramando como un toro descendió la montaña; entró a su casa y cayó desvanecido. La mujer lloraba sin consuelo.

Hombre y mujer criaron a la vaca, a la madre del becerrito blanco, con grandes cuidados, amándola mucho, con la esperanza de que “pariera un torito igual al que perdieron. Pero transcurrieron los años y la vaca permaneció estéril. Y así, los dueños pasaron el resto de su vida en la tristeza y el llanto.

Warmá Kuyay⁴

(Amor de niño)

Noche de luna en la quebrada de Viseca.

*Pobre palomita, por donde has venido,
buscando la arena, por Dios, por los suelos.*

-¡Justina! ¡Ay, Justina!

*En un terso lago canta la gaviota,
memorias me deja de gratos recuerdos.*

-¡Justinay, te pareces a las torcazas de Sausiyok'!

-¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas!

-¿Y el kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sapo te gusta!

-¡Déjame, niño Ernesto! Feo, pero soy buen laceador de vaquellas y hago temblar a los novillos de cada zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se rió, mirando al Kutu; sus ojos chispeantes como dos luceros.

-¡Ay Justinacha!

-¡Zonzo, niño zonzo! –habló Gregoria, la cocinera.

Caledonia, Pedrucha, Manuela, Anitacha... soltaron la risa, gritaron a carcajadas.

-¡Niño zonzo!

⁴ Fue publicado por primera vez en 1933, en el N° 1 de la revista Signo. En 1935 fue publicado como parte del libro de cuentos titulado "Agua".

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda, con la musiquita de Julio el charanguero. Se volteaban a ratos, para mirarme, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre.

Me fui hacia el molino viejo; el blanqueo de la pared parecía moverse, como las nubes que correteaban en las laderas de “Chawala”. Los eucaliptos de la huerta sonaban con ruido largo e intenso: sus sombras se tendían hasta el otro lado del río. Llegué al pie del molino, subí a la pared más alta y miré desde allí la cabeza del “Chawala”: el cerro, medio negro, recto, amenazaba caerse sobre los alfalfares de la hacienda. Daba miedo por las noches; los indios nunca lo miraban a esas horas y en las noches claras conversaban siempre dando la espalda al cerro.

-¡Si te cayeras de pecho, tayta “Chawala”, nos moriríamos todos!

En medio del witron⁵, Justina empezó otro canto:

*Flor de mayo, flor de mayo,
flor de mayo, primavera,
por qué no te libertaste
de esa tu falsa prisionera.*

Los cholos se habían parado en círculo y Justina cantaba al medio. En el patio inmenso, inmóviles sobre el empedrado, los indios se veían como estacas de tender cueros.

-Ese puntito negro que está al medio de Justina, y yo la quiero, mi corazón tiembla cuando ella se ríe, llora cuando sus ojos miran al Kutu. ¿Por qué, pues, me muero por ese puntito negro?

Los indios volvieron a zapatear en ronda. El charanguero daba vueltas alrededor del círculo, dando ánimo, gritando como porto enamorado. Una paca-paca empezó a silbar desde un sauce que cabeceaba a la orilla del río; la voz del pájaro maldecido daba miedo. El charanguero corrió hasta el cerco del patio y lanzó pedradas al sauce; todos los cholos le siguieron. Al poco rato el pájaro voló y fue a posarse sobre los duraznales de la huerta; los cholos iban a perseguirle, pero don Froylán apareció en la puerta del Witron.

-¿Largo! ¡A dormir!

Los cholos se fueron en tropa hacia la tranca del corral; el Kutu se quedó solo en el patio.

⁵ Patio grande

-¡A ese le quiere!

Los indios de don Froylán se perdieron en la puerta del caserío de la hacienda y don Froylán entró al patio tras de ellos.

-¡Niño Ernesto! –llamó el Kutu.

Me bajé al suelo de un salto y corrí hacia él.

-Vamos, niño.

Subimos al callejón por el lavadero de metal que iba desmoronándose en un ángulo del witrón; sobre el lavadero había un tubo inmenso de fierro y varias ruedas, enmohecidas, que fueron de las minas del padre de don Froylán.

Kutu no habló nada hasta llegar a la casa de arriba.

La hacienda era de don Froylán y de mi tío; tenía dos casas. Kutu y yo estábamos solos en el caserío de arriba; mi tío y el resto de la gente fueron al escarbe de papas y dormían en la chacra, a dos leguas de la hacienda.

Subimos las gradas, sin mirarnos siquiera, entramos al corredor, y tendimos allí nuestras camas para dormir alumbrados por la luna. El Kutu se echó callado; estaba triste y molesto. Yo me senté al lado del cholo.

-¡Kutu! ¿Te ha despachado Justina?

-¡Don Froylán le ha abusado, niño Ernesto!

-¡Mentira, Kutu, mentira!

-¡Ayer no más le ha forzado; en la toma de agua, cuando fue a bañarse con los niños!

-¡Mentira, Kutullay, mentira!

Me abracé al cuello del cholo. Sentí miedo; mi corazón parecía rajarse, me golpeaba. Empecé a llorar, como si hubiera estado solo, abandonado en esa quebrada oscura.

-¡Déjate, niño! Yo, pues, soy “endio”, no puedo con el patrón. Otra vez, cuando seas “abogau”, vas a fregar a don Froylán.

Me levantó como a un becerro tierno y me echó sobre mi catre.

-¡Duérmete, niño! Ahora le voy a hablar a Justina para que te quiera. Te vas a dormir otro día con ella ¿quieres, niño? ¿Acaso? Justina

tiene corazón para ti, pero eres muchacho todavía; tienes miedo porque eres niño.

Me arrodillé sobre la cama, miré al “Chawala” que parecía terrible y fúnebre en el silencio de la noche.

-¡Kutu, cuando sea grande voy a matar a don Froylán!

-¡Eso sí, niño Ernesto! ¡Eso sí, mak'tasu⁶!

La voz gruesa del cholo sonó en el corredor como maullido del león que entraba hasta el caserío en busca de chanchos. Kutu se paró; estaba alegre, como si hubiera tumbado al puma ladrón.

-Mañana llega el patrón. Mejor esta noche vemos a Justina. El patrón seguro te hace dormir en su cuarto. Que se entre la luna para ir.

Su alegría me dio rabia.

-¿Y por qué no matas a don Froylán? Mátale con tu honda, Kutu desde el frente del río, como si fuera puma ladrón.

-¡Sus hijitos, niño! ¡Son nueve! Pero cuando seas “abugau” ya estarán grandes.

-¡Mentira, Kutu, mentira! ¡Tienes miedo como mujer!

-No sabes nada niño. ¿Acaso no he visto? Tienes pena de los becerritos, pero a los hombres no los quieres.

-¡Don Froylán! ¡Es malo! ¡Los que tienen hacienda son malos hacen llorar a los indios como tú; se llevan las vaquitas de los otros, o las matan de hambre en su corral! ¡Kutu, don Froylán es peor que toro bravo! ¡Mátale, no más, Kutucha, aunque sea con galga, en el barranco de Capitana.

-¡”Endio” no puedes niño! ¡”Endio” no puede!

¡Era cobarde! Tumbaba a los padrillos cerriles, hacía temblar a los potros, rajaba a látigos el lomo de los aradores, hondeaba desde lejos a las vaquillas de los potros cholos cuando encontraba a los potreros de mi tío, pero era cobarde. ¡Indio perdido!

Lo miré de cerca; su nariz aplastada, sus ojos casi oblicuos, sus labios delgados, ennegrecidos por la coca. ¡A este le quiere! Y ella era bonita, su cara rosada siempre estaba limpia, sus ojos negros quemaban, no era como las otras cholas, sus pestañas eran largas,

⁶ Joven fuerte

su boca llamaba al amor y no me dejaba dormir. A los catorce años yo la quería; sus pechitos parecían limones grandes, y me desesperaban. Pero ella era de Kutu, desde tiempo; de este cholo con cara de sapo. Pensaba en eso y mi pena se parecía mucho a la muerte. ¿Y ahora? Don Froylán la había forzado⁷.

-¡Mentira, Kutu! ¡Ella misma, seguro ella misma!

Un chorro de lágrimas saltó de mis ojos. Otra vez el corazón me sacudía, como si tuviera más fuerza que todo mi cuerpo.

-¡Kutu! Mejor la mataremos los dos a ella ¿quieres?

El indio se asustó. Me agarró la frente; estaba húmeda de sudor.

-¡Verdad! Así quieren los mistis.

-Llévame donde Justina, Kutu! Eres mujer, no sirves para ella. ¡Déjala!

-¡Cómo no, niño, para ti voy a dejar, para ti solito. Mira en Wayrala se está apagando la luna.

Los cerros ennegrecieron rápidamente, las estrellitas saltaron de todas partes del cielo; el viento silbaba en la oscuridad, golpeándose sobre los duraznales y eucaliptos de la huerta; más abajo, en el fondo de la quebrada, el río grande cantaba con voz áspera.

* * *

Despreciaba al Kutu; sus ojos amarillos, chiquitos, cobardes, me hacían temblar de rabia.

-¡Indio, muérete mejor. ¡O lárgate a Nazca! ¡Allí te acabará la tercia, te enterrarán como a perro!

Pero el novillero se agachaba no más, humilde, y se iba al witron, a los alfalfares, a la huerta de los becerros, y se vengaba en el cuerpo de los animales de don Froylán, al principio yo lo acompañaba. En las noches entrábamos, ocultándonos, al corral; escogíamos los becerros más finos, los más delicados; Kutu se escupía las manos, empuñaba duro el zurriago⁸, y rajaba el lomo a los torillitos. Uno, dos, tres...cien zurriagazos; las crías se retorcían en el suelo, se

⁷ Forzar: tener relaciones sexuales a la fuerza.

⁸ Látigo o azote.

tumbaban de espaldas, lloraban, y el indio seguía encorvado, feroz. Y yo me sentaba en un rincón y gozaba. Yo gozaba.

-¡De don Froylán es, no importa! ¡Es de mi enemigo!

Hablaba en voz alta para engañarme, para tapar el dolor que enco-gía mis labios e inundaba mi corazón.

Pero ya en la cama, a solas, una pena negra, invencible, se apode-raba de mi alma, y lloraba dos, tres horas. Hasta que una noche mi corazón se hizo grande, se hinchó. El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento. Salté de la cama, descalzo, corrí hasta la puerta; despacito abrí el cerrojo y pasé al corredor. La luna ya había salido; su luz blanca bañaba la quebrada; los ár-boles rectos, silenciosos, estiraban sus brazos al cielo. De dos sal-tos bajé al corredor y atravesé corriendo el callejón empedrado, salté la pared del corral y llegué junto a los becerritos. Ahí estaba “Zarinacha”, la víctima de esa noche, echadita sobre la bosta seca con el hocico en el suelo; parecía desmayada; me abracé a su cue-llo; la besé mil veces en su boca con olor a leche fresca, en sus ojos negros y grandes.

-¡Niñacha, perdóname! ¡Perdóname, mamaya!

Junté mis manos y, de rodillas, me humillé ante ella.

-Ese perdido ha sido, hermanita, yo no. ¡Ese Kutu, canalla, indio pe-rro!

La sal de las lágrimas siguió amargándome largo rato.

Zarinacha me miraba seria, con su mirada humilde, dulce.

-¡Yo te quiero, niñacha; yo te quiero! Y una ternura sin igual, pura, dulce, como la luz en esa quebrada madre, alumbró mi vida.

* * *

A la mañana siguiente encontré al indio en el alfalar de Capitana. El cielo estaba limpio y alegre, los campos verdes llenos de fres-cura. El Kutu ya se iba, tempranito a buscar “daños”⁹ en los potre-ros de mi tío, para ensañarme contra ellos.

⁹ Se dice cuando un animal entra a una chacra ajena

-Kutu vete de aquí. En Viseca ya no sirves. Los comuneros se ríen porque eres maula.

Sus ojos opacos me miraron con cierto miedo.

-¡Asesino también eres, Kutu! ¡Un becerrito es como una criatura!
¡Ya en Viseca no sirves, indio!

-¿Yo no más, acaso? Tú también. Pero mírale al tayta Chawala: diez días más atrás me voy a ir.

Resentido, penoso como nunca, se largó a galope en el bayo de mi tío.

Dos semanas después, Kutu pidió licencia y se fue. Mi tía lloró por él, como si hubiera perdido un hijo. Kutu tenía sangre de mujer; le temblaba a don Froylán, casi a todos los hombres les temía. Le quitaron su mujer y se fue a ocultar después en los pueblos del interior, mezclándose con las comunidades de Sondando, Chacrilla... ¡Era cobarde!

Yo, sólo, me quedé junto a don Froylán, pero cerca de Justina, de mi Justinacha ingrata. Y no fui desgraciado. A la orilla de ese río espumoso, oyendo el canto de las torcazas y de las tuyas, yo vivía sin esperanzas; pero ella estaba bajo el mismo cielo que yo, en esa misma quebrada que fue mi nido; contemplando sus ojos negros oyendo su risa, mirándola desde lejitos, era casi feliz, porque mi amor por Justina fue un "Warmá kuyay" y no creía tener derecho todavía sobre ella; sabía que tendría que ser de otro, de un hombre grande, que manejara ya zurriago, que echara ajos roncós y peleara a látigos en los carnavales. Y como amaba a los animales, las fiestas indias, las cosechas, las siembras con música y jarawi, vivía alegre en esa quebrada verde y llena de calor amoroso del sol. Hasta que un día me arrancaron de mi querencia para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo.

* * *

El Kutu en un extremo y yo en otro. Él quizá habrá olvidado: está en su elemento, en un pueblecito tranquilo, aunque maula, será el mejor amansador de potrancas, y le respetarán los comuneros. Mientras yo, aquí vivo amargado y pálido, como un animal de los llanos fríos, llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y extraños.

Issicha Puytu¹⁰

En un ayllu había una mujer hermosa, muy hermosa, cuya belleza deslumbraba. Su nombre era Issicha Puytu. Llegó su turno de la mita, del servicio en la casa del señor de la región, del curaca. Fue a cumplir su turno y no volvió. El curaca la hizo quedar, no quiso soltarla, le dijo:

—Vivirás conmigo

—Bien —dijo ella. Y se quedó en la casa del señor. Vivió con él.

El curaca mandó que le quitaran toda la ropa a su nueva amante, a Issicha Puytu. La hizo vestir con la ropa de las matronas, de las principales. Ella tenía trenzas. Y sus trenzas las mandó peinar como se peina la cabellera de las soberanas. Con grandes prendedores de plata le hizo adornar la cabeza; extremó su amor el curaca en estas cosas. La hizo vestir con ropas de finísimo hilado, la hizo calzar de sandalias. Toda ella la adornó y vistió como a las señoras principales. En las llikllas, en las mantas que debían cubrirle la espalda, mandó tejer palomas. Todas sus vestiduras estaban tejidas con franjas anchas en las que se había retratado a las flores de la tierra. Así la cargó de adornos como a una planta florecida, y la transformó.

De este modo vivían y pasaba el tiempo. Ella no se ocupaba de nada, su señor no la hacía trabajar. Pasaban el día entregados a la

¹⁰ Includido en *Canciones y cuentos del pueblo quechua* (1949). Fue recogido en Cusco por el padre Jorge A. Lira y traducido al castellano en colaboración con José María Arguedas.

diversión y el juego, encerrándose en el dormitorio. Comían juntos. Él la tenía en sus brazos, sobre sus rodillas, mientras comía.

El señor tenía muchos criados jóvenes. Todos odiaban a Issicha Puytu y hablaban mal de ella, a escondidas. Y cuando la servían y le llevaban las comidas, refunfuñaban. Al señor no le importaba eso, ni nada. Pero la gente del pueblo sabía, y también ellos murmuraban. Pero tampoco eso importaba al curaca, ni temía el juicio del pueblo.

Día y noche estaba con ella, con su amada. Con ella comía, con ella dormía, con ella esperaba el anochecer. Issicha Puytu sabía tocar una quena hecha de hueso humano. (Esas quenenas se tocan bajo un cántaro alargado). Ella tocaba intensa y bellamente la quena. Y por eso se llamaba Issicha Puytu. El curaca le compró una quena y un cántaro. Ella pone las manos dentro del cántaro y toca la quena. El canta. Es el curaca quien canta.

Así vivían todos los días. Mientras tanto, los padres de ella la esperaban. Y como pasaba el tiempo y no volvía, la madre dijo a los hermanos de Issicha Puytu:

—¿Dónde estará mi hija? ¿Qué será de ella? No ha vuelto desde que fue a cumplir su turno. O es que a han retenido para que sirva en la mita para siempre. Id a preguntar por vuestra hermana.

Luego prepararon un fiambre abundante y enviaron a dos de los hermanos hacia el pueblo. Llegaron ambos a la casa del señor y preguntaron a los jóvenes sirvientes. Uno de los hermanos dijo:

—Issicha Puytu, mi hermana, vino a cumplir su turno en la mita. Y no ha vuelto. ¿Qué es lo que hace en la casa del señor?

Los jóvenes le contestaron:

—Tu hermana es ahora la Wayru (Señora). Se ha tornado en la Matrona.

—Decidle que han venido sus hermanos a averiguar de ella.

Los sirvientes entraron a la casa a cumplir el encargo. Dijeron a la señora:

—Issicha Puytu, han venido tus hermanos a preguntar por ti.

—¿Quién puede ser mi hermano? —contestó ella.

—Allí están en la puerta tus dos hermanos. Dicen que han venido por orden de tus padres.

Issicha Puytu contestó:

—Yo no tengo padre ni madre.

—Pues, mira, mira allí.

Pero ella no quiso mirar. Muy tranquila, sentada sobre el lecho del curaca, tocaba su quena, hacía gemir al instrumento. Nada más.

Los jóvenes sirvientes volvieron donde los hermanos y les dijeron:

—Dice ella que no sois sus hermanos. Dice que no reconoce tener padre ni madre. No quiere salir. Ha dicho de vosotros: “¿Qué ricos en excremento son los que quieren reconocermes por hermanos?”.

Sin embargo, los hermanos esperaron afuera, sentados, conversando con la servidumbre.

—Ella está con el Señor, vive con él —dijeron los sirvientes. Y les contaron la historia de Issicha Puytu. Todo lo que ocurrió con ella, desde el principio.

Y cuando los hermanos estaban sentados entre los sirvientes, Issicha Puytu salió, por su propia voluntad. Los hermanos se levantaron, fueron hacia ella y le dijeron:

—¿Cómo te encuentras, hermana? ¿Dónde estás? No volviste a nuestra casa. Cualquiera que haya sido tu suerte, debiste avisar, hermana. Nuestros padres te enviaron con nosotros este fiambre.

—Tú, mozo mugriento, tú no eres mi hermano —contestó ella—. ¿De dónde, y por qué queréis ser mis hermanos?

—Nuestra madre está llorando por ti —contestaron ellos.

—¿Y quién había sido mi madre? —volvió a preguntar Issicha Puytu.

—¿No te acuerdas de nuestros padres? —preguntaron los hermanos.

—¿De dónde y por qué pretendéis reconocermes? ¿Acaso soy de vuestra clase? Por qué me veis en alta condición queréis haceros pasar como mis parientes —dijo ella con gran altivez. Recibió el fiambre que le habían enviado sus padres y lo arrojó a la cara de sus hermanos.

— ¿Cómo me habéis traído esto? ¿Soy acaso de las que comen esas cosas? —les gritó con el mayor desprecio.

Al oír estas palabras, los hermanos se marcharon; volvieron a su casa.

Llegaron donde estaban sus padres.

—Me enviasteis a preguntar por vuestra hija —habló el mayor de los hermanos—. Nos ha recibido con desprecio. No quiso reconocernos. “¿Mozos tan mugrientos pretendéis haceros pasar por mis hermanos?”, nos dijo.

—No es posible que mi hija haya hablado de ese modo —contestaron el padre y la madre.

—Aún la comida que le enviaste nos arrojó a la cara. No se acuerda de nuestra casa.

Y así, minuciosamente, hicieron el relato de la visita a Issicha Puytu.

—Vuestra hija vive con el curaca —dijeron.

Pero los padres no quisieron creer lo que oían.

—No. No es posible que mi hija sea de tal índole —respondieron—. Vosotros odiáis a mi hija. No queréis que ella vuelva, y por eso inventáis esos cuentos.

No creyeron en las palabras de los hermanos. Y así fue.

* * *

Pasó mucho tiempo en la vida de Issicha Puytu. Concibió un hijo; estaba embarazada.

Entonces, nuevamente, los de su casa quisieron saber de ella. Y la madre envió al padre. Como en la primera vez, prepararon un fiambre.

—Si será verdad que nuestra hija es como sus hermanos cuentan de ella. Anda y ve por ti mismo —dijo la madre a su marido.

El padre llegó a la casa del curaca. Preguntó por su hija. Los criados contaron al padre la historia de Issicha Puytu, como habían contado a los hermanos.

—Hacedme el favor de llamarla —dijo el anciano—. Decidle que ha venido su padre.

Los criados le anunciaron ante Issicha Puytu. Y ella contestó:

— ¿Quién puede ser mi padre?

Y como le dijeron: “Es tu padre quien ha venido”, ella salió murmurando:

—¡Oh! ¿Quién, quién había sido mi padre?

En cuanto vio a su hija, el anciano fue hacia ella, iluminado de alegría exclamó:

—¡Oh hija mía! ¿Cómo estás? —y con el corazón ardiente de amor prosiguió:

—¿Cómo no has vuelto hasta ahora? ¿Qué es lo que te está pasando?

Y ella le contestó:

—Oye, perro viejo: ¿cómo puedo ser yo hija tuya? ¿Cómo, de qué modo pudiste ser tú mi padre?

Issicha Puytu estaba encinta. Y el padre contestó dulcemente:

—No, hija mía, no me digas eso. No puede ser. No es posible que me contestes de este modo. Recibe siquiera el regalo que te he traído.

Y desatando la pequeña carga que traía le alcanzó el fiambre que la madre había preparado. Pero ella lo rechazó.

—Oye, perro viejo —le dijo—. ¿Soy acaso de las que comen estas cosas? Fuera de aquí. No pretendas reconocermé.

Y lo arrojó de la casa.

Llorando, el padre volvió. Llegó donde su mujer y le dijo:

—Era cierto. Tu hija se ha tornado en otra, a la que ya no es posible reconocer. Está embarazada. Me ha contestado con desprecio y me ha arrojado de su casa.

El viejo habló con voz lastimera. Pero la madre no quiso creer.

—El padre y los hermanos, todos la odiáis —dijo.

—Tu hija nos ha negado, a su padre y a su madre —insistió el anciano. Y lloró en presencia de su mujer. Sin embargo, la madre no daba fe; siguió hablando:

—Tú no has llagado, oye anciano, a la casa del curaca.

—Pues, anda tú, anda a saber —contestó el padre.

Pero la madre no fue. Y pasó el tiempo.

—Quizá vuelva, despacio, poco a poco —decía. Y no fue.

* * *

Issicha Puytu dio a luz. Hicieron bautizar al niño y eligieron padrino a un hombre que vivía en una casa vecina a la del curaca. Pero el niño murió. El curaca cuidó y curó a Issicha Puytu; la cuidó con todo amor y esmero. Y siguieron viviendo solos. Y amaron mucho al padrino del niño.

Y pasó el tiempo. La madre seguía esperando. Pero Issicha Puytu no aparecía. Entonces empezó a preparar su fiambre: hizo galletas de harina de quinua y kkañiwa (k'íspiñu), cocinó mote y chuño hervido. “Estas eran las comidas que ella prefería. ¡Cuánto deseo tendrá de probarlas!”, decía, mientras preparaba su atado de fiambre.

—Mi hija debe ser la criada del curaca —dijo. Y, llena de pena, se echó el atado a las espaldas—. Uno con una historia, otro con otra historia vienen donde mí para hablarme de mi hija. Ahora que yo llegue, veré por mí misma si es como ellos dicen.

Y emprendió la marcha hacia el pueblo. Llegó a la casa del curaca. A esa hora, su hija estaba tomando el sol echada sobre una alfombra. Tenía en la cabeza hermosos prendedores de plata. Era una matrona soberana. Imposible de ser reconocida. Y la anciana dudó, no podía reconocer a su hija. Issicha Puytu estaba muy engalanada. “¿Es esta mi hija, o no es ella?, se preguntaba y la miraba con asombro. Entonces, su hija le habló:

—Oye, vieja, ¿qué es lo que quieres?

La madre la reconoció en el sonido de la voz. Y le habló presurosa:

—Oh, hija mía! ¿Cómo estás?

Y corrió a abrazarla. Pero Issicha Puytu la rechazó. Aun así, la anciana le alcanzó el atado de manjares que había traído. Issicha Puytu recibió el regalo y dijo:

— ¿Por qué venís cada uno de vosotros trayéndome comidas inmundas y tratando de haceros pasar por mis parientes? ¿Yo acaso os conozco, mujer maloliente?

Y le arrojó el fiambre a la cabeza. Entonces la madre exclamó:

—¿Qué te pasa, oh criatura? ¡No te vuelvas contra el bien, hija mía! Yo te envié a que cumplieras tu turno en la mita, no te mandamos para que cambiaras de este modo.

—¡Fuera de aquí, vieja! ¡No me dirijas más la palabra! —gritó Issicha Puytu.

—¿Ya no recuerdas que soy tu madre? —preguntó la anciana—. ¿Es verdad que le arrojaste mi regalo al rostro de tu padre, y que hiciste lo mismo con tus hermanos? ¡Vámonos ahora! —ordenó la madre.

—¿Dónde puedo ir yo, vieja inmunda? —contestó Issicha Puytu.

—A nuestra casa. ¿O es que ya no recuerdas tu hogar?

—¡Fuera de aquí, vieja! ¡Ya no me hables más! —gritó Issicha Puytu, decidida ya a arrojar de su casa a la madre.

La anciana recogió la comida del suelo. Y así, de rodillas, en medio del patio, lloró. Issicha Puytu la estaba mirando.

—Desde hoy para siempre ya no serás mi hija —dijo la madre— ¡Cuidado con que más tarde quieras decir: “Fuisteis mi padre y mi madre!”. Ya no podrá ser en ningún tiempo, ¡Nunca podrás llamarme!

Y pronunciando la última frase iba saliendo de la casa. Pero la hija le contestó:

—¿Quién podrá llamarte “Madre” a ti?

Entonces la madre se descubrió el seno, hizo como si se ordeñara hacia el suelo, y pronunció la maldición suprema:

— ¡Con esto has de encontrar la vida eterna!

Luego salió de la casa y tomó el camino de su comunidad. Iba llorando en el camino. “¿Cómo ha podido mi hija hacerme lo que ha hecho? ¡Aun los manjares que hice para ella me los arrojó al rostro!”, decía. Y sus lágrimas rodaban como grandes gotas de lluvia, como el pesado granizo. “Yo que no quise creer a mi esposo ni a mis hijos. Sin embargo, ellos decían la verdad. ¡Mi hija es como ellos decían!”, seguía hablando. Y llegó a su casa, llorando. Y dijo a su esposo y a sus hijos:

—Era verdad. Vuestra hermana se ha pervertido, como dijisteis. Ahora sí creo.

Entonces convinieron entre todos:

—Ya no volveremos a su casa. Y aun cuando entremos al pueblo, no iremos donde ella vive. Y así hay que ser, para siempre.

Y la olvidaron.

* * *

Al día siguiente de haber arrojado Issicha Puytu a su madre, el curaca tuvo que hacer un viaje repentino y largo. Debía dormir un día en el sitio adonde iba. Antes de partir, el curaca amonestó muchas veces a sus criados; les dijo:

—Cuidáos de no atender bien a vuestra señora. La serviréis con esmero; tenderéis bien su lecho.

Y partió. Había ordenado antes que los criados acompañaran a dormir a la señora, que cuidaran su sueño.

Pero los criados no obedecieron. Apenas salió el curaca, murmuraron.

—¿Quién ha de cuidar a esa mujer? ¿Quién ha de querer alcanzarle nada? —y se entregaron al juego, a divertirse entre ellos. Nadie fue a cuidar el sueño de Issicha Puytu.

Al día siguiente, en la mañana, fueron de muy mala gana a servirle el desayuno. Y la encontraron muerta. Estaba muerta sobre su lecho. Entonces los criados se espantaron.

—¿Qué puedo haberle sucedido a esta mujer? ¡Está muerta! —exclamaron—. El señor nos castigará por no haberla acompañado.

Y reflexionaron para encontrar la forma de justificarse. “¿Cómo hemos de explicar su muerte?”, decían. “¿Por qué no estrásteis a su dormitorio para cuidar su sueño?”, nos preguntará el señor. Al fin convinieron en decir que Issicha Puytu había muerto en la mañana, y no en su lecho, sino fuera, ya levantada.

Y vistieron el cadáver de Issicha Puytu. Peinaron su cabellera como solía peinarse ella todos los días. Luego, tendieron el cadáver sobre el lecho.

Al poco rato llegó el curaca y preguntó:

— ¿Dónde está la señora? ¿Dónde está mi paloma?

—Ha muerto —le dijeron.

— ¿Cómo? ¿Cómo es posible? ¿De qué modo?

—Esta mañana se levantó muy temprano. Sentada sobre una alfombra estuvo viendo un escrito. En la puerta de la casa se calentaba al sol. Y de repente se estremeció, cayó de espaldas, inmóvil. Entonces hicimos cuanto era posible. Pero no pudo revivir. Y la llevamos, apenas, hasta su lecho.

El curaca había comprado en su viaje los objetos más bellos para Issicha Puytu. Y llevando los regalos entró al dormitorio y cerró duramente la puerta. Llorando, levantó a su amante y la hizo sentar sobre el lecho, y empezó a llamarla:

—¡Vuelve a la vida, Issicha Puytu! ¡Vuelve a la vida!

Se sentó a su lado; y lloraba. Lloró toda la noche, junto a su amada. Al amanecer la vistió con los trajes nuevos que le había traído, la engalanó y volvió a llamarla:

— ¡Issicha Puytu, toca la quena del cántaro!

Cuando entraron los criados encontraron el cadáver sentado, hermosamente vestido y engalanado, y vieron que el curaca le hablaba como si Issicha Puytu estuviera viva.

Así la estuvo contemplando durante tres noches y tres días. No se acordó siquiera de que Issicha Puytu debía ser sepultada. Y en ese trance, cuando la estaba contemplando. Issicha Puytu revivió; levantó la quena y empezó a tocarla. Era como la muerte el canto de la quena; bajo el cántaro, el instrumento lloraba a torrentes; llamaba al llanto y a la muerte. El curaca era feliz: “¡Ya revivió Issicha Puytu!”, exclamaba.

Estaba viva, pero ya no sabía ni vestirse ni peinarse. No era ya la misma. Él tenía que peinarla. Y cada vez la vestía con nuevos trajes. Le servía comida en las manos; pero no comía. Ya no le llegaba el hambre ni la sed. Ya no hablaba como antes. Sólo a instantes hacía sollozar su quena bajo el cántaro. Y dormía.

Y entonces, una noche, el curaca quiso pecar con ella. Y cuando estaba consumado el pecado, de dentro del lecho se incorporó una bestia. Issicha Puytu estaba convertida en un asno. Pero el curaca exclamó lleno de alegría: “¡Ahora sí! Aunque se haya convertido en

asno, ella estará conmigo, iré con ella a todas partes. ¡Ya no tendré que enterrarla!”. Amaneció con la bestia en su dormitorio.

Al día siguiente, el curaca llevó el asno a la casa del padrino de su hijo. Y le dijo:

—Tú que cargaste a mi hijo en la pila bautismal, tú, mi prójimo, mi señor, ve que ahora tengo a esta bestia para mí. La he comprado para mis viajes. Para que esté siempre conmigo.

El padrino, este hombre, era entendido en herrar y arreglar los cascos de la bestia.

El curaca le dijo:

—Cuida de los cascos de mi asno, hiérralos ahora.

— ¿Por qué no hacerlo, para ti, padre como yo, mi curaca? —contestó: Herraremos a tu bestia, ahora mismo.

Y forjó unos herrajes a medida. Luego tumbaron al animal; le amarraron las patas; acomodaron los herrajes y empezaron a clavarlos. Pero al primer golpe gritó la bestia:

—¡Ay! ¡Ay, mi señor! ¿Cómo me clavas los pies, tú, tú que fuiste el padrino de mi hijito?

Y hablando así, se levantó, convertida de nuevo en la matrona, en Issicha Puytu, en la señora hermosa. El hombre, el padrino, se llenó de pavor.

—¡Oh, mi curaca! ¡Qué me has mandado hacer! —exclamó, mirando a su amigo. Y preguntó a Issicha Puytu:

—¿Qué ha sido de tí? ¿Cómo, de qué suerte pudiste convertirte en bestia, habiendo sido madre de un hijo de mi curaca, de mi señor?

Entonces habló Issicha Puytu:

—A mi madre, a mi padre, a mis hermanos, les hablé con desprecio. Por eso nuestro Señor me castiga. El haber arrojado al rostro de mi hermano la comida que me trajo de regalo, no es culpa grande. Culpa grande es haber afrentado a mi padre y a mi madre con el mismo pecado.

—¿Y por qué procediste de esa manera?

Issicha Puytu contestó:

—Por haber sido amante de un señor como tú. Por eso ofendí a mi padre y a mi madre. He caído ahora en las lágrimas de mi padre y de mi madre. Mi madre me maldijo exprimiéndose los pechos Y esa misma noche me alcanzó la muerte. ¡Ya no podré encontrar mi redención! Y cuando estuve muerta, este curaca intentó hacerme pecar; y por eso me convertí en bestia. En un pecado horrendo el que quería que yo cometiera. Y me convertí en bestia. Viendo que estaba muerta, no temió a mi cuerpo inerte, y me profanó. Impulsado por su alegría demoníaca me acarició, puso sus manos sobre mí; y después quiso hacerme caer en el horrendo pecado. Pero yo ya no puedo pecar, porque estoy muerta. Envileció mi cadáver vergonzosamente. Y por eso me convertí en bestia.

Issicha Puytu acabó de decir estas palabras, y cayó de espaldas. Y murió definitivamente; se convirtió en cadáver.

Para el pueblo, Issicha Puytu murió en la casa del padrino. “Aquí murió”, dijo él. Y empezó a disponer el entierro del cadáver. Pero el curaca se opuso:

—La llevaré a mi casa. Allí la cuidaré —dijo.

Pero el padrino contestó:

— ¡Qué es eso, curaca mío! ¡No tendría nombre lo que propones! Tenemos que enterrarla.

E impidió que el curaca se llevara el cadáver de Issicha Puytu.

Y la enterraron. Le hicieron un funeral pomposo; como se entierra las matronas respetables, a la consorte de los que mandan. El curaca asistió a los funerales. Iba cantando junto con las lloronas, repitiendo el llanto de ellas. Pero no repetía la voz de las plañideras, cantaba con sus propias palabras: “Issicha Puytu: ¡adelántate, adelántate! —iba diciendo—. Donde quiera que vayas yo estaré contigo, juntos, siempre juntos”. Y cuando estaba llorando con estas palabras, la enterraron.

Concluido el funeral, todos se fueron. Acompañaron al curaca hasta su casa. Pero, a la media noche, el curaca se levantó y se encaminó hacia el panteón, llevando las ropas de Issicha Puytu. Llegó hasta el sitio donde la enterraron, y escarbó la tierra. Entonces Issicha Puytu volvió a la vida, salió de donde estaba enterrada. El curaca la vistió hermosamente. Y se echaron a andar. En la puerta del panteón, gritó el curaca:

— ¡Issicha Puytu! ¡Ahora sí! ¡Con ella me voy eternamente! ¡Con Issicha Puytu!

Y se fueron, no sabemos dónde.

Entonces aullaron los perros, de pueblo en pueblo.

Dicen que vino un carro de fuego, y que el demonio se llevó a los dos.

A la mañana siguiente, los vecinos preguntaron en la casa del curaca. Pero él no estaba; y habían desaparecido también todos los vestidos de Issicha Puytu. Luego, fueron al panteón, a ver. Y encontraron escarbada la sepultura de Issicha Puytu. Los dos amantes ya no estaban. Así fue todo.

La casa del curaca se sumió en el silencio. Más tarde se convirtió en ruinas. En desolada pampa.

Agua¹¹

A los comuneros y "lacayos" de la hacienda Viseca con quienes temblé de frío en los regadíos nocturnos y bailé en carnavales, borracho de alegría al compás de la tinya y de la flauta.

A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio: K'ayau, Pichk'achuri, Chaupi y K'ollana. A los comuneros de San Juan, Ak'ola, Utek', Andamarca, Sondando, Aucará, Chaviña y Larcaj.

Cuando yo y Pantaleoncha llegamos a la plaza, los corredores estaban todavía desiertos, todas las puertas cerradas, las esquinas de don Eustaquio y don Ramón sin gente. El pueblo silencioso, rodeado de cerros inmensos, en esa hora fría de la mañana, parecía triste.

–San Juan se está muriendo –dijo el cornetero–. La plaza es corazón para el pueblo.

Mira nomás nuestra plaza, es peor que puna.

–Pero tu corneta va a llamar gente.

–¡Mentira! Eso no es gente; en Lucanas sí hay gente, más que hor migas.

Nos dirigimos como todos los domingos al corredor de la cárcel.

El varayok' había puesto ya la mesa para el repartidor del agua. Esa mesa amarilla era todo lo que existía en la plaza abandonada en medio del corredor, solita, daba la idea de que los saqueadores de San Juan la habían dejado allí por inservible y pesada.

¹¹ Publicado en "Agua" (1935), junto con los cuentos "Los escoleros" y "Warma kuyay (Amor de niño)".

Los pilares que sostenían el techo de las casas estaban unos apuntalados con troncos, otros torcidos y próximos a caerse; sólo los pilares de piedra blanca permanecían rectos y enteros. Los poyos de los corredores, desmoronados por todas partes, derrumbados por techo, con el blanqueo casi completamente borrado, daban pena.

–Agua, niño Ernesto. No hay pues agua. San Juan se va a morir porque don Braulio hace dar agua a unos y a otros los odia.

Pero don Braulio, dice, ha hecho común el agua quitándole a don Sergio, a doña Elisa, a don Pedro.

–Mentira, niño, ahora todo el mes es de don Braulio, los repartidores son asustadizos, le tiemblan a don Braulio. Don Braulio es como el zorro y como perro. Llegamos a la puerta de la cárcel y nos sentamos en un extremo del corredor.

El sol débil de la mañana reverberaba en la calamina del caserío de Ventanilla, mina de plata abandonada hacía muchos años. En medio del cerro, en la cabecera de una larga lengua de pedregal blanco, el caserío de Ventanilla mostraba su puerta negra, hueca, abierta para siempre. Gran mina antes, ahora servía de casa de cita a los cholos enamorados. En los días calurosos, las vacas entraban a las habitaciones y dormían bajo su sombra. Por la noche, roncaban allí los chanchos cerriles.

Pantacha miró un rato el pedregal blanco de Ventanilla.

–Antes, cuando había minas, sanjuanés eran ricos. Ahora chacras no alcanzan para la gente.

–Chacra hay, Pantacha, agua falta. Pero mejor haz llorar a tu corneta para que venga gente.

El cholo se llevó el cuerno a la boca y empezó a tocar una tonada de la herra.

En el silencio la voz de la corneta sonó fuerte y alegre, se esparció por encima del pueblecito y lo animó. A medida que Pantacha tocaba, San Juan me parecía cada vez más un verdadero pueblo: esperaba que de un momento a otro aparecieran mak'tillos, pasñas¹² y comuneros por las cuatro esquinas de la plaza.

¹² **Mak'ta**: hombre joven. **Mak'tillo**: muchacho, diminutivo de mak'ta.

Pasña: mujer joven.

Alegremente el sol llegó al tejado de las casitas del pueblo. Las copas altas de los sauces y de los eucaliptos se animaron; el blanqueo de la torre y de la fachada de la iglesia, reflejaron hacia la plaza una luz fuerte y hermosa.

El cielo azul hasta enternecer, las pocas nubes blancas que reposaban casi pegadas al filo de los cerros; los bosques grises de k'erus y k'antus que se tendían sobre los falderíos, el silencio de todas partes, la cara triste de Pantaleoncha, produjeron en mi ánimo una de esas penas dulces que frecuentemente se sienten bajo el cielo de la sierra.

—Otra tonada, Pantacha; para su San Juan.

—Pobre llak'ta (pueblo).

Como todos los domingos, al oír la tocada del cholo, la gente empezó a llegar a la plaza. Primero vinieron los escolares (escolares): Vitucha, José, Bernaco, Froylán, Ramoncha... Entraban por las esquinas, algunos por la puerta del coso. Al vernos en el corredor se lanzaban a carrera.

—¡Pantacha, mak'ta Pantacha!

—¡Niño Ernesto!

Todos nos rodearon; de sus caritas rebosaba la alegría; al oír tocar a Pantacha se regocijaban; en todos ellos se notaba el deseo de bailar la hierra.

La tonada del cornetero nos recordaba las fiestas grandes del año; la cosecha de maíz en las pampas de Utek' y de Yanas; el escarabe de papa en Tile. Papachacra, K'ollpapampa. La hierra de las vacas en las punas. Me parecía estar viendo el corral repleto de ganado; vacas allk'as, pillkas, moras; toros gritones y peleadores; vaquillas recién adornadas con sus crespones rojos en la frente y cintas en las orejas y en el lomo; parecía oír al griterío del ganado, los ajos roncós de los marcadores. —¡Hierra! ¡Hierra!

Salté a la plaza, atacado de repente por la alegría.

—¡Mak'tillos, zapateo, mak'tillos!

—¡Yaque! ¡Yaque!¹³

¹³ Interjección de entusiasmo

Todos los escolares empezamos a bailar en tropa. Estábamos llenos de alegría pura, placentera, como ese sol hermoso que brillaba desde un cielo despejado.

Los pantalones rotos de muchos escolares se sacudían como espantapájaros. Ramoncha, Froylán, cojeaban.

Pantaleón se entusiasmó al vernos bailar en su delante; poco a poco su corneta fue sonando con más aire, con más regocijo; al mismo tiempo el polvo que levantábamos del suelo aumentaba. A nuestra alegría ya no le bastó el baile, varios empezaron a cantar:

*...Kanrara, Kanrara,
cerro grande y cruel,
eres negro y molesto;
te tenemos miedo,
Kanrara, Kanrara.*

-Eso no. Toca "Utek'pampa", Pantacha.

Pedí ese canto porque le tenía cariño a la pampa de Utek', donde los k'erk'ales y la caña de maíz son más dulces que en ningún otro sitio.

*Utek'pampa,
Utek'pampita:
tus perdices son los ojos amorosos,
tus calandrias engañadoras cantan al robar,
tus torcazas me enamoran,
Utek'pampa,
Utek'pampita.*

La corneta de Pantaleoncha y nuestro canto reunieron a la gente de San Juan.

Todos los indios del pueblo nos rodearon. Algunos empezaron a repetir el huayno en voz baja. Muchas mujeres levantaron la voz y formaron un coro. Al poco rato, la plaza de San Juan estuvo de fiesta.

En las caras sucias y flacas de los comuneros se encendió la alegría, sus ojos amarillosos chispearon de contento.

-¡Si hubiera traguito!

-Verdad. Cañazo nomás falta.

Pantacha cambió de tonada; terminó de golpe "Utek'pampa" y empezó a tocar el huayno de la cosecha.

—¡Cosecha! ¡Cosecha!

*Taytakuna, mamakuna:¹⁴
los picaflores reverberan en el aire,
los toros están peleando en la pampa,
las palomas dicen: ¡tinyay tinyay!
porque hay alegría en sus pechitos.
Taytakuna, mamakuna*

* * *

—Sanjuankuna: están haciendo rabiar a Taytacha Dios con el baile. Cuando la tierra está seca, no hay baile. Hay que rezar al patrón San Juan para que mande lluvia.

El tayta Vilkas resonó desde el extremo del corredor: acababa de llegar a la plaza y la alegría de los comuneros le dio cólera.

El tayta Vilkas era un indio viejo, amiguero de los mistis¹⁵ principales. Vivía con su mujer en una cueva grande, a dos leguas del pueblo. Don Braulio, el rico de San Juan, dueño de la cueva, le daba terrenitos para que sembrara papa y maíz.

A don Vilkas le respetaban casi todos los comuneros. En los reparos de agua, en la distribución de cargos para las fiestas, siempre hablaba don Vilkas. Su cara era seria, su voz medio ronca, y miraba con cierta autoridad en los ojos.

Los escoleros se asustaron al oír la voz de don Vilkas; como avergonzados se reunieron junto a los pilares blancos y se quedaron callados. Los comuneros subieron al corredor; se sentaron en hilera sobre los poyos, sin decir nada. Casi todas las mujeres se fueron a los otros corredores, para conversar allí, lejos de don Vilkas. Pantaleoncha puso su corneta sobre el empedrado.

—Don Vilkas es enemigo de nosotros. Mírale nomás su cara; como de misti es, molesto.

¹⁴ Tayta: padre, señor; mama: madre, señora; kuna: forma del plural; cha: el diminutivo.

¹⁵ Nombra a las personas de las clases dominantes, cualquiera que sea su raza.

-Verdad, Pantacha. Don Vilkas no es cariñoso con los mak'tillos; su cara es como de toro peleador; así serio es.

Yo y el cornetero seguimos sentados en el filo del corredor.

Ramoncha, Froylán, Jacinto y Bernaco, conversaban en voz baja, agachados junto al primer pilar del corredor; de rato en rato nos miraban.

-Seguro de don Vilkas están hablando.

-Seguro.

Los comuneros charlaban en voz baja, como si tuvieran miedo de fastidiar a alguien. El viejo apoyó su hombro en la puerta de la escuela y se puso a mirar el cerro del frente.

El cielo se hizo más claro, las pocas nubes se elevaban al centro del espacio e iban poniéndose cada vez más blancas.

-A ver, rejonero -ordenó don Vilkas.

-Yo estoy de rejón, tayta -contestó Felischa.

-Corre donde don Córdova, pídele el rejón y mata a los chanchitos mostrencos. Hoy es domingo.

-Está bien, tayta.

Felischa tiró las puntas de su poncho sobre el hombro y se fue en busca del rejón.

-Si hay chanco de principal, mata nomás -gritó Pantacha cuando el rejonero ya iba por el centro de la plaza.

-¡Yaque!

Volteamos la cara para mirar a don Vilkas: estaba rabioso.

-¡Qué dices, tayta! -le habló Pantacha.

-¡Principal es respeto, mak'ta cornetero!

-Pero chanco de principal también orina en las calles y en la puerta de la iglesia.

Después de esto le dimos la espalda al viejo de Ork'otuna.

Pantacha levantó su corneta y empezó a tocar una tonada de las punas. De vez en cuando nomás Pantacha se acordaba de sus tonadas de Wanakupampa. Por las noches en su choza, hacía llorar en su corneta la música de los comuneros que viven en las altas

llanuras. En el silencio de la oscuridad esas tonadas llegaban a los oídos, como los vientos fríos que corretean en los pajonales; las mujercitas paraban de conversar y escuchaban calladas la música de las punas.

–Parece que estamos en nuestra estación de K'oñani –decía también la mujer de don Braulio.

Ahora, en la plaza del pueblo, desde el corredor lleno de gente, la corneta sonaba de otro modo: junto a la alegría del cielo, música de las punas no entristecía, parecía más bien música de forastero.

–Pantacha toca bien puna estilo –dijo don Vilkas.

–Es pues nacido en Wanaku. Los wanakupampas tocan su corneta en las mañanas y atardeciendo, para animar a las ovejas y a las llamas.

–Los wanakus son buenos comuneros.

Pantacha tocó largo rato. Después puso el cuerno sobre sus rodillas y recorrió con la mirada las faldas de las montañas que rodean a San Juan. Ya no había pasto en los cerros; sólo los arbustos secos, pardos y sin hojas, daban a los falderíos cierto aire de vegetación y de monte.

–Así blanco está la chacrita de los pobres de Tile, de Saño y de todas partes. La rabia de don Braulio es causante. Taytacha¹⁶ no hace nada, niño Ernesto.

–Verdad. El maíz de don Braulio, de don Antonio, de doña Juana está gordo, verdecito está, hasta barro hay en su suelo. ¿Y de los comuneros? Seco, agachadito, umpu (endeble); casi no se mueve ya ni con el viento.

–¡Don Braulio es ladrón, niño!

–¿Don Braulio?

–Más todavía que el atok' (zorro).

Se hizo rabioso el hablar de Pantaleón.

Algunos escoleros que estaban cerca oyeron nuestra conversación. Bernaco se vino junto a nosotros.

–¿Don Braulio es ladrón, Pantacha? –preguntó, medio asustado.

¹⁶ Dios, Jesucristo; literalmente significa “Padrecito”.

Ramoncha, el chistoso, se paró frente al cornetero mostrándonos su barriga de tambor.

—¿Robando le han encontrado? —preguntó.

Los dos estaban miedosos; disimuladamente le miraban al viejo Vilkas.

—¿Dónde hace plata don Braulio? De los comuneros pues les saca, se roba el agua; se lleva de frente de hombre, los animales de los "endios". Don Braulio es hambriento como galgo.

Bernaco se sentó a mi lado y me dijo al oído:

—Este Pantacha ha regresado molesto de la costa. Dice todos los principales son ladrones.

—Seguro es cierto, Bernaco. Pantacha sabe.

Al ver a Bankucha y Bernaco sentados juntos al cornetero, todos los mak'tillos se reunieron poco a poco en nuestro sitio.

Pantacha nos miró uno a uno; en sus ojos alumbraba el cariño.

—¡Mak'tillos! ¡Mak'tillos!

Levantó su corneta y comenzó a tocar el huayno que cantaban los sanjuanés en el escarbe de la acequia grande de K'ocha.

En los ojos de los cholillos se notaba el entretenimiento que sentían por Pantaleón; le miraban como a hermano grande, como al dueño del corazón de todos los escolares del pueblo.

—Por Pantaleoncha yo me haría destripar con el barroso de doña Juana. ¿Y tú, niño Ernesto?

—Tú eres maula, Ramón; tú llorarías nomás como becerro encorralado.

—¡Jajayllas!¹⁷

Al ver la risa en su cara de sapo panzudo, todos los escolares, olvidándose del viejo, llenamos el corredor de carcajadas.

Ramoncha daba vueltas, sobre un talón, agarrándose su barriga de hombre viejo.

—¡Ramoncha! ¡Wiksa!

¹⁷ Interjección de burla, de orgullo.

Sólo el viejo no se reía; su cara seguía agestada, como si en el corredor apestase un perro muerto.

* * *

Los comuneros de Tinki se anunciaron desde la cumbre del tayta Kanrara. Parados sobre una piedra que miraba al pueblo desde el abra, gritaron los tinkis imitando los relinchos del potro.

-¡Tinkikuna! ¡Tinkikuna!

Corearon los escolares. Todos los indios se levantaron del poyo y se acercaron al filo del corredor para hacerse ver con los tinkis.

-Tinki es bien común -dijo Pantaleón.

Sopló el cuerno con todas sus fuerzas para que oyeran los comuneros, desde el Kanrara.

-Hasta Puquio habrá llegado eso -dijo Ramoncha, haciéndose el asustadizo.

-Seguro hasta Nazca se habrá oído -y me reí.

Los tinkis saltaron de la piedra al camino y empezaron abajar el cerro al galope. Por ratos, se paraban sobre las piedras más grandes y le gritaban al pueblo. Las quebradas de Viseca y Ak'ola contestaban desde lejos el relincho de los comuneros. -Viseca grita más fuerte.

-¡Claro pues! Viseca es quebrada padre; el tayta Chitulla es su patrón; de Ak'ola es Kanrara nomás.

-¿Kanrara? Tayta Kanrara le gana a Chitulla, más rabioso es.

-Verdad. Punta es su cabeza, como rejón de don Córdova.

-¿Y Chitulla? A su barriga segura entran cuatro Kanraras.

Los indios miraban a uno y a otro cerro, los comparaban, serios, como si estuvieran viendo a dos hombres.

Las dos montañas están una frente a otra, separadas por el río Viseca. El riachuelo

Ak'ola quiebra al Kanrara por su costado, por el otro se levanta casi de repente después de una lomada larga y baja. Mirado de lejos, el tayta Kanrara tiene una expresión molesta.

–Al río Viseca le resondra para que no cante fuerte –dicen los comuneros de San Juan.

Chitulla es un cerro ancho y elevado, sus faldas suaves están cubiertas de tayales y espinos; a distancia se le ve negro, como una hinchazón de la cordillera. Su aspecto no es importante, parece más bien tranquilo.

Los indios sanjuaneros dicen que los dos cerros son rivales y que, en las noches oscuras, bajan hasta la ribera del Viseca y se hondean ahí, de orilla a orilla.

* * *

Los tinkis entraron por la esquina de la iglesia. Venían solos, sin sus mujeres. Avanzaron por el medio de la plaza, hacia el corredor de la escuela. Eran como cien; todos vestidos de cordellate azul, sus sombreros blancos y grandes y sus ojotas lanudas, se movían acompasadamente.

–¡Tinkis, de verdad comuneros! –dijo el cornetero.

Don Vilkas despreciaba a los tinkis; al verlos en la plaza, levantó su cabeza, jactancioso, pero los siguió con la mirada hasta que llegaron al corredor; les tenía miedo, porque eran unidos y porque su varayok, cabo licenciado, no respetaba mucho a los mistis.

Don Wallpa, varayok' de los tinkis, subió primero las gradas.

–Buenos días, taytakuna, mamakuna –saludó.

Se acercó a don Vilkas y le dio la mano; después vino donde el cornetero, los dos se abrazaron.

–¡Don Wallpa, taytay!

–¡Mak'ta Pantacha!

–De tiempo has regresado de la costa.

–Seis meses, tayta.

Los otros tinkis hicieron lo mismo que don Wallpa, saludaron a todos, le dieron la mano a don Vilkas y abrazaron a Pantaleón.

Al poco rato los escolares y el músico nos vimos rodeados de los tinkis. Yo miré una a una las caras de los comuneros: todos eran feos, sus ojos eran amarillosos, su piel sucia y quemada por el frío,

el cabello largo y sudado; casi todos estaban rotos, sus lok'os (sombrreros) dejaban ver los pelos de la coronilla y las ojotas de la mayoría estaban huecas por la planta, solo el correaje y los ribetes eran lanudos. Pero tenían mejor expresión que los sanjuanés, no parecían muy abatidos, conversaban en voz alta con Pantaleón y se reían.

Los escolares se fueron uno por uno, de nuestro grupo; varios se subieron a los pilares blancos; otros empezaron a jugar en la plaza. En medio de los tinkis más que nunca me gustó la plaza, la torrecita blanca, el eucalipto grande del pueblo. Sentí que mi cariño por los comuneros se adentraba más en mi vida, me parecía que yo también era tinki, que tenía corazón de comunero, que había vivido siempre en la puna, sobre las pampas de ischu¹⁸.

–Bernaco, ¿te gustaría ser tinki?

–¡Claro! Tinki es hombre.

Pantaleón también parecía satisfecho conversando con los tinkis, sus ojos estaban alegres. Primero habló de Nazca; de los carros, de las tiendas, y después de los patrones, abusivos como en todas partes.

–¿No ves? De otro modo ha regresado el Pantacha, está rabioso para los platudos –me dijo a la oreja el dansak' (bailarín) Bernaco.

–¿Acaso? En la costa también, el agua se agarran las principales nomás, al último ya riegan, junto con los que tienen dos, tres chacritas; como de caridad le dan un poquito, y sus terrenos están con sed de año. Pero principales de Nazca son más platudos; uno solo puede comprar a San Juan con todos sus maizales, sus alfalfares y su ganado. Casi gringos nomás son todos carajeros, como a Taytacha de iglesia se hacen respetar con sus peones.

–Verdad. Así son nazcas –dijo el varayok' Wallpa.

–Como en todas partes en Nazca también los principales abusan de los jornaleros –siguió Pantaleoncha–. Se roban de hombres el trabajo de los comuneros que van de los pueblos: San Juan, Chipau, Santiago, Wallawa. Seis, ocho meses, le amarran en las haciendas, le retienen sus jornales; temblando con terciana le meten en los cañaverales, a los algodonaes. Después le tiran dos, tres soles a la cara, como gran cosa. ¿Acaso? Ni para remedio alcanzo

¹⁸ Paja dura de las regiones altas.

la plata que dan los principales. De regreso, en Galeras–pampa, en Tullutaka, en todo el camino se derrama la gente; como criaturitas, tiritando, se mueren los andamarkas, los chillek'es, los sondondinos. Ahí nomás se quedan, con un montón de piedra sobre la barriga. ¿Qué dicen sanjuankunas? –¡Carago! ¡Mistis son como tigres!

–¡Comuneros son para morir como perros!

Sanjuanes y tinkis se malograron. Rabiosos, se miraban unos a otros, como preguntándose. Los ojos de Pantacha tenían el mirar con que en el wak'tay¹⁹ hacían asustar a todos los indios badulques de San Juan; brillaban de otra manera.

Todos los comuneros se reunieron junto a la puerta de la cárcel para oír a Pantaleoncha; eran como doscientos. Don Vilkas y don Inocencio conversaban en otro lado; el viejo se hacía el disimulado; pero estaba allí para oír; y contárselo después todo al principal.

El cornetero subió al poyo del corredor; les miró en los ojos a todos los comuneros, estaban como asustados.

–Pero comunkuna somos tanto, tanto; principales dos, tres nomás hay. En otra parte, dicen, comuneros se han alzado; de afuera a dentro, como gatos nomás, los han apretado a los platudos. ¿Qué dicen, comunkuna?

Los sanjuanes se pusieron asustadizos, los tinkis también. Pantacha hablaba de alzamiento, ellos tenían miedo a eso, acordándose de los chaviñas. Los chaviñas botaron ocho leguas de cercos que don Pedro mandó hacer en tierras de la comunidad; lo corretearon a don Pedro para matarlo. Poco después vinieron soldados a Chaviña y abalearon a los comuneros con sus viejos y sus criaturas; algunos que se fueron a las alturas nomás se escaparon. Eran como mujeres los sanjuanes, le temían al alzamiento.

Nunca en la plaza de San Juan, un comunero había hablado contra los principales. Los domingos se reunían en el corredor de la cárcel, pedían agua lloriqueando y después se regresaban; si no conseguían turno, se iban con todo el amargo en el corazón, pensando que sus maizalitos se secarían de una vez en esa semana. Pero este domingo Pantacha gimoteaba fuerte contra los mistis, delante de don Vilkas resonaba a los principales.

¹⁹ Lucha a zurriago entre solteros, en carnavales.

–¡Principales para robar nomás son, para reunir plata, haciendo llover a gente grande como a criaturas! ¡Vamos matar a principales, como a puma ladrón!

Al principio don Vilkas disimuló, junto con don Inocencio; pero al último, oyendo a Pantacha hablar de los mistis sanjuanés, se vino apurado donde los comuneros, miró rabioso al cornetero y gritó con voz de perro grande:

–¡Pantacha! ¡Silencio! ¡Principal es respeto!

Su hablar rabioso asustó a los sanjuanés. Pero el mak'ta levantó más la cabeza.

–¡Taytay, como novillo viejo eres, ya no sirves!

Don Vilkas empezó a empujar a los indios para llegar hasta donde estaba el Pantacha.

–¡Carago, allk'ol! (perro) –gritó.

Don Inocencio le rogó, jalándole el poncho:

–Dejay, don Vilkas; Pantacha es hablador nomás.

–¡Te voy a faltar, tayta! –le gritó el cornetero.

Al oír la amenaza de Pantaleón, don Inocencio sujetó al viejo.

–No enrabies don Vilkas, ¡por gusto!

Oyendo la bulla, algunos comuneros y las mujeres que estaban en los otros corredores, se vinieron junto a la puerta de la cárcel, para ver la pelea. Hombres y mujeres hablaban fuerte.

–¡Viejo es respeto! –decía la mayor parte de las mujercitas.

–¿Manchu? Don Vilkas es abusivo. ¿Acaso? "Endio" nomás es, igual a sanjuanés –gritó, desafiando, don Wallpa, varayok' de Tinki, viejo como don Vilkas. –¡Wallpa! ¡Maula Wallpa!

Don Vilkas se paró, desafiante, mirando de frente al varayok' de Tinki.

–Si quieres, solo a solo, como toros en la plaza –habló don Wallpa.

–Anda, tayta, cajéale en la barriga –le dijeron los tinkis a su autoridad.

Don Wallpa se quitó el poncho, lo tiró sobre sus comuneros y saltó a la plaza. Se cuadró allí como toro padrillo.

–¡Yaque, don Vilkas!

Le llamó con la mano.

Pero las mujercitas sujetaron al viejo. Si no, el varayok' le hubiera hecho gritar como a gallo cabestro.

Pantacha se rió fuerte, mirando a don Vilkas.

–¡Jajayllas!

Se puso el cuerno a la boca y tocó el huayno chistoso de los wana-kupampas:

*Akakllo de los pedregales,
bullero pajarito de las peñas;
no me engañes, akakllo.
Akakllo pretencioso,
misti ingeniero, te dicen.
¡Jajayllas akakllo!
muéstrame tu barreno
¡jajayllas akakllo!
muéstrame tus papeles.*

El viejo Vilkas se enrabió de veras, botó a las mujeres que le atajaban y salió a la plaza; pero no fue a pelear con don Wallpa, ni re-sondró a Pantacha, siguió de frente, hacia la esquina de don Eustaquio. Casi del centro de la plaza volteó la cabeza para mirar a los comuneros, y gritó:

–¡Verás con don Braulio!

–¡Jajayllas novillo! –le contestó el varayok'²⁰.

El viejo llegó casi corriendo a la esquina de don Eustaquio, y torció después la calle de don Braulio, principal de San Juan.

Don Wallpa subió otra vez al corredor.

–¡Maula! Para lamer a don Braulio nomás sirve –habló el varayok'.

Pero los sanjuanés ya estaban miedosos; se separaron de los tinkis y se fueron con don Inocencio a otro corredor.

–Sanjuanés son como don Vilkas: ¡maula! –le dije al dansak' Bernaco.

²⁰ Alcalde de indios.

–Con las balitas que don Braulio echa por la noche en las esquinas, están amujerados.

–Vamos a ver qué dice el sacristán.

Disimulando, nos acercamos al corredor de los sanjuaneros. El sacristán estaba asustado, a cada rato miraba la esquina de don Eustaquio.

Los sanjuaneros conversaban, miedosos; como queriendo ocultarse unos tras de otros, se juntaban alrededor del sacristán Inocencio, pidiendo consejo.

–¡Sanjuankuna! –habló don Inocencio–. Don Braulio tiene harta plata, todos los cerros, las pampas, son de él. Si entra nuestra vaca en su potrero, la seca de hambre en su corral; a nosotros también nos latiguea, si quiere. Vamos defender más bien a don Braulio. Pantacha es cornetero nomás, no vale. –¡Sigoro!

–No sirve contra don Braulio.

Los sanjuaneros eran como gallo forastero, como vizcacha de la puna; cuando el principal gritaba, cuando ajeaba fuerte y reventaba su balita en la plaza, los sanjuaneros no habían, por todas partes escapaban como chanchos cerriles.

Los comuneros estaban separados ahora en dos bandos: los sanjuaneros con don Inocencio y los tinkis con Pantaleón y don Wallpa. Los sanjuaneros eran más.

Los tinkis hablaban en la puerta de la cárcel, formando grupos.

–Vamos a contarle a Pantacha lo que ha dicho don Inocencio –dije.

–Vamos.

Nos encaminamos con Bernaco hacia el corredor de la cárcel.

Cuando estuvimos atravesando la esquina, salió a la plaza, por la puerta del coso, don Pascual, repartidor de semana.

–¡Don Pascual! –gritó Bernaco.

–¡Don Pascual!

Todos los indios hablaron alto el nombre del repartidor.

Pantacha le hizo seña con la corneta a don Pascual. El semanero se fue derecho al corredor de los tinkis.

Los sanjuanes corrieron otra vez hacia el corredor de la cárcel, para hablar con el semanero; dejaron solo al sacristán.

Los comuneros de todo el distrito se apretaron rodeando a don Pascual.

–¡Sanjuankuna, ayalaykuna, tinkikuna –oí la voz de Pantaleoncha–; don Pascual va a dar k'ocha²¹ agua a necesitados. Seguro don Braulio rabia; pero don Pascual es primero. ¿Qué dicen?

De un rato, Pascual subió al poyo.

–Con músico Pantacha hemos entendido. Esta semana k'ocha agua va a llevar don Anto, la viuda Juana, don Jesús, don Patricio... Don Braulio seguro carajea. Pero una vez siquiera, pobre va agarrar agua una semana. Principales tienen plata, pobre necesita más sus papalitos, sus maizalitos... Tayta Inti (sol) le hace correr a la lluvia; k'ocha agua nomás y hay para regar: k'ocha va a llenar esta vez para comuneros.

El hablar de don Pascual no era rabioso como el de Pantacha; parecía más bien humilde, rogaba para que los comuneros se levantasen contra don Braulio.

–¡Está bien, don Pascual!

–¡Está bien!

Contestaron primero los tinkis.

–Don Pascual, reparte según tu conciencia.

Don Sak'sa, de Ayalay, habló primero por los sanjuanes.

–¡Según tu conciencia, tayta!

–¡Según tu conciencia!

–Don Braulio abusa de comuneros. Comunidad vamos hacernos respetar. ¡Para endios va a ser k'ocha agua!

Los sanjuanes no se asustaban con el hablar de don Pascual; le miraban tranquilo, parecían carneros mirando a su dueño.

–¡No hay miedo, sanjuankuna! –gritó el mak'ta Pantacha–. A mujer nomás le asusta el revólver de don Braulio.

²¹ Estanque, laguna.

—Seguro don Braulio carajea. ¿Acaso? Vamos esperar; aquí en su delante voy a dar agua a comuneros.

Los mak'tas se miraron consultándose. Recién entendían por qué Pantacha, don Wallpa, don Pascual, se levantaron contra el principal, contra don Vilkas y don Inocencio.

—Verdad, compadre: en nuestro pueblo, dos, tres mistis nomás hay; nosotros, tantos, tantos... Ellos igual a comuneros gentes son, con ojos, boca, barriga, ¡K'ocha agua para comuneros!

—¿Acaso? Mama—allpa (madre tierra) bota agua, igual para todos.

Los sanjuanes también se hicieron los decididos. De tres en tres, de cuatro en cuatro, se juntaron los comuneros. Pantacha y don Pascual, uno a uno les hablaban, para hacer respetar al repartidor.

La comunidad de San Juan estaba para pelear con el principal del pueblo, Braulio Félix.

* * *

Los domingos en la mañana los mistis iban a buscar a don Braulio en su casa. Le esperaban en el patio, dos, tres horas, hasta que el principal se levantaba. Junto a una pared había varios troncos viejos de eucaliptos; sentados sobre esos palos se soleaban los mistis mientras don Braulio acababa de dormir. El principal no tenía hora para levantarse; a veces salía de su cuarto a las siete, otras veces a las nueve y a las diez también; por eso los mistis se iban a visitarle según su alma; unos eran más pegajosos, más sucios, y tempranito estaban ya en el patio para hacerse ver por los sirvientes de don Braulio; otros, de miedo nomás iban, para que el principal no les tomase a mal; llegaban más tarde, cuando el sol ya estaba alto; otros calculaban la hora en que don Braulio iba a salir para convidar el trago a los sanjuanes, por borrachos nomás cortejaban al principal.

Los domingos, don Braulio se desayunaba con aguardiente en la tienda de don Heraclio: la tiendecita de don Heraclio está en la misma calle del principal. Como loco don Braulio hacía tomar cañazo a uno y a otro, se reía de los mistis sanjuanes, les hacía emborrachar y les mandaba cantar huaynos sucios. Hasta media calle salía don Braulio, riéndose a gritos:

—¡Buena, don Cayetano! ¡Don Federico, buena!

Los mistis borrachos se sacaban el pantalón; se peleaban; golpeaban por gusto sus cabezas sobre el mostrador.

Al mediodía, don Braulio iba al corredor de la cárcel para la repartición del agua: los mistis le seguían. De vez en vez el principal se mareaba mucho y no se acordaba del reparto. Entonces don Inocencio, sacristán de la iglesia, hacía tocar la campana a las dos o tres de la tarde; al oír la campana, don Braulio, según su humor, se quedaba callado, o si no, saltaba a cualquiera, encerraba en la cárcel a dos o tres comuneros y reventaba a tiros en el corredor. Todos los mistis y los indios escapaban de la plaza; los borrachos se arrastraban a los rincones. El corredor quedaba en silencio; don Braulio hacía retumbar la plaza con su risa y después se iba a dormir. Don Braulio era como dueño de San Juan.

Seguro este domingo el principal estaba mareado, y por eso no venía. Don Inocencio, de miedo se habrían quedado en la puerta de la tienda, esperando la voluntad del principal.

* * *

Ya era tarde. El tayta Inti²² quemaba al mundo. Las piedras de la mina Ventanilla brillaban como espejitos; las lomas, los falderíos, las quebradas se achicharraban con el calor. Parecía que el Sol estaba quemando el corazón de los cerros; que estaba secando para siempre los ojos de la tierra. A ratos se morían los k'erk'ales y las retamas de los montes, se agachaban humildes los grandes molles y los sauces cabezones de las acequias. Los pajaritos del cementerio²³ se callaron, los comuneros también, de tanto hablar, se quedaron dormidos. Pantacha, Pascual, don Wallpa, veían, serios, el camino a Puquio, que culebreaba sobre el lomo del cerro Ventanilla.

El tayta Inti quería, seguro, la muerte de la tierra, miraba de frente, con todas sus fuerzas. Su rabia hacía arder al mundo y hacía llorar a los hombres.

²² El sol.

²³ Huerta, que en muchas aldeas de la sierra, rodea a la iglesia.

El blanqueo de la torre y de la iglesia reventaba en luz blanca. La plaza era como horno, y en su centro, el eucalipto grande del pueblo aguantaba el calor sin moverse, sin hacer bulla. No había ya ni aire; parado estaba todo, aplastado, amarillo.

El cielo se reía desde lo alto, azul como el ojo de las niñas, parecía gozoso mirando los falderíos terrosos, la cabeza pelada de las montañas, la arena de los riachuelos resecos. Su alegría chocaba con nuestros ojos, llegaba a nuestro adentro como risa de enemigo.

–¡Tayta Inti, ya no sirves! –habló don Sak'sa, de Ayalay. En todo el corredor se oyó su voz de viejo, triste cansada por el Inti rabioso.

–¡Ayarachicha! ¡Ayarachi!²⁴

Pantacha se paró en el canto del corredor, mirando ojo a ojo al Inti tayta; y sopló bien fuerte la corneta de los wanakupampas. Ahora sí, la tonada entraba en el ánimo de los comuneros, como si fuera el hablar de sus sufrimientos. Desde la plaza caldeada, en esa quebrada ardiendo, el ayarachi subía al cielo, se iba lejos, lamiendo los k'erk'ales y los montes resecos, llevándose a todas partes el amargo de los comuneros malogrados por el Inti rabioso y por el principal maldecido.

–Pantaleón ruega a Taytacha Dios para que le resondre al Inti.

De repente, don Braulio entró a la plaza. Los mistis sanjuanés venían en tropa, junto al principal.

Vicenticha, hijo del sacristán, corrió a la torre, para tocar la campana grande. Comuneros y mujeres se pararon en todos los corredores. Como si hubiera entrado un toro bravo a la plaza, de todas partes, la gente corrió a la puerta de la cárcel; parecían hambrientos.

–¡Sanjuankuna, pobrecitos! –habló don Sak'sa.

Don Wallpa, Pascual, Pantacha, se reunieron.

–Rato se ha esperado don Vilkas, sentado como perro en la puerta de don Heraclio.

–Don Inocencio también.

–Principal cuando toma, no hace caso.

²⁴ Música fúnebre.

Los tinkis se juntaron alrededor de don Wallpa; los sanjuanés, callados, sin llamarse, se entroparon en otro lado.

–No hay confianza; comuneros no van a parar bien –dijo Pantacha, mirando a la gente separarse en dos bandos.

–¡Comunkuna! –gritó–, ¡K’ocha agua para “endios”!

Voltearon la cabeza los sanjuanés para mirar al mak'ta; no había hombría en sus ojos; como carnero triste eran todos; los tinkis tampoco parecían muy seguros.

–Don Pascual, firme vas a parar contra el principal; seguro carajea.

–¿Acaso? Como tayta Kanrara voy a parar: don Anto, don Jesús, don Patricio, don Roso...

La campana del pueblo sonó fuerte. Ahora la plaza parecía de fiesta. Bulla en todas partes, sol blanco, cielo limpio, campana; sólo el ánimo no era para alegría, los comuneros miraban la tropa de los mistis, recelando.

Don Pascual, Wallpa y Pantaleón, se pararon a un costado de la mesa, mirando la esquina de don Eustaquio; los sanjuanés en el lado de la cárcel, sus mujeres tras de ellos y los tinkis junto a la puerta de la escuela; los escolares trepados en los pilares de piedra blanca.

Don Braulio ya estaba chispo; venía pateando las piedrecitas del suelo; su pañuelo del cuello con el nudo junto al cogote; y el sombrero puesto a la pedrada. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la hebilla de su cinturón brillaba; a un lado se veía la funda del revólver. Rojo, como pavo nazqueño, venía apurado, para despachar pronto. Los otros principales, seguro estaban borrachos; don Cayetano Rosas andaba tambaleándose.

En medio de la plaza, junto al eucalipto; don Cayetano gritó:

–¡Que viva don Braulio!

–¡Que viva! –le contestaron todos; don Braulio también.

Al último, ocultándose, venían don Inocencio, sacristán del pueblo y don Vilkas. Junto a mi pilar estaba el dansak' Bernaco.

–Estoy asustadizo, capaz hay pelea, niño Ernesto –dijo.

–Seguro hay pelea, Bernaco; Pascual y Pantacha están molestos.

-Pero Pantacha está valiente.

-Mírale a don Braulio. Seguro hay pelea. Capaz don Braulio ha traído su revolvercito.

-¡No digas, niño Ernesto! Don Braulio revolvea nomás, es como loco.

Don Braulio subió las gradas del corredor.

-¡Buenos días, taytay! -saludaron todos los comuneros al principal del pueblo.

-Buenos días -contestó don Braulio. Derecho se fue junto a la mesa; se paró con la espalda a la pared; los mistis, don Vilkas y don Inocencio, se arrimaron a su lado.

Los indios miraban a don Braulio; unos asustadizos, con ojos brillantes, otros tranquilos, algunos rabiando. Pantacha se acomodó bien la correa que sujetaba el cuerno sobre su espalda; en su cara había como fiebre.

Don Braulio parecía chancho pensativo; miraba el suelo con las manos atrás; curvo, me mostraba su cogote rojo, lleno de pelos rubios.

¡Don Braulio me hacía saltar el corazón de pura rabia!

Silencio se hizo en toda la plaza. El eucalipto del centro de la plaza parecía sudar y miraba humilde al cielo.

-¡Semanero Pascual, k'allary! (comienza) -ordenó el principal.

Don Pascual saltó sobre la mesa; desde lo alto miró al cornetero, a don Wallpa, a don Sak'sa, y después a los comuneros.

-¡K'allary!

-Lones para don Enrique, don Heracleo; martes para don Anto, viuda Juana, don Patricio; miércoles para don Pedro, don Roso, don José, don Pablo; jueves para...

Como si le hubieran latigueado en la espalda se enderezó el principal; sus cejas se levantaron parecido a la cresta de los gallos peleadores; y desde adentro de sus ojos apuntaba la rabia.

-Viernes para don Sak'sa, don Waman...

-¡Pascualcha, silencio! -gritó don Braulio.

Los comuneros de don Sak'sa se asustaron, movieron sus cabezas, se acomodaron para correr ahí mismo; los tinkis más bien pararon firmes.

–¡Don Braulio, k'ocha agua es para necesitados!

–¡No hay dueño para agua! –gritó Pantacha.

–¡Comunkuna es primero! –habló don Wallpa.

El principal sacó su arma.

–¡Fuera, carajo, fuera!

Los sanjuanés se empujaban atrás, se caían del corredor a la plaza. Las mujeres corrieron primero arrastrando sus rebozos.

Dos, tres balas sonaron en el corredor. Los principales, don Inocencio, don Vilkas, se entroparon con don Braulio. Los sanjuanés se escaparon por todas partes; no volteaban siquiera, corrían como perseguidos por los toros bravos de K'oñani; las mujeres chillaban en la plaza; los escoleros saltaron de los pilares; los de Ayalay se atracaban en el puerto del coso, querían entrar de cuatro en cuatro, de ocho en ocho.

Pantacha gritaba como diablo:

–¡Kutirimuychic mak'takuna! (¡Volved, hombres, volved!)

En vano: los comuneros se perdían en las esquinas, en las puertas. Algunos tinkis nomás quedaron en el corredor, serios, tiesos, como los pilares de piedra blanca.

Don Antonio también había traído su revólver, seguro le prestó don Braulio; estiró su brazo el alcalde y le echó dos tiros más al aire. Los últimos sanjuanés que sacaban su cabeza por las esquinas se ocultaron.

Don Pascual se bajó callado de la mesa al suelo.

Principales y comuneros se miraron ojo a ojo, separados por la mesa. Don Braulio parecía de verdad loco; sus ojos miraban de otra manera, derechos a Pantacha; venenosos eran, entraban hasta el corazón y lo ensuciaban. Tras el principal los tinkis y don Vilkas esperaban temblando.

–¡Carajo! ¡Sua! (¡Ladrón!) –gritó el mak'ta-. Mata nomás, en mi pecho, en mi cabeza.

Levantó alto su corneta. Como el sol de mediodía su mirar quemaba, rajaba los ojos. Brincó sobre el misti maldecido... Don Braulio soltó una bala y el mak'ta cornetero cayó de barriga sobre la piedra.

–¡A la cárcel!

Como baldeados con sangre, don Pascual, don Wallpa y los tinkis, cerraron los ojos.

Se acobardaron: ya no valían, ya no servían, se malograron de repente; se ahumildaron, como gallo forastero, como novillo chusco; ahí nomás se quedaron, mirando el suelo.

–¡A la cárcel, wanakus! –mandó don Braulio con hablar de asesino.

Don Vilkas abrió la puerta de la cárcel –era carcelero–; como chascha (perro pequeño), temblando, don Wallpa entró primero; Pascual parecía viuda en desgracia,

mirando el suelo, humilde, derecho se fue tras el varayok'.

–Los demás carneros, a sus punas. ¡Fuera!

Se escaparon los tinkis; ganándose unos a otros, recelosos todavía, volteaban la cabeza de rato en rato.

En la plaza se hizo silencio; nadie había. En un rato se acabaron la bulla, las rabias, los comuneros; se acabó Pantacha, el mak'ta de corazón, el mak'ta valiente. Los mistis también se callaron mirando a Pantaleón, tumbado en el suelo como padrillo rejoneado. Don Vilkas y don Inocencio, parados en la puerta de la cárcel tenían miedo, no podían ir a ver la sangre del músico.

–Ciérrenlo en la cárcel hasta la noche –mandó don Braulio.

No podían don Inocencio, don Vilkas.

–Indios, ¡arrástrenlo!

Por gusto mandaba, como a fantasma le temían.

–¡Nu taytay, nu taytay!

Le rogaban con hablar de criaturitas.

–Usted, don Cayetano.

–¡Claro! Yo sí.

El viejo borracho se acercó al cornetero; de una pierna empezó a jalarle. –¡Caray! En la cabeza había sido.

Viendo arrastrar al Pantacha, me enrabíé hasta el alma.

–¡Wikuñero allk'o! (perro cazador de vicuñas) –le gritó a don Braulio.

Salté al corredor. Hombre me creía, verdadero hombre, igual a Pantacha. El alma del auki Kanrara me entró seguro al cuerpo; no aguantaba lo grande de mi rabia. Querían reventarse mi pecho, mis venas, mis ojos.

Don Braulio, don Cayetano, don Antonio... me miraron nomás; sus ojos como vidrios redonditos, no se movían.

–¡Suakuna! (ladrones) –les grité.

Levanté del suelo la corneta de Pantacha, y como wikullo²⁵ la tiré sobre la cabeza del principal. Ahí mismo le chorreó la sangre de la frente, hasta llegar al suelo. ¡Buena mano de mak'tillo!

Los principales acorralaron a su papacito, para atenderlo.

–¡Taytay, muérete; perro eres, para morder a comuneros nomás sirves! –le dije. –¡Balas, carajo, más balas!

En vano gritaba; el fierro de la corneta le mordió en la frente, y su sangre corría, negra, como de culebra.

–¡Don Antonio; mátelo!

Rogaba por gusto, su habla ya no era de hombre; su sangre le acobardaba, como a las mujeres.

–¡Taytacha, acábale de una vez, para morder nomás sirve!

Miré la fachada blanca de la iglesia.

¡Jajayllas! Taytacha Dios no había. Mentira es: Taytacha Dios no hay.

Don Antonio me hizo seña con el pie para que escapara. Me quería el Alcalde, porque era amigo de sus hijos.

–¡Mátelo, don Antonio! –rogó don Braulio otra vez.

²⁵ Wikullo: arma arrojada.

La voz del principal me gustaba ahora; me hubiera quedado; su gritar me quitaba la rabia, me alegraba, la risa quería reventar en mi boca.

—¡Muérete, taytay, allk'ol!

Pero don Antonio pateó en el empedrado y después me apuntó con su revólver. Se enfrió mi corazón con el miedo; salté del corredor a la plaza; tras de mí sonó la bala de don Antonio.

—¡Taytay Antonio!

Al aire abaleó seguro el alcalde, para disimular.

* * *

Los comuneros de Utek'pampa son mejores que los sanjuanés y los tinkis de la puna. Indios lisos y propietarios, les hacían correr a don Braulio. Cuando traía soldados de Puquio nomás, el principal se hacía el hombre en Utek', atropellaba a los comuneros y hacía matar los animales de la pampa, para escarmiento.

Sólo en la plaza de San Juan era valiente don Braulio, pero llegando a Utek' se acababa su rabia y parecía buen principal.

Por eso, cuando escapé de la plaza, me acordé de los mak'tas Utek'.

Los sanjuanés se habían asegurado en sus casas, chanchos nomás encontré en la calle. Las puertas, como en medianoche, estaban cerradas.

No paré hasta llegar al morro de Santa Bárbara; de donde se ven la pampa y el pueblito de Utek'.

Bien abajo, junto al río Viseca, Utek'pampa se tendía, como si fuera una grada en medio del cerro Santa Bárbara.

Nunca la pampa de Utek' es triste; lejos del cielo vive: aunque haya neblina negra, aunque el aguacero haga bulla sobre la tierra, Utek'pampa es alegre.

Cuando los maizales están verdes todavía, el viento juega con los sembríos; mirada desde lejos, la pampa despierta cariño en el corazón de los forasteros. Cuando el maíz está para cosecharse, todos los comuneros hacen chozas en las cabeceras de sus chacras. Las tuyas, los loros y las torcazas ladronas vuelan por bandadas en

todo el campo; pasan silbando por encima de los maizales, mostrando sus pechitos amarillos, blancos, verdes; a veces cantan desde los mollales que crecen junto a los cercos. Desde los caminos lejanos, Utek'pampa se ve llena de humo, como si todo fuera pueblo. Después de la cosecha, la pampa se llena de animales grandes: toros, caballos, burros. Los padrillos gritan todo el día, desafiándose de lejos; los potros enamorados relinchan y se hacen oír en toda la pampa. ¡Utek'pampa: indios, mistis, forasteros o no, todos se consuelan, cuando las divisas desde lo alto de las abras, desde los caminos!

–¡Utek'pampa mama!

Igual que los comuneros de Tinki llamé a la pampa; como potrillo, relinché desde el morro Santa Bárbara; fuerte grité, para hacerme oír con los mak'tas Utek'. ¡Pero mentira! Viendo lo alegre de la pampa, de los caminos que bajan y suben del pueblito, más todavía creció el amargo en mi corazón. Ya no había Pantacha, ya no había don Pascual, ni Wallpa; don Braulio nomás ya era; con su cabeza rota se pararía otra vez, para ajear, patear y escupir en la cara de los comuneros, emborrachándose con lo que robaba de todos los pueblos.

Solito, en ese morro seco, esa tarde, lloré por los comuneros, por sus animalitos hambrientos. Las lágrimas taparon mis ojos; el cielo limpio, la pampa, los cerros azulejos, temblaban; el Inti, más grande, más grande... quemaba al mundo. Me caí, y como en la iglesia, arrodillado sobre las yerbas secas, mirando al tayta Chitulla, le rogué:

–Tayta: ¡que se mueran los principales de todas partes!

Y corrí después, cuesta abajo, a entroparme con los comuneros propietarios de Utek'pampa.

El lagarto²⁶

Había un hombre sumamente rico. Tenía incontables ovejas, vacas, tierras. Se casó con una mujer hermosísima. Pero no tuvo hijos. Se había casado pensando en que necesitaba herederos para sus riquezas. “Todo lo que tengo lo dejaré a mis hijos”, había dicho.

Pero se casó y no tuvo hijos. No tuvo descendencia. Su mujer era bellísima; pero resultó siendo estéril. Y el hombre tampoco tuvo hijos en otras mujeres. La esposa no pudo concebir por ningún medio.

Entonces fueron a la iglesia a rogar a Dios. Prendieron velas. -¡Tantísimo ganado, tantísimas tierras! ¿A quién hemos de dejarlos? - clamaban. Lloraban a ratos.

Pasaron cinco años, seis años, y no tuvieron hijos. Cumplieron diez años de matrimonio, y no pudieron tener un hijo. Y como les torturaba la idea de que no tenían a quien dejar su fortuna, el hombre dijo:

²⁶ “Un cuento que ofrece la visión del indio quechua sobre la cultura y el hombre hispano-criollo dominantes”, dice José María Arguedas sobre este cuento quechua y refiere que fue recogido en cinta magnetofónica de boca de un informante del pueblo de Lucanamarca, de la provincia de Víctor Fajardo, departamento de Ayacucho. Fue publicado junto con otros cuentos en la revista “Folklore Americano”, N° 8-9 (1960-61), de Lima, con el título de “Cuentos religioso-mágicos de Lucanamarca”.

-¿Quizá debiéramos adoptar un hijo ajeno?

Pero la mujer se opuso:

-¿Cómo hemos de criar a un hijo ajeno? No será de nuestra sangre. Volvamos donde el Señor a pedirle su gracia; que me conceda su gracia, para que tengamos un hijo. Prendámosle velas en su altar.

Y así fue.

Pasó el tiempo... A los quince años de matrimonio la mujer concibió, y apareció en cinta. Se llenó de alegría; el marido también fue dichoso.

-Allí está mi hijo. ¡He engendrado! -diciendo fue a dar la noticia a unos y otros. Bebió con ellos. Expresó su felicidad. Se arrodilló a los pies del Señor. ¡Ya no era un hombre estéril!

Y así, en ese estado de dicha, pasaron cinco meses, nueve meses. A los diez meses la mujer parió. Dio a luz en su casa-hacienda; la atendieron cuatro mujeres de esas que saben. Entonces, entonces... La mujer parió un lagarto. No un ser humano; su cuerpo era de saurio, todo, hasta las uñas. Sólo la cabeza era humana. Su cuerpo era de lagarto.

-¡Nadie puede hacer nada de nada! Resígnense. Debe ser Dios quien les ha enviado este lagarto, de tanto que le pidieron -dijeron las comadronas.

Y entonces, ¡así lo criaron! El asqueroso animal mamaba de los pechos de la madre; y ella no le temía. ¡Era, pues, su hijo! Lo crió dentro de la casa, bajo techo; no le permitía salir. El padre lloraba y se entregó a la bebida.

Y así, cumplió cinco años, y aprendió a hablar. ¡Hablaba el lagarto! Pero no podía erguirse, caminaba arrastrándose sobre la barriga. Sin embargo, su rostro era humano. Nada cambió, todo continuó igual hasta que el lagarto cumplió diez años, quince años. Aprendió a leer, sí; pero no pudo escribir con sus dedos de saurio; eso no pudo. Tenía cuatro manos; cuatro como todo lagarto. Su rabo era largo como una reata. Y creció, todo él; la bestia se hizo recia y enorme. Maduró,

maduró fuertemente. Y aparecía rojizo, verdaderamente rojo, pletórico.

Entonces, cuando cumplió dieciocho años, pidió mujer. Le dijo a la madre:

-Deseo casarme.

-¿Cómo? –le preguntó ella-. ¿Cómo puedes tú casarte?

-¿Y para que tienes tantas riquezas, tantos bienes? ¡Háganme casar! Sin duda con este fin me pidieron. Yo no les pedí venir -dijo el lagarto.

-Es nuestro hijo. Tendremos que hacerlo casar, de algún modo. Ha de tener mujer –dijeron los padres. Y fueron a pedir una muchacha para él. Todos sabían que el hijo de este poderoso hombre era un lagarto. Pero como era tan inmensamente rico, a causa de su opulencia, entregaron a su hija.

-Quizá no le ocurra nada –dijeron.

Y el matrimonio del lagarto fue esplendoroso. Se realizó en la casa del cura; allí dijo la misa el sacerdote; en su propia casa ofició el matrimonio. La mujer del lagarto era bellísima. Sin embargo, el lagarto tuvo que ir cargado en hombros. Cantando llevaron a los novios hasta la cámara nupcial. El padrino y la madrina guiaron la comitiva. Ellos desnudaron a la novia; cerraron la puerta de la cámara nupcial y le echaron tres candados.

Era de noche. El lagarto apagó la vela y ordenó a su esposa:

-¡Acuéstate!

Ella no sospechaba nada malo, era inocente. Obedeció y se acostó; se cubrió con las frazadas. Entonces el lagarto se lanzó sobre ella y la devoró; le bebió la sangre. Luego de beber la sangre, comió todos los miembros, la carne de la esposa, hasta la última fibra. Y amaneció repleto, cubierto de sangre, el piso ensangrentado; la boca de la bestia enrojecida.

Al día siguiente, el padrino, la madrina y los padres abrieron la puerta. Llevaban jarros de ponche para los recién casados... Encontraron al lagarto, repleto; de la mujer no quedaban sino huesos descarnados en el suelo.

-¡Qué hacer, qué hacer ahora! –dijeron gimiendo.

Y entregaron a los padres de la joven mucho dinero, para que no se quejaran, para que no dijeran nada. El padrino, la madrina, y los padres del lagarto, lo arreglaron así, todo.

-¿Cómo pudiste devorar a quien te dimos por esposa? –preguntaron al lagarto.

-¡No tiene remedio lo que no puedo remediar! ¡Tengo hambre! –contestó.

Le trajeron otra esposa de otro pueblo. Celebraron nuevo matrimonio. Y también del mismo modo, apenas cerraron la puerta de la cámara nupcial, él ordenó a la mujer que se acostara primero, se lanzó sobre ella, le bebió la sangre y la devoró. Le bebió la sangre mordiéndola por el cuello y luego devoró las carnes, hasta la última fibra.

Y así, así le dieron muchas mujeres más. Hasta que en todos los pueblos supieron que ese lagarto devoraba a sus esposas.

Había una muchacha muy bella, que no tenía bienes de ninguna clase. Era pobrísima. Donde ella fueron, finalmente, el padre y la madre del lagarto. Fueron a pedirla.

No –dijo el padre de la joven-. Sabemos muchas cosas de tu hijo. No sé lo que podría ocurrir.

-Ocurra lo que ocurra, tengo dinero. Si algo le sucede a tu hija, daremos su precio. Te daré lo que sea –contentó el padre. (Es que su hijo el lagarto, lo martirizaba: “¡Hazme casar, hazme casar!”, diciéndole, exigiéndole).

-Vuelvan. Vamos a hablar con nuestra hija –contestaron el padre y la madre de la muchacha.

Lloraron ambos:

-¡Qué hemos de hacer! –decían.

-¡Tengo tantos hijos! –exclamó el padre

Y rogó a su hija.

-Quizá puedas lograr nuestra felicidad –le dijo-. Me ha ofrecido ganado, tierras, vacas, dinero. Si algo te sucede, te mandaremos cantar hermosas misas, como para ti. Criaremos bien a tus hermanos menores, a tus hermanas.

La joven entristeció.

-¿Qué he de hacer, qué debo hacer? ¡Mis padres son tan miserables! –decía.

Y como el llanto no la calmaba, la joven fue a consultar con una bruja. Había en ese pueblo una señora que era bruja.

-Ay, huérfana, es cierto, de verdad estás destinada a casarte! Aquí, en la palma de tu mano aparece claramente... Pero... no has de vivir con él, con ése –dijo la bruja.

-A mí también me matará, me devorará como a las otras –contestó la muchacha.

-A ti no te matará –afirmó la bruja-. Eso está en tus manos.

-¿De qué modo?

-Cuando te lleven a dormir, después de la boda, el lagarto te dirá: Acuéstate primero. Tú no le obedecerás. Harás que él entre a la cama, antes que tú. Cuando se haya acostado y lo veas dentro de las frazadas, tú entrarás en la cama. Cuando ya esté dormido, te acostarás junto a él.

Así habló la bruja.

-Bueno –contestó la joven.

-Al momento de acostarse él –continuó la bruja- oirás cómo se descarna el cuero y se lo saca.

-¿Es posible?

-Es verdad. Y no te sucederá nada –afirmó la bruja-. No tengas pena.

La hermosa muchacha, predestinada, volvió muy alegre donde sus padres, y les dijo:

-Qué puedo hacer, qué no puedo hacer, padres míos. Me casaré, pues. Si algo me sucede, habré pagado mi destino. ¡Que todo se haga por vuestra fortuna!

Los padres, al oírla, fueron, muy contentos, donde los padres del lagarto...

-Ha aceptado, ha aceptado nuestra hija –anunciaron.

-Los casaremos –dijeron los otros.

El inmundo lagarto empezó a dar saltos, grandes saltos de felicidad. Trepó después a la cama, y se estiró allí; quedó como empozado sobre las frazadas. Esa era su vida. No caminaba en el suelo sino raras veces.

¡Se celebraron las bodas! Nuevamente, con la solemnidad y la abundancia de siempre. Arpas y violines cantaban en todas partes de la casa. Levantaron una ramada, esta vez para el matrimonio del asqueroso lagarto. Él permaneció adormilado sobre una banca mientras se realizaba la ceremonia. Su rostro era humano, sus ojos grises.

Y llevaron a dormir a los novios. El padrino y la madrina guiaron a la comitiva que marchó, mientras cantaban harawis. Cerraron la puerta de la cámara nupcial; le echaron candados.

El lagarto apagó la vela. “La apagaremos”, dijo. Luego ordenó a su esposa:

-¡Acuéstate!

-No –contestó la joven-. Acuéstate tú primero.

-Tú has de acostarte –insistía el animal.

-No me acostaré sino después que tú. Yo no he de irme. ¿Adónde he de irme?

-¡Acuéstate! –volvió a ordenar el lagarto.

-No lo haré. No me acostaré –contestó firmemente la muchacha.

Entonces el lagarto se acostó. Ya dentro de la cama, de pronto, “¡qall, qaaash!”, se sintió el ruido que hacía al descarnarse el cuero. Empezó a desollarse. Y la mujer sintió miedo. “Algo, algo está haciendo”, pensó. Y ya perturbada, se olvidó de la recomendación final de la bruja.

-Acuéstate –le llamaba el lagarto.

Había concluido de desollarse, y la llamaba.

-¿Cómo he de echarme junto a él si he oído ese ruido? Es un lagarto; me va a devorar –decía la muchacha.

Y encendiendo una vela, acercó la llama al lagarto. Estaba convencida que ni debía mirarlo. La bruja le había dicho: “No has de mirarlo”; le había advertido claramente. “No has de mirarlo. Cuidado con encender una vela delante de él”. Y ella se olvidó. El espanto de ser devorada por el lagarto oscureció su memoria.

Delante de la llama no apareció el lagarto sino un joven hermosísimo, de cabellera roja. Entonces ella se inclinó para abrazarlo... lo iba a abrazar... Pero él se convirtió en viento. “Uúúú... úúúú...”, silbando, desapareció por entre las maderas del techo. La joven se quedó muy sola. Y desde entonces fue considerada por sus suegros como una verdadera nuera, como hija de los poderosos padres del monstruo. Pues no tuvieron más hijos, nadie en la casa.

Cuando desapareció el lagarto, la gente del pueblo murmuraba. Le decía a la madre: “Después de que mueras, una serpiente mamará de uno de tus pechos y del otro un sapo. Ese será tu castigo. Pediste a Dios lo que no quiso darte. Jamás tendrás hijos”.

El despojo²⁷

En otros tiempos, todos los cerros y todas las pampas de la puna fueron de los comuneros. Entonces no había mucho ganado en Lucanas; los mistis no ambicionaban tanto los echaderos²⁸. La puna grande era para todos. No había potreros con cercos de piedra, ni de alambre. La puna grande no tenía dueño. Los indios vivían libremente en cualquier parte: en las cuevas de los rocales, en las chozas que hacían en las hondonadas, al pie de los cerros, cerca de los manantiales. Los mistis subían a la puna de vez en vez, a cazar vicuñas, o a comprar carne en las estancias de los indios. De vez en vez, también se llevaban, de puro hombres, diez, quince ovejas, cuatro o cinco vacas chuscas; pero llegaban a la puna como las granizadas locas, un ratito, hacían su daño, y se iban. De verdad la puna era de los indios; la puna, con sus animales, con sus pastos, con sus vientos fríos y sus aguaceros. Los mistis le tenían miedo a la puna, y dejaban vivir allí a los indios.

—Para esos salvajes está bien la puna —decían.

Cada ayllu de Puquio tenía sus echaderos. Ésa era la única división que había en las punas: un riachuelo, la ceja de una montaña, señalaba las pertenencias de cada ayllu; y nunca hubo pleitos entre los barrios por causa de las tierras. Pero los pichk'achuris fueron siempre los verdaderos punarunas²⁹, punacumunkuna; ellos tienen hasta pueblitos en las alturas: K'õeek, Puñuy, Tak'ra, veinte o treinta

²⁷ Capítulo 2 de la novela *Yawar fiesta (fiesta de sangre)*, publicada en 1941.

²⁸ Campo de pastos naturales que se extiende al borde de una ciénaga o que es constantemente inundado o recibe filtraciones de manantiales. Suele ser una pradera comunal con vegetación permanente, lo que permite que allí el ganado medre sin obstáculo.

²⁹ Gente de la puna.

chozas en lo hondo de una quebrada, tras un cerro, junto a los montes negruzcos de los k'ëñwales. En la puna alta, bajo el cielo nublado, en el silencio grande; ya sea cuando el aguacero empieza y los truenos y las nubes negras asustan y hacen temblar el corazón; ya sea cuando en el cielo alto y limpio vuelan cantando las k'ellwas y los ojos del viajero miran la lejanía, pensativos ante lo grande del silencio; en cualquier tiempo, esas chukllas³⁰ con su humo azul, con el ladrido de sus chaschas³¹, con el canto de sus gallos, son un consuelo para los que andan de paso en la puna brava. En esos pueblos mandan los varayok's; allí no hay teniente, no hay gobernador, no hay juez, el varayok' es suficiente como autoridad. En esos pueblos no hay alborotos. Sólo cuando los mistis subían a las punas en busca de carne, y juntaban a las ovejas a golpe de zurriago y bala, para escoger a los mejores padrillos; entonces no más había alboroto. Porque a veces los punarunas se molestaban y se reunían, llamándose de casa en casa, de estancia a estancia, con silbidos y wakawak'ras; se juntaban rabiando, rodeaban a los principales y a los chalos abusivos; entonces, corrían los mistis, o eran apedreados ahí mismo, junto a la tropa de ovejas. Después venía el escarmiento; cachacos uniformados en la puna, matando a indios viejos, a mujeres y mak'tillos³²; y el saqueo. Un tiempo quedaban en silencio las estancias y los pueblitos. Pero enseguida volvían los punarunas a sus hondonadas; prendían fuego en el interior de las chukllas y el humo azul revoloteaba sobre los techos: ladraban los perros, al anochecer, en las puertas de las casas; y por las mañanitas, las ovejas balaban, alegres, levantando sus hocicos al cielo, bajo el sol que reverberaba sobre los nevados. Años después, los indios viejos hacían temblar a los niños contando la historia del escarmiento.

Los pichk'achuris fueron siempre verdaderos punarunas. Los otros ayllus también tenían estancias y comuneros en la puna, pero lo más de su gente vivía en el pueblo; tenían buenas tierras de sembrío junto a Puquio, y no querían las punas, casi les temían, como los mistis. Pichk'achuri era, y ahora sigue siendo, ayllu compartido entre puquianos y punarunas.

Casi de repente solicitaron ganado en cantidad de la costa, especialmente de Lima; entonces los mistis empezaron a quitar a los

³⁰ Chozas

³¹ Perro pequeño

³² Muchachos

indios sus chacras de trigo para sembrar alfalfa. Pero no fue suficiente; de la costa pedían más y más ganado. Los mistis que llevaban reses a la costa regresaban platudos. Y casi se desesperaron los principales; se quitaban a los indios para arrancarles sus terrenos; e hicieron sudar otra vez a los jueces, a los notarios, a los escribanos... Entre ellos también se trompearon y abalearon muchas veces. ¡Fuera trigo! ¡Fuera cebada! ¡Fuera maíz! ¡Alfalfa! ¡Alfalfa! ¡Fuera indios! Como locos correataron por los pueblos lejanos y vecinos a Puquio, comprando, engañando, robando a veces toros, torillos y becerros. ¡Eso era, pues, plata! ¡Billetes nuevecitos! Y andaban desesperados, del juzgado al coso, a las escribanías, a los potreros. Y por las noches, zurriago en mano, con revólver a la cintura y cinco o seis mayordomos por detrás. Entonces se acordaron de las punas: ¡Pasto! ¡Ganado! Indios brutos, ennegrecidos por el frío. ¡Allá vamos! Y entre todos corrieron, ganándose, ganándose a la puna. Empezaron a barrer para siempre las chukllas, los pueblitos; empezaron a levantar cercos de espinos y de piedras en la puna libre.

Año tras año, los principales fueron sacando papeles, documentos de toda clase, diciendo que eran dueños de este manantial, de ese echadero, de las pampas más buenas de pasto y más próximas al pueblo. De repente aparecían en la puna, por cualquier camino, en gran cabalgata. Llegaban con arpa, violín y clarinete, entre mujeres y hombres, cantando, tomando vino. Rápidamente mandaban hacer con sus lacayos y concertados una chuklla grande, o se metían en alguna cueva, botando al indio que vivía allí para cuidar su ganado. Con los mistis venían el juez de Primera Instancia, el subprefecto, el capitán jefe provincial y algunos gendarmes. En la chuklla o en la cueva, entre hombres y mujeres, se emborrachaban; bailaban gritando, y golpeando el suelo con furia. Hacían fiesta en la puna.

Los indios de los echaderos se avisaban, corriendo de estancia en estancia, se reunían asustados; sabían que nunca llegaban para bien los mistis a la puna. E iban los comuneros de la puna a saludar al «ductur» juez, al taita cura, al «gobiernos» de la provincia y a los werak'ochas vecinos principales de Puquio.

Aprovechando la presencia de los indios, el juez ordenaba la ceremonia de la posesión: el juez entraba al pajonal seguido de los vecinos y autoridades. Sobre el ischu³³, ante el silencio de indios y

³³ Paja

mistis, leía un papel. Cuando el juez terminaba de leer, uno de los mistis, el nuevo dueño, echaba tierra al aire, botaba algunas piedras a cualquier parte, se revolcaba sobre el ischu. Enseguida gritaban hombres y mujeres, tiraban piedras y reían. Los comuneros miraban todo eso desde lejos.

Cuando terminaba la bulla, el juez llamaba a los indios y les decía en quechua:

—Punacumunkuna: señor Santos es dueño de estos pastos; todo, todo, quebradas, laderas, puquiales, es de él. Si entran animales de otro aquí, de indio o vecino, es «daño». Si quiere, señor Santos dará en arriendo, o si no traerá aquí su ganado. Conque... ¡indios! Werak'ocha³⁴ Santos es dueño de estos pastos.

Los indios miraban al juez con miedo. «Pastos es ya de don Santos ¡indios!». Ahí está pues papel, ahí está pues werak'ocha juez, ahí está gendarmes, ahí está niñas; principales con su arpista, con su clarinetero, con sus botellas de «sirwuisa». ¡Ahí está pues taita cura! «Don Santos es dueño». Si hay animales de indios en estos pastos, es «daño» y... al coso, al corral de don Santos, a morir de sed, o a aumentar la punta de ganado que llevará don Santos, año tras año, a «extranguero».

El cura se ponía en los brazos una faja ancha de seda, como para bautizos, miraba lejos, en todas direcciones, y después, rezaba un rato. Enseguida, como el juez, se dirigía a los indios:

—Cumunkuna: con la ley ha probado don Santos que estos echaderos son de su pertenencia. Ahora don Santos va a ser respeto; va a ser patrón de indios que viven en estas tierras. Dios del cielo también respeta ley; ley es para todos, igual. Cumunkuna ¡a ver!, besen la mano de don Santos.

Y los comuneros iban, con el lok'o³⁵ en la mano, y besaban uno a uno la mano del nuevo dueño. Por respeto al taita cura, por respeto al Taitacha Dios.

«Con ley ha probado don Santos que es dueño de los echaderos». «Taitacha del cielo también respeta ley».

¿Y ahora dónde? ¡Dónde pues! La cabalgata se perdía, de regreso, en el abra próxima, tras del pasto amarillo que silbaba con el viento;

³⁴ Nombre del Supremo Dios Inca; en el texto equivale a «señor».

³⁵ Sombrero

se perdía entre cohetazos y griterío. Y punacumunkuna parecían extraviados; parecían de repente huérfanos.

—¡Taitallay taita! ¡Mamallay mama!

Las indias lloraban agarrándose de las piernas de sus maridos. Ya sabían que poco después de esa cabalgata llegarían tres o cuatro montados a reunir «daños» en esos echaderos. A bala y zurriago, hasta el coso del pueblo. ¿Acaso? No había ya reclamo. El «gobierno» de la provincia era amigo de los principales y resonaba en su despacho a todos los indios que iban a rescatar su ganado. A veces, más bien, como ladrón, el indio reclamante pujaría de dolor en el cepo o en la barra. En el despacho del subprefecto, el misti es principal, con el pecho salido, con la voz mandona; es dueño.

—Señor subprefecto; ese indio es ladrón —dice no más.

Y cuando el principal levanta el dedo y señala al indio, «ladrón» diciendo, ladrón es, ladrón redomado, cuatrero conocido. Y para el cuatrero indio está la barra de la cárcel; para el indio ladrón que viene a rescatar sus «daños» es el cepo.

Y mientras, el punacomunero sufre en la cárcel; mientras, canta entre lágrimas:

Qué solo me veo,
sin nadie ni nadie
como flor de la puna
no tengo sino mi sombra triste.

Mi pinkullo³⁶, con nervios apretado,
ahora está ronco,
la herida de mi alma,
de tanto haber llorado.

¡Qué es pues esta vida!
¿Dónde voy a ir?
Sin padre, sin madre,
¡todo se ha acabado!³⁷

³⁶ Instrumento andino de viento; flauta.

³⁷ José María Arguedas presenta en la novela este canto triste en quechua y en castellano; aquí, hemos omitido el texto en quechua.

Mientras el «cuatrero» canta en la cárcel, don Pedro, don Jesús, don Federico, o cualquier otro, aseguran su sentencia, de acuerdo con el tinterillo defensor de cholos; y arrean en la punta las vacas de los punarunas hasta el «extranguero», o las inviernan en los alfalfares de los k'ollanas para negociarlas después.

Los punarunas sabían esto muy bien. Año tras año, los principales iban empujando a los comuneros pastores de K'ayau, Chaupi y K'ollana, más arriba, más arriba, junto al K'arwarasu, a las cumbres y a las pampas altas, donde la paja es dura y chiquita, pegada a la tierra como garrapata. Por eso, cuando la cabalgata de los mistis se perdía tras la lomada que oculta la cueva o la chuklla, las indias se abrazaban a las piernas de sus maridos, y lloraban a gritos; los hombres hablaban:

—¡Taitallaya! ¡Judidus! ¡Judidus!

La tropa de indios, punarunakuna, buscaría inmediatamente otra cueva, o haría otra choza, más arriba, junto al nevado allí donde el pasto es duro y chiquito; allí llevarían su ganado. Entonces empezaba la pelea: las llamas, las vacas, los caballos lanudos, los carneros, escaparían siempre buscando su querencia de antes, buscando el pasto grande y blando. Pero allí abajo estarían los concertados de don Santos, de don Federico... los empleados del principal, chalos, mestizos hambrientos. Uno por uno, el ganado de los indios iría cayendo de «daño», para aumentar la punta de reses del patrón.

Así fueron acabándose, poco a poco, los pastores de los echaderos de Chaupi y K'ollana. Los comuneros, que ya no tenían animales, ni chuklla, ni cueva, bajaron al pueblo. Llegaron a su ayllu como forasteros, cargando sus ollas, sus pellejos y sus mak'tillos. Ellos eran, pues, punarunas, pastores; iban al pueblo sólo para pasar las grandes fiestas. Entonces solían llegar al ayllu con ropa nueva, con las caras alegres, con «harto plata» para el «trago», para los bizcochos, para comprar géneros de colores en el jirón Bolívar. Entraban a su ayllu con orgullo, y eran festejados. Pero cuando llegaron empobrecidos, corriendo de los mistis, vinieron con la barriga al aire negros de frío y de hambre. Le decían a cualquiera:

—¡Aquí estamos, papacito! ¡Aquí, pues, hermanito!

El varayok', alcalde del ayllu, los recibía en su casa.

Después llamaban a la faena³⁸, y los comuneros del barrio levantaban una casa nueva en siete y ocho días para el punaruna.

Y en Puquio había un jornalero más para las chacras de los principales, o para «engancharse»³⁹ e ir a Nazca o Acarí, a trabajar en la costa. Allá servían de alimento a los zancudos de la terciana. El hacendado los amarraba cinco o seis meses más fuera del contrato y los metía a los algodones, temblando de fiebre. A la vuelta, «cansaban» para siempre en los arenales caldeados de sol, en las cuestas, en la puna; o si llegaban todavía al ayllu, andaban por las calles, amarillos y enclenques, dando pena a todos los comuneros; y sus hijos también eran como los tercianientos, sin alma. Pero muchos punarunas, trabajando bien, protegidos por el ayllu, entrando, primero, a servir de «lacayos» y «concertados» en las casas de los mistis, para juntar «poco plata», y consiguiendo después tierras de sembrío para trabajar al partir, lograban levantar cabeza. De punarunas se hacían comuneros del pueblo. Y ya en Puquio, en el ayllu, seguían odiando con más fuerza al principal que les había quitado sus tierras. En el ayllu había miles y miles de comuneros, todos juntos, todos iguales; allí, ni don Santos, ni don Fermín, ni don Pedro, podían abusar así no más. El punaruna que había llorado en las pampas de ischu, el punaruna que había pujado en el cepo, que había golpeado su cabeza sobre las paredes de la cárcel, ese «endio» que llegó con los ojos asustados, ahora, de comunero chaupi, k'ollana o k'ayau, tenía más valor para mirar frente a frente, con rabia, a los vecinos que entraban a los ayllus a pedir favor.

Así bajaron hace tiempo los comuneros de las punas de K'ayau, K'ollana y Chaupi. Pocos quedaron. Unos cerca del K'arwarasu, en las cumbres, juntando su ganado y defendiéndolo de los principales; bajo la lluvia, bajo las tempestades con rayos y truenos, bajo las nubes negras de enero y febrero. Y allá, en la puna brava, cuidándose desde el alba hasta el anochecer, recorriendo y contando a cada hora sus ovejas, haciendo ladrar a los perros alrededor de la tropa, se iban poniendo sordos. Y ni para las fiestas ya bajaban al pueblo. En lo alto, junto a las granizadas, envueltos por las nubes

³⁸ Trabajos realizados de común acuerdo, para beneficio general, por todos los miembros de una comunidad. Generalmente se refieren al mantenimiento de caminos, limpieza de acequias, construcción de puentes, iglesias, escuelas, etc.

³⁹ «Enganche»: sistema tenebroso utilizado, más específicamente, desde fines del siglo XIX para conseguir mano de obra para el duro trabajo minero y agrícola. Consistía en imponer con argucias un adelanto de dinero o especies al individuo necesitado que, después de recibido, lo obligaba a trabajar explotado al máximo e imponiéndole «deudas» interminables de modo que el trabajador se veía impedido de volver a su lugar de origen junto a su familia.

oscuras que tapan la cumbre de los cerros, el encanto de la puna los agarraba poco a poco. Y se volvían cerriles.

Otros, por quedarse en su querencia, junto a sus animales, vendían su ganado al nuevo dueño de los pastales; recibían diez, quince soles por cada vaca; tres, cuatro reales por cada oveja; enterraban el dinero al pie de alguna piedra grande que tenía encanto, o en las cimas de las montañas. Y ya pobres, sin una ovejita que les sirviera de consuelo, se quedaban de vaqueros del patrón; se declaraban hijos huérfanos del principal que había tomado posesión de los echaderos; y lloraban, cada vez que el señor llegaba a visitar sus tierras:

—¡Aquí estamos, papituy! ¡Taitituy!

Como chaschas enfermos se arrastraban en la puerta de la chuklla.

—¡Papituy! ¡Patroncito!

Se estrujaban las manos y daban vueltas alrededor del patrón; lloriqueando. Mostraban la tropa de ovejas, de vacas y de caballos chuscos y decían:

—Ahí está tus ovejitas, ahí está tus vacas. Todo, todo, completo, taitay.

En el crepúsculo, cuando el patrón se alejaba de la estancia, seguido de sus mayordomos; todos los punarunas los miraban irse, todos juntos, reunidos en la puerta de la chuklla. El sol caía sobre sus caras, el sol amarillo. Y temblaban todavía los punarunas; como en una herida, la sangre dolía en sus corazones.

—¡Ya, señor! ¡Patrón! —decían, cuando el sombrero blanco del ganadero se perdía en el filo de la lomada o tras de los k'ëñwales.

Pero eso no era nada. De vez en vez, el patrón mandaba comisionados a recolectar ganado en las estancias. Los comisionados escogían al toro allk'a, al callejón, o al pillko. Entonces los punarunas, con sus familias, hacían una despedida a los toros que iban a la quebrada, para aumentar la punta de ganado que el patrón llevaría al «extranguero». Entonces sí, sufrían. Ni con la muerte, ni con la helada, sufrían más los indios de las alturas.

—¡Allk'a, callejón, pillko, para la punta! —mandaban, al amanecer, los comisionados.

Los mak'tillos y las mujeres se alborotaban. Los mak'tillos corrían junto a los padrillos, que ese rato dormían en el corral. Con sus brazos les hacían cariño en el hocico lanudo.

—¡Pillkuchallaya! ¡Dónde te van a llevar, papacito!

El pillko sacaba su lengua áspera y se hurgaba las narices; se dejaba querer, mirando a los muchachos con sus ojos grandes. Y después lloraban los mak'tillos, lloraban delgadito, con su voz de jilguero.

—¡Pillkuchallaya! ¡Pillkucha!

Y en eso no más, llegaban los arreadores; hacían reventar su zurriago sobre las cabezas de los mak'tillos:

—¡Ya, ya, carago!

Atropellaban los arreadores; y a golpe de tronadores⁴⁰, separaban de la tropa a los designados.

Entonces venía la pena grande. La familia se juntaba en la puerta de la chuklla, para cantarles la despedida a los padrillos que se iban. El más viejo tocaba el pinkullo, sus hijos los wakawak'ras⁴¹ y una de las mujeres la tinya:

Vacallay vaca
turullay turu
vacachallaya
turuchallaya.

Cantaban a gritos los punarunas; mientras los arreadores rodeaban, a zurriago limpio, al allk'a, al pillko... e iban alejándose de la estancia.

Vacallay vaca
turullay turu...

El pinkullo silbaba con fuerza en la puna, la cuerda de la tinya roncaba sobre el cuero; y en las hondonadas, en los rocales, sobre las lagunas de la puna, la voz de los comuneros, del pinkullo y de la tinya, lamía el ischu, iba al cielo, regaba su amargo en toda la puna. Los indios de las otras estancias se santiguaban.

⁴⁰ Tronadora: látigo de cuero trenzado; al ser restallado produce un fuerte chasquido.

⁴¹ Corneta hecha de cuernos de toro

Pero los mak'tillos sufrían más; lloraban como en las noches oscuras, cuando se despertaban solos en la chuklla; como para morir se lloraban; y desde entonces, el odio a los principales crecía en sus corazones, como aumenta la sangre, como crecen los huesos.

Así fue el despojo de los indios de la puna de K'ayau, Chaupi y K'ollana.

El sueño del pongo⁴²

(Cuento quechua)

A la memoria de don Santos Ccoyoccisi Ccataccamara, Comisario Escolar de la comunidad de Umutu, provincia de Quispicanchis, Cuzco. Don Santos vino a Lima seis veces; consiguió que lo recibieran los Ministros de Educación y dos Presidentes. Era monolingüe quechua. Cuando hizo su primer viaje a Lima tenía más de sesenta años de edad; llegaba a su pueblo cargando a la espalda parte del material escolar y las donaciones que conseguía. Murió hace dos años. Su majestuosa y tierna figura seguirá protegiendo desde la otra vida a su comunidad y acompañando a quienes tuvimos la suerte de ganar su afecto y recibir el ejemplo de su tenacidad y sabiduría.

Un hombrecito se encaminó a la casa-hacienda de su patrón. Como era siervo iba a cumplir el turno de pongo, de sirviente en la gran residencia. Era pequeño, de cuerpo miserable, de ánimo débil, todo lamentable; sus ropas viejas.

El gran señor, patrón de la hacienda, no pudo contener la risa cuando el hombrecito lo saludó en el corredor de la residencia.

- ¿Eres gente u otra cosa? - le preguntó delante de todos los hombres y mujeres que estaban de servicio.

⁴² Cuento publicado en 1965, en quechua y castellano.

Humillándose, el pongo no contestó. Atemorizado, con los ojos helados, se quedó de pie.

- ¡A ver! - dijo el patrón - por lo menos sabrá lavar ollas, siquiera podrá manejar la escoba, con esas sus manos que parece que no son nada. ¡Llévate esta inmundicia! - ordenó al mandón de la hacienda.

Arrodillándose, el pongo le besó las manos al patrón y, todo agachado, siguió al mandón hasta la cocina.

* * *

El hombrecito tenía el cuerpo pequeño, sus fuerzas eran sin embargo como las de un hombre común. Todo cuanto le ordenaban hacer lo hacía bien. Pero había un poco como de espanto en su rostro; algunos siervos se reían de verlo así, otros lo compadecían. “Huérfano de huérfanos; hijo del viento de la luna debe ser el frío de sus ojos, el corazón pura tristeza”, había dicho la mestiza cocinera, viéndolo.

El hombrecito no hablaba con nadie; trabajaba callado; comía en silencio. Todo cuanto le ordenaban, cumplía. “Sí, papacito; sí, mamacita”, era cuanto solía decir.

Quizá a causa de tener una cierta expresión de espanto, y por su ropa tan haraposa y acaso, también porque quería hablar, el patrón sintió un especial desprecio por el hombrecito. Al anochecer, cuando los siervos se reunían para rezar el Ave María, en el corredor de la casa -hacienda, a esa hora, el patrón martirizaba siempre al pongo delante de toda la servidumbre; lo sacudía como a un trozo de pellejo.

Lo empujaba de la cabeza y lo obligaba a que se arrodillara y, así, cuando ya estaba hincado, le daba golpes suaves en la cara.

- Creo que eres perro. ¡Ladra! - le decía.

El hombrecito no podía ladrar.

- Ponte en cuatro patas - le ordenaba entonces.

El pongo obedecía, y daba unos pasos en cuatro pies.

- Trota de costado, como perro - seguía ordenándole el hacendado.

El hombrecito sabía correr imitando a los perros pequeños de la puna.

El patrón reía de muy buena gana; la risa le sacudía todo el cuerpo.

- ¡Regresa! - le gritaba cuando el sirviente alcanzaba trotando el extremo del gran corredor.

El pongo volvía, corriendo de costadito. Llegaba fatigado.

Algunos de sus semejantes, siervos, rezaban mientras tanto el Ave María, despacio rezaban, como viento interior en el corazón.

- ¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha eres! - mandaba el señor al cansado hombrecito. - Siéntate en dos patas; empalma las manos.

Como si en el vientre de su madre hubiera sufrido la influencia modelante de alguna vizcacha, el pongo imitaba exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos, como orando sobre las rocas. Pero no podía alzar las orejas.

Golpeándolo con la bota, sin patearlo fuerte, el patrón derribaba al hombrecito sobre el piso de ladrillo del corredor.

- Recemos el Padrenuestro - decía luego el patrón a sus indios, que esperaban en fila.

El pongo se levantaba a pocos, y no podía rezar porque no estaba en el lugar que le correspondía ni ese lugar correspondía a nadie.

En el oscurecer, los siervos bajaban del corredor al patio y se dirigían al caserío de la hacienda.

- ¡Vete pancita! - solía ordenar, después, el patrón al pongo.

* * *

Y así, todos los días, el patrón hacía revolcarse a su nuevo pongo, delante de la servidumbre. Lo obligaba a reírse, a fingir llanto. Lo entregó a la mofa de sus iguales, los colonos⁴³.

⁴³ Indio que pertenece a la hacienda.

Pero ... una tarde, a la hora del Ave María, cuando el corredor estaba colmado de toda la gente de la hacienda, cuando el patrón empezó a mirar al pongo con sus densos ojos, ese, ese hombrecito, habló muy claramente. Su rostro seguía un poco espantado.

- Gran señor, dame tu licencia; padrecito mío, quiero hablarte - dijo.

El patrón no oyó lo que oía.

- ¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado u otro? - preguntó.

- Tu licencia, padrecito, para hablarte. Es a ti a quien quiero hablarte - repitió el pongo.

- Habla... si puedes - contestó el hacendado.

- Padre mío, señor mío, corazón mío - empezó a hablar el hombrecito -. Soñé anoche que habíamos muerto los dos juntos: juntos habíamos muerto.

- ¿Conmigo? ¿Tú? Cuenta todo, indio - le dijo el gran patrón.

- Como éramos hombres muertos, señor mío, aparecimos desnudos. Los dos juntos: desnudos ante nuestro gran Padre San Francisco.

- ¿Y después? ¡Habla! - ordenó el patrón, entre enojado e inquieto por la curiosidad.

- Viéndonos muertos, desnudos, juntos, nuestro gran Padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzan y miden no sabemos hasta qué distancia. A ti y a mí nos examinaba, pesando, creo, el corazón de cada uno y lo que éramos y lo que somos. Como hombre rico y grande, tú enfrentabas esos ojos, padre mío.

- ¿Y tú?

- No puedo saber cómo estuve, gran señor. Yo no puedo saber lo que valgo.

- Bueno, sigue contando.

- Entonces, después, nuestro Padre dijo con su boca: "De todos los ángeles, el más hermoso, que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro ángel pequeño, que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de la miel de chancaca más transparente".

- ¿Y entonces? - preguntó el patrón.

Los indios siervos oían, oían al pongo, con atención sin cuenta pero temerosos.

- Dueño mío: apenas nuestro gran Padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel, brillando, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre, caminando despacio. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de luz suave como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

- ¿Y entonces? - repitió el patrón.

- “Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre”, diciendo, ordenó nuestro gran Padre. Y así, el ángel excelso, levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito, todo, desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Y te erguiste, solo; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía, como si estuviera hecho de oro, transparente.

- Así tenía que ser - dijo el patrón, y luego pregunto:

- ¿Y a ti?

- Cuando tú brillabas en el cielo, nuestro gran Padre San Francisco volvió a ordenar: “Que de todos los ángeles del cielo venga el de menos valer, el más ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano”.

- ¿Y entonces?

- Un ángel que ya no valía, viejo, de patas escamosas, al que no le alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro gran Padre; llegó bien cansado, con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande. “Oye viejo -ordenó nuestro gran Padre a ese pobre ángel -, embadurna el cuerpo de este hombrécito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo como puedas. ¡Rápido!”. Entonces, con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento de la lata, me cubrió, desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecí avergonzado, en la luz del cielo, apestando...

- Así mismo tenía que ser - afirmó el patrón. - ¡Continúa! ¿O todo concluye allí?

- No, padrecito mío, señor mío. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntos, los dos, ante nuestro gran Padre San

Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti ya a mí, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo, no sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria. Y luego dijo: “Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ¡lámanse el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo”. El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora: sus alas recuperaron su color negro, su gran fuerza. Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera.

La agonía del Rasu-Ñiti⁴⁴

Estaba tendido en el suelo, sobre una cama de pellejos. Un cuero de vaca colgaba de uno de los maderos del techo. Por la única ventana que tenía la habitación, cerca del mojinete, entraba la luz grande del sol; daba contra el cuero y su sombra caía a un lado de la cama del bailarín. La otra sombra, la del resto de la habitación, era uniforme. No podía afirmarse que fuera oscuridad; era posible distinguir las ollas, los sacos de papas, los copos de lana; los cuyes, cuando salían algo espantados de sus huecos y exploraban en el silencio. La habitación era ancha para ser vivienda de un indio.

Tenía una troje. Un altillo que ocupaba no todo el espacio de la pieza, sino un ángulo. Una escalera de palo de lambras servía para subir a la troje. La luz del sol alumbraba fuerte. Podía verse cómo varias hormigas negras subían sobre la corteza del lambras que aún exhalaba perfume.

—El corazón está listo. El mundo avisa. Estoy oyendo la cascada de Saño. ¡Estoy listo! Dijo el dansak' "Rasu-Ñiti"⁴⁵.

Se levantó y pudo llegar hasta la petaca de cuero en que guardaba su traje de dansak' y sus tijeras de acero. Se puso el guante en la mano derecha y empezó a tocar las tijeras.

Los pájaros que se espulgaban tranquilos sobre el árbol de molle, en el pequeño corral de la casa, se sobresaltaron.

⁴⁴ Este cuento fue publicado en 1962.

⁴⁵ Dansak: bailarín. Rasu-Ñiti: que aplasta nieve.

La mujer del bailarín y sus dos hijas que desgranaban maíz en el corredor, dudaron.

— Madre ¿has oído? ¿Es mi padre, o sale ese canto de dentro de la montaña? —preguntó la mayor.

—¡Es tu padre! —dijo la mujer.

Porque las tijeras sonaron más vivamente, en golpes menudos.

Corrieron las tres mujeres a la puerta de la habitación.

“Rasu-Ñiti” se estaba vistiendo. Sí. Se estaba poniendo la chaqueta ornada de espejos.

— ¡Esposo! ¿Te despides? — preguntó la mujer, respetuosamente, desde el umbral. Las dos hijas lo contemplaron temblorosas.

—El corazón avisa, mujer. Llamen al “Lurucha” y a don Pascual. ¡Qué vayan ellas!

Corrieron las dos muchachas.

La mujer se acercó al marido.

—Bueno. ¡Wamani⁴⁶ está hablando! —dijo él— Tú no puedes oír. Me habla directo al pecho. Agárrame el cuerpo. Voy a ponerme el pantalón. ¿Adónde está el sol? Ya habrá pasado mucho el centro del cielo.

—Ha pasado. Está entrando aquí. ¡Ahí está!

Sobre el fuego del sol, en el piso de la habitación, caminaban unas moscas negras.

—Tardará aún la chirinka⁴⁷ que viene un poco antes de la muerte. Cuando llegue aquí no vamos a oírla aunque zumbe con toda su fuerza, porque voy a estar bailando.

Se puso el pantalón de terciopelo, apoyándose en la escalera y en los hombros de su mujer. Se calzó las zapatillas. Se puso el tapabala y la montera. El tapabala estaba adornado con hilos de oro. Sobre las inmensas faldas de la montera, entre cintas labradas, brillaban espejos en forma de estrella. Hacia atrás, sobre la espalda del bailarín, caía desde el sombrero una rama de cintas de varios colores.

⁴⁶ Dios montaña que se presenta en figura de cóndor.

⁴⁷ Mosca azul.

La mujer se inclinó ante el dansak'. Le abrazó los pies. ¡Estaba ya vestido con todas sus insignias! Un pañuelo blanco le cubría parte de la frente. La seda azul de su chaqueta, los espejos, la tela roja del pantalón, ardían bajo el angosto rayo de sol que fulguraba en la sombra del tugurio que era la casa del indio Pedro Huancayre, el gran dansak' "Rasu-Niti", cuya presencia se esperaba, casi se temía, y era luz de las fiestas de centenares de pueblos.

—¿Estás viendo al Wamani sobre mi cabeza? —preguntó el bailarín a su mujer.

Ella levantó la cabeza.

—Está —dijo—. Está tranquilo.

—¿De qué color es?

—Gris. La mancha blanca de su espalda está ardiendo.

—Así es. Voy a despedirme. ¡Anda tú a bajar los tipis de maíz del corredor! ¡Anda!

La mujer obedeció. En el corredor de los maderos del techo, colgaban racimos de maíz de colores. Ni la nieve, ni la tierra blanca de los caminos, ni la arena del río, ni el vuelo feliz de las parvadas de palomas en las cosechas, ni el corazón de un becerro que juega, tenían la apariencia, la lozanía, la gloria de esos racimos. La mujer los fue bajando, rápida pero ceremonialmente.

Se oía ya, no tan lejos, el tumulto de la gente que venía a la casa del bailarín.

Llegaron las dos muchachas. Una de ellas había tropezado en el campo y le salía sangre de un dedo del pie. Despejaron el corredor. Fueron a ver después al padre.

Ya tenía el pañuelo rojo en la mano izquierda. Su rostro enmarcado por el pañuelo blanco, casi salido del cuerpo, resaltaba, porque todo el traje de color y luces y la gran montera lo rodeaban, se diluían para alumbrarlo; su rostro cetrino, no pálido, cetrino duro, casi no tenía expresión. Sólo sus ojos aparecían hundidos como en un mundo, entre los colores del traje y la rigidez de los músculos.

—¿Ves al Wamani en la cabeza de tu padre? —preguntó la mujer a la mayor de sus hijas.

Las tres lo contemplaron, quietas.

—No —dijo la mayor.

—No tienes fuerza aún para verlo. Está tranquilo, oyendo todos los cielos; sentado sobre la cabeza de tu padre. La muerte le hace oír todo. Lo que tú has padecido; lo que has bailado; lo que más vas a sufrir.

—¿Oye el galope del caballo del patrón?

—Sí oye —contestó el bailarín, a pesar de que la muchacha había pronunciado las palabras en voz bajísima—. ¡Sí oye! También lo que las patas de ese caballo han matado. La porquería que ha salpicado sobre ti. Oye también el crecimiento de nuestro dios que va a tragar los ojos de ese caballo. Del patrón no. ¡Sin el caballo él es sólo excremento de borrego!

Empezó a tocar las tijeras de acero. Bajo la sombra de la habitación la fina voz del acero era profunda.

—El Wamani me avisa. ¡Ya vienen! —dijo.

—¿Oyes, hija? Las tijeras no son manejadas por los dedos de tu padre. El Wamani las hace chocar. Tu padre sólo está obedeciendo.

Son hojas de acero sueltas. Las engarza el dansak' por los ojos, en sus dedos y las hace chocar. Cada bailarín puede producir en sus manos con ese instrumento una música leve, como de agua pequeña, hasta fuego: depende del ritmo, de la orquesta y del "espíritu" que protege al dansak'.

Bailan solos o en competencia. Las proezas que realizan y el hervor de su sangre durante las figuras de la danza dependen de quién está asentado en su cabeza y su corazón, mientras él baila o levanta y lanza barretas con los dientes, se atraviesa las carnes con leznas o camina en el aire por una cuerda tendida desde la cima de un árbol a la torre del pueblo.

Yo vi al gran padre "Untu", trajeado de negro y rojo, cubierto de espejos, danzar sobre una sogá movidiza en el cielo, tocando sus tijeras. El canto del acero se oía más fuerte que la voz del violín y del arpa que tocaban a mi lado, junto a mí. Fue en la madrugada. El padre "Untu" aparecía negro bajo la luz incierta y tierna; su figura se mecía contra la sombra de la gran montaña. La voz de sus tijeras nos rendía, iba del cielo al mundo, a los ojos y al latido de los millares de indios y mestizos que lo veíamos avanzar desde el inmenso eucalipto de la torre. Su viaje duró acaso un siglo. Llegó a la ventana de la torre cuando el sol encendía la cal y el sillar blanco con

que estaban hechos los arcos. Danzó un instante junto a las campanas. Bajó luego. Desde dentro de la torre se oía el canto de sus tijeras; el bailarín iría buscando a tientas las gradas en el lóbrego túnel. Ya no volverá a cantar el mundo en esa forma, todo constreñido, fulgurando en dos hojas de acero. Las palomas y otros pájaros que dormían en el gran eucalipto, recuerdo que cantaron mientras el padre “Untu” se balanceaba en el aire. Cantaron pequeñitos, jubilosamente, pero junto a la voz del acero y a la figura del dansak’ sus gorjeos eran como una filigrana apenas perceptible, como cuando el hombre reina y el bello universo solamente, parece, lo orna, le da el jugo vivo a su señor.

El genio de un dansak’ depende de quién vive en él: ¿el “espíritu” de una montaña (Wamani); de un precipicio cuyo silencio es transparente; de una cueva de la que salen toros de oro y “condenados” en andas de fuego? O la cascada de un río que se precipita de todo lo alto de una cordillera; o quizás sólo un pájaro, o un insecto volador que conoce el sentido de abismos, árboles, hormigas y el secreto de lo nocturno; alguno de esos pájaros “malditos” o “extraños”, el hakakllo, el chusek, o el San Jorge, negro insecto de alas rojas que devora tarántulas.

“Rasu-Ñiti” era hijo de un Wamani grande, de una montaña con nieve eterna. Él, a esa hora, le había enviado ya su “espíritu”: un cóndor gris cuya espalda blanca estaba vibrando.

Llegó “Lurucha”, el arpista del dansak’, tocando; le seguía don Pascual, el violinista. Pero el “Lurucha” comandaba siempre el dúo. Con su uña de acero hacía estallar las cuerdas de alambre y las de tripa, o las hacía gemir sangre en los pasos tristes que tienen también las danzas.

Tras de los músicos marchaba un joven: “Atok’ sayku”⁴⁸, el discípulo de “Rasu-Ñiti”. También se había vestido. Pero no tocaba las tijeras; caminaba con la cabeza gacha. ¿Un dansak’ que llora? Sí, pero lloraba para adentro. Todos lo notaban.

“Rasu-Ñiti” vivía en un caserío de no más de veinte familias. Los pueblos grandes estaban a pocas leguas. Tras de los músicos venía un pequeño grupo de gente.

—¿Ves “Lurucha” al Wamani? — preguntó el dansak’ desde la habitación.

⁴⁸ Que cansa al zorro.

—Sí, lo veo. Es cierto. Es tu hora.

—¡“Atok’ sayku”! ¿Lo ves?

El muchacho se paró en el umbral y contempló la cabeza del dansak’.

—Aletea no más. No lo veo bien, padre.

—¿Aletea?

—Sí, maestro.

—Está bien. “Atok’ sayku” joven.

—Ya siento el cuchillo en el corazón. ¡Toca! —le dijo al arpista.

“Lurucha” tocó el jaykuy (entrada) y cambió enseguida al sisi nina (fuego hormiga), otro paso de la danza.

“Rasu-Ñiti” bailó, tambaleándose un poco. El pequeño público entró en la habitación. Los músicos y el discípulo se cuadraron contra el rayo de sol. “Rasu-Ñiti” ocupó el suelo donde la franja de sol era más baja. Le quemaban las piernas. Bailó sin hervor, casi tranquilo, el jaykuy; en el “sisi nina” sus pies se avivaron.

—¡El Wamani está aleteando grande; está aleteando! —dijo “Atok’ sayku”, mirando la cabeza del bailarín.

Danzaba ya con brío. La sombra del cuarto empezó a hen-chirse como de una cargazón de viento; el dansak’ renacía. Pero su cara, enmarcada por el pañuelo blanco, estaba más rígida, dura; sin embargo, con la mano izquierda agitaba el pañuelo rojo, como si fuera un trozo de carne que luchara. Su montera se mecía con todos sus espejos; en nada se percibía mejor el ritmo de la danza. “Lurucha” había pegado el rostro al arco del arpa. ¿De dónde bajaba o brotaba esa música? No era sólo de las cuerdas y de la madera.

—¡Ya! ¡Estoy llegando! ¡Estoy por llegar! —dijo con voz fuerte el bailarín, pero la última sílaba salió como traposa, como de la boca de un loro.

Se le paralizó una pierna.

—¡Está el Wamani! ¡Tranquilo! —exclamó la mujer del dansak’ porque sintió que su hija menor temblaba.

El arpista cambió la danza al tono de Waqtay (la lucha). “Rasu-Ñiti” hizo sonar más alto las tijeras. Las elevó en dirección del rayo de sol que se iba alzando. Quedó clavado en el sitio; pero con el rostro

aún más rígido y los ojos más hundidos, pudo dar una vuelta sobre su pierna viva. Entonces sus ojos dejaron de ser indiferentes; porque antes miraba como en abstracto, sin precisar a nadie. Ahora se fijaron en su hija mayor, casi con júbilo.

—El dios está creciendo. ¡Matará al caballo! —dijo.

Le faltaba ya saliva. Su lengua se movía como revolcándose en polvo.

—¡“Lurucha”! ¡Patrón! ¡Hijo! El Wamani me dice que eres de maíz blanco. De mi pecho sale tu tonada. De mi cabeza.

Y cayó al suelo. Sentado. No dejó de tocar las tijeras. La otra pierna se le había paralizado.

Con la mano izquierda sacudía el pañuelo rojo, como un pendón de chichería en los meses de viento.

“Lurucha”, que no parecía mirar al bailarín, empezó el yawar mayu (río de sangre), paso final que en todas las danzas de indios existe.

El pequeño público permaneció quieto. No se oían ruidos en el corral ni en los campos más lejanos. ¿Las gallinas y los cuyes sabían lo que pasaba, lo que significaba esa despedida?

La hija mayor del bailarín salió al corredor, despacio. Trajo en sus brazos uno de los grandes racimos de mazorcas de maíz de colores. Lo depositó en el suelo. Un cuy se atrevió también a salir de su hueco. Era macho, de pelo encrespado; con sus ojos rojísimos revisó un instante a los hombres y saltó a otro hueco. Silbó antes de entrar.

“Rasu-Ñiti” vio a la pequeña bestia. ¿Por qué tomó más impulso para seguir el ritmo lento, como el arrastrarse de un gran río turbio, del yawar mayu éste que tocaban “Lurucha” y don Pascual? “Lurucha” aquietó el endiablado ritmo de este paso de la danza. Era el yawar mayu, pero lento, hondísimo; sí, con la figura de esos ríos inmensos, cargados con las primeras lluvias; ríos, de las proximidades de la selva que marchan también lentos, bajo el sol pesado en que resaltan todos los polvos y lodos, los animales muertos y árboles que arrastran, indeteniblemente. Y estos ríos van entre montañas bajas, oscuras de árboles. No como los ríos de la sierra que se lanzan a saltos, entre la gran luz; ningún bosque los mancha y las rocas de los abismos les dan silencio.

“Rasu-Ñiti” seguía con la cabeza y las tijeras este ritmo denso. Pero el brazo con que batía el pañuelo empezó a doblarse; murió. Cayó sin control, hasta tocar la tierra.

Entonces “Rasu-Ñiti” se echó de espaldas.

—¡El Wamani aletea sobre su frente! —dijo “Atok’ sayku”.

—Ya nadie más que él lo mira —dijo entre sí la esposa—. Yo ya no lo veo.

“Lurucha” avivó el ritmo del yawar mayu. Parecía que tocaban campanas graves. El arpista no se esmeraba en recorrer con su uña de metal las cuerdas de alambre; tocaba las más extensas y gruesas. Las cuerdas de tripa. Pudo oírse entonces el canto del violín más claramente.

A la hija menor le atacó el ansia de cantar algo. Estaba agitada, pero como los demás, en actitud solemne. Quiso cantar porque vio que los dedos de su padre que aún tocaban las tijeras iban agotándose, que iban también a helarse. Y el rayo de sol se había retirado casi hasta el techo. El padre tocaba las tijeras revolcándolas un poco en la sombra fuerte que había en el suelo.

“Atok’ sayku” se separó un pequeñísimo espacio, de los músicos. La esposa del bailarín se adelantó un medio paso de la fila que formaba con sus hijas. Los otros indios estaban mudos; permanecieron más rígidos. ¿Qué iba a suceder luego? No les habían ordenado que salieran afuera.

—¡El Wamani está ya sobre el corazón! —exclamó “Atok’ sayku”, mirando.

“Rasu-Ñiti” dejó caer las tijeras. Pero siguió moviendo la cabeza y los ojos.

El arpista cambió de ritmo, tocó el illapa vivon (el borde del rayo). Todo en las cuerdas de alambre, a ritmo de cascada. El violín no lo pudo seguir. Don Pascual adoptó la misma actitud rígida del pequeño público, con el arco y el violín colgándole de las manos.

“Rasu-Ñiti” movió los ojos; la córnea, la parte blanca, parecía ser la más viva, la más lúcida. No causaba espanto. La hija menor seguía atacada por el ansia de cantar, como solía hacerlo junto al río grande, entre el olor de flores de retama que crecen a ambas orillas. Pero ahora el ansia que sentía por cantar, aunque igual en violencia, era de otro sentido. ¡Pero igual en violencia!

Duró largo, mucho tiempo, el “illapa vivon”. “Lurucha” cambiaba la melodía a cada instante, pero no el ritmo. Y ahora sí miraba al maestro. La danzante llama que brotaba de las cuerdas de alambre de su arpa, seguía como sombra el movimiento cada vez más extraviado de los ojos del dansak’; pero lo seguía. Es que “Lurucha” estaba hecho de maíz blanco, según el mensaje del Wamani. El ojo del bailarín moribundo, el arpa y las manos del músico funcionaban juntos; esa música hizo detenerse a las hormigas negras que ahora marchaban de perfil al sol, en la ventana. El mundo a veces guarda un silencio cuyo sentido sólo alguien percibe. Esta vez era por el arpa del maestro que había acompañado al gran dansak’ toda la vida, en cien pueblos, bajo miles de piedras y de toldos. “Rasu-Ñiti” cerró los ojos. Grande se veía su cuerpo. La montera le alumbraba con sus espejos.

“Atok’ sayku” salió junto al cadáver. Se elevó ahí mismo, danzando; tocó las tijeras que brillaban. Sus pies volaban. Todos estaban mirando. “Lurucha” tocó el lucero kanchi (alumbrar de la estrella), del wallpa wak’ay (canto del gallo) con que empezaban las competencias de los dansak’, a la media noche.

—¡El Wamani aquí! ¡En mi cabeza! ¡En mi pecho, aleteando! —dijo el nuevo dansak’.

Nadie se movió.

Era él, el padre “Rasu-Ñiti”, renacido, con tendones de bestia tierna y el fuego del Wamani, su corriente de siglos aleteando.

“Lurucha” inventó los ritmos más intrincados, los más solemnes y vivos. “Atok’ sayku” los seguía, se elevaban sus piernas, sus brazos, su pañuelo, sus espejos, su montera, todo en su sitio. Y nadie volaba como ese joven dansak’; dansak’ nacido.

—¡Está bien! —dijo “Lurucha”—. ¡Está bien! Wamani contento. Ahistá en tu cabeza, el blanco de su espalda como el sol del medio día en el nevado, brillando.

—¡No lo veo! —dijo la esposa del bailarín.

—Enterraremos mañana al oscurecer al padre “Rasu-Ñiti”.

—No muerto. ¡Ajajayllas! —exclamó la hija menor—. No muerto. ¡Él mismo! ¡Bailando!

“Lurucha” miró profundamente a la muchacha. Se le acercó, casi tambaleándose, como si hubiera tomado una gran cantidad de cañazo.

—¡Cóndor necesita paloma! ¡Paloma, pues, necesita cóndor!
¡Dansak’ no muere! — le dijo.

—Por dansak’ el ojo de nadie llora. Wamani es Wamani.

El motín⁴⁹

A las doce, cuando los externos salían a la calle, se oyeron gritos de mujeres afuera. Rondinel y yo, de pie en la pequeña escalera que conducía a mi sala de clases, podíamos ver la calle. Varias mujeres pasaron corriendo; todas eran mestizas, vestidas como las mozas y las dueñas de las chicherías. El Padre Director salió de su oficina, se dirigió al zaguán y observó la calle, mirando a uno y otro lado. Volvió en seguida; entró precipitadamente a la Dirección. Creímos percibir que tenía miedo.

El tumulto aumentó en la calle. Más mujeres pasaban corriendo. Un oficial entró al Colegio.

El Director apareció en la puerta y llamó a gritos a los Padres.

— ¡Hazles oír! —me dijo, palmeando.

Yo corrí a los dormitorios y al comedor, llamando a los Padres. Eran cinco, y el Hermano Miguel. Se reunieron en la Dirección con el oficial. Conferenciaron pocos minutos y salieron juntos a la calle. El Hermano Miguel se quedó a cargo del Colegio.

—No es nada —dijo—. Ya voy a llamar para el almuerzo.

El portero continuaba observando la calle, no había cerrado aún el zaguán. Seguía corriendo la gente en la calle. Hombres, mujeres y niños pasaban como persiguiéndose unos a otros. Todos los internos nos acercamos al zaguán.

⁴⁹ Fragmento del capítulo VII de la novela *Los ríos profundos* (1958)

En ese instante, las campanas tocaron a rebato y un griterío de mujeres, tan alto como el sonido de las campanas, llegó desde la plaza. Lleras y Romero saltaron a la calle y siguieron adelante, hacia la plaza. Todos los seguimos.

El portero empezó a gritar en quechua:

— ¡Se escapan, Padrecitos! ¡Auxilio!

En la primera esquina nos encontramos con Antero; venía corriendo. Rondinel iba conmigo.

— ¡El Flaco, no! —dijo Antero—. Tu mamá irá a buscarte al Colegio y se alojará si no te encuentra. Anda a tu casa. ¡Corre! La plaza está hirviendo de mujeres rabiosas. Te pueden atropellar. ¡Te pueden matar! ¡Anda!

Rondinel dudaba, entre el espanto y la curiosidad.

— ¡Lléveme, hermanitos! —dijo.

En la energía con que Antero hablaba parecía encontrar la protección suficiente.

— ¡Quiero ir, Markask'a! ¡Llévame, hermanito!

— ¡No! —le replicó Antero—. Hay mucha gente. Es como un repunte de agua. ¿Quién podría cuidarte, hermano? Te contaremos todo. Sube a un balcón de tu casa y verás pasar a la gente. ¡Ya! Nosotros vamos a carrera.

Partimos, y el Flaco no pudo seguirnos. Volví la cabeza para verlo, cuando llegamos al final de la calle. Rondinel seguía aún en el mismo sitio, dudando.

Cuando desembocamos a la plaza, una gran multitud de mujeres vociferaba, extendiéndose desde el atrio de la iglesia hasta más allá del centro de la plaza. Todas llevaban mantas de Castilla y sombreros de paja. Los colegiales miraban a la multitud desde las esquinas. Nosotros avanzamos hacia el centro. Antero se abrió paso, agachándose y metiendo la cabeza entre la cintura de las mujeres.

No se veían hombres. Con los pies descalzos o con los botines altos, de taco, las mujeres aplastaban las flores endebles del "parque", tronchaban los rosales, los geranios, las plantas de lirios y violetas. Gritaban todas en quechua:

— ¡Sal, sal! ¡Los ladrones, los pillos de la Recaudadora!

Antero continuó acercándose a la torre. Yo le seguía furiosamente.

La violencia de las mujeres me exaltaba. Sentía deseos de pelear, de avanzar contra alguien.

Las mujeres que ocupaban el atrio y la vereda ancha que corría frente al templo, cargaban en la mano izquierda un voluminoso atado de piedras.

Desde el borde del parque pudimos ver a la mujer que hablaba en el arco de entrada a la torre. No era posible avanzar más. En la vereda la multitud era compacta. Sudaban las mujeres; los aretes de plata y de quintos de oro que llevaban algunas, brillaban con el sol. La mujer que ocupaba el arco de la torre era una chichera famosa; su cuerpo gordo cerraba completamente el arco; su monillo azul, adornado de cintas de terciopelo y de piñes, era de seda, y relucía. La cinta del sombrero brillaba, aun en la sombra; era de raso y parecía en alto relieve sobre el albayalde blanquísimo del sombrero recién pintado. La mujer tenía cara ancha, toda picada de viruelas; su busto gordo, levantado como una trinchera, se movía; era visible, desde lejos, su ritmo de fuelle, a causa de la respiración honda. Hablaba en quechua. Las ces suavisimas del dulce quechua de Abancay sólo parecían ahora notas de contraste, especialmente escogidas, para que fuera más duro el golpe de los sonidos guturales que alcanzaban a todas las paredes de la plaza.

—*¡Manan! ¡Kunankamallam suark'aku...!* —decía. (¡No! ¡Sólo hasta hoy robaron la sal! Hoy vamos a expulsar de Abancay a todos los ladrones. ¡Gritad, mujeres; gritad fuerte; que lo oiga el mundo entero! ¡Morirán los ladrones!)

Las mujeres gritaron:

—*¡Kunanmi suakuna wañunk'aku!* (¡Hoy van a morir los ladrones!)

Cuando volvieron a repetir el grito, yo también lo coreé.

El "Markask'a" me miró asombrado.

—Oye, Ernesto, ¿qué te pasa? —me dijo—. ¿A quién odias?

—A los salineros ladrones, pues —le contestó una de las mujeres.

En ese instante llegó hasta nosotros un movimiento de la multitud, como un oleaje. El Padre Director avanzaba entre las mujeres,

escortado por dos frailes. Sus vestiduras blancas se destacaban entre los rebozos multicolores de las mujeres. Le hacían campo y entraba con cierta rapidez. Llegó junto al arco de la torre, frente a la chichera. Levantó el brazo derecho como para bendecirla; luego le habló. No podíamos oír la voz del Padre; pero por la expresión de la mujer comprendimos que le rogaba. Las mujeres guardaron silencio; y, poco a poco, el silencio se extendió a toda la plaza. Podía escucharse el caer del sol sobre el cuerpo de las mujeres, sobre las hojas destrozadas de los lirios del parque... Oímos entonces las palabras del Padre. Habló en quechua.

—...No, hija. No ofendas a Dios. Las autoridades no tienen la culpa. Yo te lo digo en nombre de Dios.

—¿Y quién ha vendido la sal para las vacas de las haciendas? ¿Las vacas son antes que la gente, Padrecito Linares?

La pregunta de la chichera se escuchó claramente en el parque. La esquina que formaban los muros de la torre y del templo servían como caja de resonancia.

— ¡No me retes, hija! ¡Obedece a Dios!

—Dios castiga a los ladrones, Padrecito Linares —dijo a voces la chichera, y se inclinó ante el Padre.

El Padre dijo algo y la mujer lanzó un grito:

— ¡Maldita no, padrecito! ¡Maldición a los ladrones!

Agitó el brazo derecho, como si sacudiera una cuerda. Todas las campanas se lanzaron a vuelo, tocando nuevamente a rebato.

— ¡Yastá! ¡Avanzo, avanzo! —gritó la chichera, en castellano.

Bajó del arco; dio un rodeo junto a los Padres, respetuosamente, y se dirigió a la esquina más próxima. La multitud le abrió campo. Las mujeres mayores, que eran también las más gordas, como las dueñas de las chicherías, formaron una especie de primera fila, a la izquierda y derecha de la cabecilla. Avanzaron hacia la esquina.

Se oyeron unos tiros.

— ¡Nada, nada! ¡Avanzo, avanzo! —gritó la cabecilla.

— ¡Avanzo, avanzo! —repitió la multitud de mujeres.

— ¡Avanzo, avanzo!

— ¡Avanzo, avanzo!

Fue ya el grito único que se repetía hasta la cola del tumulto. El grito corría como una onda en el cuerpo de una serpiente.

Los gendarmes que resguardaban la esquina fueron arrollados. No los golpearon. Eran humildes parroquianos de las chicherías, y dispararon al aire, levantando visiblemente el cañón del rifle al cielo. Les quitaron sus armas.

La mayoría de los colegiales y los curiosos huyeron al escuchar los primeros disparos. El Markask'a no se asustó. Me miró dudando. "¿Seguimos?", me preguntó.

—Seguimos hasta el fin.

—Griten ¡Avanzo! —nos decían las mujeres.

Gritábamos a todo pulmón.

— ¡Ahora sí! ¡Valiente muchacho! ¡Avanzo, avanzo!

Al voltear una esquina, la última para llegar a la oficina del estanco de la sal, Antero me quiso arrastrar hacia afuera.

— ¡Vámonos! —me dijo—. Es feo ir entre tanta chola. ¡Vámonos! Ya es bastante para mataperradas.

—No —le dije—, veamos el final. ¡El final, Markask'a!

La muchedumbre empezó a gritar con más furia. Se oyeron unas descargas menos resonantes y de pocos tiros. Antero escapó. "Yo me voy. ¡No soy solo! —me gritó al oído—. ¡Tengo que cuidarla!"

Era cierto. En todas las casas debían de estar temblando a esa hora. Él no tenía miedo, lo vi en sus ojos. Al contrario, cuando habló de protegerla y se lanzó fuera de la multitud, parecía que iba a enfrentarse a otra lucha mayor.

Se abrió camino, agachándose. Yo avancé más. Si era verdad que él iba a custodiar a su amada, ¿qué haría yo? Grité más alto, empujé hacia adelante. En las primeras filas se sentía un gran alboroto. Las piedras empezaron a sonar al caer sobre los postes, contra las rejas y las puertas de la Salinera. Se deshacían vidrios. Ya no dispararon más.

— ¡Sangre! ¡Sangre! —oí que decían en quechua, junto a las paredes de la Salinera.

Derribaron varias puertas y entraron al patio de la Salinera. Yo alcancé allí la primera fila. La cabecilla se había terciado un rifle a la espalda. Un gran sudor le chorreaba de los cabellos. Subida en el alto poyo del corredor, miraba agudamente a todos.

— ¡Silencio! —ordenó.

Una mujer que estaba a su lado tenía una larga mancha de sangre en el costado, hacia el hombro izquierdo. También cargaba un rifle.

—¿Qué es esto, mujer? —dijo ella—. ¡Bala de salinero! ¡No sirve!

—Movié el brazo violentamente, en molinete, y lanzó una risotada.

— ¡Almacén! ¡Veinte al almacén! —ordenó en quechua la cabecilla.

Un grupo de cholas entró al depósito de sal. Llamaron al instante desde dentro:

—¡*Kachi, kachi!*⁵⁰ ¡Harto!

Empezaron a arrastrar los sacos de sal hasta el patio.

Ante el asombro y el griterío de las mujeres, sacaron cuarenta costales de sal blanca al patio.

— ¡Padrecito Linares: ven! —exclamó con un grito prolongado la chichera—. ¡Padrecito Linares, ahistá sal! —hablaba en castellano—. ¡Ahistá sal! ¡Ahistá sal! ¡Este sí ladrón! ¡Este sí maldecido!

La multitud se detuvo, como si fuera necesario guardar un instante de silencio para que las palabras de la chichera alcanzaran su destino. Una vez más volvió a llamar la mujer:

— ¡Padrecito Linares...!

Luego bajó del poyo, por un instante; hizo despejar la puerta del almadén; dio varias órdenes y las mujeres formaron una calle, aplastándose unas a otras.

Y comenzó el reparto.

Presidió ella, desde lo alto del poyo. No hubo desorden. Con cuchillos, las chicheras encargadas abrían los sacos y llenaban las

⁵⁰ Sal.

mantas de las mujeres. Luego ellas salían por la tienda y las que estaban hacia el zaguán, se acercaban.

En los pueblos de indios las mujeres guardan silencio cuando los hombres celebran reuniones solemnes. En las fiestas familiares, aun en los cabildos, los indios hablan a gritos y a un mismo tiempo. Cuando se observan desde afuera esas asambleas parecen una reunión de gente desaforada. ¿Quién habla a quién? Sin embargo, existe un orden, el pensamiento llega a su destino y los cabildos concluyen en acuerdos. La mujer que es callada cuando los hombres intervienen en los cabildos, chilla, vocifera, es incontenible en las riñas y en los tumultos.

¿Por qué en el patio de la Salinera no se arañaban, no se destrozaban a gritos? ¿Cómo no insultaban o llamaban las que aún permanecían fuera del zaguán, en la calle? Si una sola hubiera podido gritar como cuando era libre, habría incendiado a la multitud y la hubiera destrozado.

Pero ahí estaba ella, la cabecilla, regulando desde lo alto del poyo hasta los latidos del corazón de cada una de las enfurecidas y victoriosas cholas. Al menor intento de romper el silencio, ella miraba, y las propias mujeres se empujaban unas a otras, imponiéndose orden, buscando equilibrio. Del rostro ancho de la chichera, de su frente pequeña, de sus ojos apenas visibles, brotaba una fuerza reguladora que envolvía, que detenía y ahuyentaba el temor. Su sombrero reluciente le daba sombra hasta los párpados. Un contraste había entre la frente que permanecía en la sombra y su mandíbula redonda, su boca cerrada y los hoyos negros de viuela que se exhibían al sol.

—Para los pobres de Patibamba tres costales —dijo, como para sacudirme.

Hasta ese momento se había repartido ya la mayor parte de los sacos de sal, y el patio se veía despejado.

Ante la orden, casi inesperada, varias mujeres fueron a ver el corral de la Salinera. Encontraron cuarenta muías aún aperadas. La noticia desconcertó a las cholas. Pero la cabecilla ordenó que arrearan tres al patio. No hizo ningún comentario.

Mientras las repartidoras seguían llenando las mantas de las mujeres con grandes trozos de sal, alegremente, se dedicaron a preparar las cargas para los "colonos" de Patibamba.

Levantaron con gran dificultad los costales llenos. Tuvieron que sacar buena cantidad de sal de los sacos y los volvieron a coser. Pesaban mucho para que las mujeres pudieran alzarlos hasta el lomo de las muías.

La mujer herida quiso ir a Patibamba. La cabecilla la miró con duda.

—Ya no sale sangre —le dijo. Se desnudó el pecho y levantó su monillo. Mostró la herida.

La cabecilla no accedió. Señaló a diez; y pidió que las acompañaran todas las que quisieran. Cerca de cincuenta mujeres cargadas ya con sus mantas de sal siguieron a las que fueron designadas.

— ¡Que viva doña Felipa! ¡Patibambapak! —gritaron las mujeres que salían tras de las muías.

— ¡Doña Felipa! ¡Doña Felipa! —corearon todas, despidiéndose de la cabecilla.

Ella no se había olvidado de los indefensos, de los "pobres" de Patibamba. Con la violencia del éxito ninguna otra se había acordado de ellos.

—Espacio van a repartir —dijo en quechua, dirigiéndose a la comisión.

El reparto continuaba aún en el patio, pero yo no dudé; salí tras de las mujeres que iban a Patibamba. Como ellas, tenía impaciencia por llegar. Una inmensa alegría y el deseo de luchar, aunque fuera contra el mundo entero, nos hizo correr por las calles.

Arrearon las muías al trote. En el barrio de la Salinera, todas las calles estaban llenas de gente. Hombres del pueblo formaban una especie de barrera pasiva. No dejaban avanzar a los caballeros de corbata.

—Las mujeres te pueden degollar, señor —oí que les decían.

—¡Patibambapak! ¡Patibambapak! —gritaban las mujeres y arreaban las muías. Les abrieron campo.

Desde algunos balcones, en las calles del centro, insultaron a las cholas.

— ¡Ladronas! ¡Descomulgadas!

No sólo las señoras, sino los pocos caballeros que vivían en esas casas insultaban desde los balcones.

— ¡Prostitutas, cholas asquerosas!

Entonces, una de las mestizas empezó a cantar una danza de carnaval; el grupo la coreó con la voz más alta.

Así, la tropa se convirtió en una comparsa que cruzaba a carrera las calles. La voz del coro apagó todos los insultos y dio un ritmo especial, casi de ataque, a los que marchábamos a Patibamba. Las muías tomaron el ritmo de la danza y trotaron con más alegría. Enloquecidas de entusiasmo, las mujeres cantaban cada vez más alto y más vivo:

¡Oh árbol de pati
de Patibamba!
nadie sabía
que tu corazón era de oro,
nadie sabía
que tu pecho era de plata.
¡Oh mi remanso,
mi remanso del río!
nadie sabía
que tus peces eran de oro,
nadie sabía
que tus patitos eran de plata⁵¹.

Cerca de Huanupata muchos hombres y mujeres se sumaron a la comisión. La gente salía de las casas para vernos pasar, corrían de las calles transversales para mirarnos desde las esquinas.

Así llegamos a la carretera, al ancho camino polvoriento de la hacienda. Era ya un pueblo el que iba tras de las muías, avanzando a paso de danza. Las chicheras seguían cantando con el rostro sonriente.

Pensé que en el camino dejarían el canto y que iríamos al paso. Hay cerca de dos kilómetros de Abancay al caserío de Patibamba. El polvo era removido por los cascos de las muías, por los pies de la gente que marchaba a la carrera; en el aire quieto se elevaba el polvo hasta las copas de los árboles; las grandes flores rojas de los

⁵¹ José María Arguedas presenta en la novela el canto de las chicheras rumbo a Patibamba en quechua y en castellano. Aquí, hemos omitido el texto en quechua.

psonayes se cubrían de tierra en la altura y su resplandor se apagaba. Dentro de la lengua de polvo las muías y la gente avanzábamos en marcha jubilosa. Cruzábamos chapoteando los acequiones y los charcos, arrastrábamos por un instante a los transeúntes o los incorporábamos a la danza.

Las mujeres llegaron a los límites de la casa-hacienda, al camino empedrado. Ellas pasaron frente a las rejas sin mirar siquiera hacia el parque. Deseaban entrar al caserío, al polvoriento barrio de los indios colonos inmediatamente. Pero yo miré los corredores de la gran residencia, mientras corría tras de la comisión. Las mujeres levantaron la voz, aún más, junto a las rejas; fue ésa la única advertencia. En los extremos de los corredores, dos mestizos de botas y de grandes sombreros alones, se arrodillaron con fusiles en las manos. Un hombre vestido de blanco estaba de pie en la última grada de la escalinata; vio pasar a las cholos sin hacer ningún ademán, con aparente tranquilidad.

Llegamos a la "ranchería"; entramos a la carrera, y cantando todavía, a la agria callejuela.

Las puertas de todas las chozas permanecieron cerradas.

—¿No han de salir, acaso? ¿No han de salir ahora? ¿Qué va a suceder, Dios santo? —me preguntaba, contemplando los techos deshilachados y renegridos de las pequeñas casas.

— ¡Salid, madrecitas! ¡Os traemos sal! —gritó en quechua una de las chicheras.

—¡*Mamachakuna!* ¡*Mamachakuna!*⁵² —llamó otra.

El silencio continuó. Las mujeres empezaron a mirar a todos lados, con los semblantes escrutadores y llenos de odio, mientras algunas descargaban las muías.

—¿*Pim manchachinku, merdas?* (¿Quién las asusta...?) —exclamó la guía. Su voz casi varonil, llena de amenaza, vivificó el caserío.

—¿*Pim manchachinku, merdas?* —repitió la pregunta. Avanzó violentamente hacia una puerta y la hundió con el hombro.

— ¡Au mamacita! ¡Au mamacita! —gimieron mujeres y niños en el oscuro interior de la choza.

⁵² Madrecitas.

— ¡Sal del pueblo, para ti, madrecita! —exclamó la chichera y señaló las cargas de sal. Su voz se tornó tierna y dulce.

— ¡Salid a recibir, madrecitas! —gritó entonces en quechua una de las mujeres de Patibamba.

Se abrieron las puertas, a lo largo de la callejuela melosa, poblada de avispas; y vinieron las mujeres, dudando aún, caminando muy despacio.

En ese momento la chichera levantó un gran trozo de sal blanca y la dejó caer sobre la falda de la india de Patibamba que llamó a las otras. Le ordenó que sostuviera bien su falda y le echó varios trozos más de sal. La india miró a la chichera y los trozos de sal. Dio media vuelta y se lanzó a la carrera, hacia su choza; la siguieron sus criaturas; y cuando todos estuvieron adentro, cerró la puerta.

Todas las mujeres se acercaron luego al sitio del reparto. Se abrieron los tres sacos y se hizo la distribución con cierto orden, entre un murmullo ininteligible. Las indias recibían la sal, la bendecían con sus manos, se volvían a sus chozas, y se encerraban.

Mientras repartían la sal sentí que mi cuerpo se empapaba de sudor frío. Mi corazón palpitaba con gran fatiga; un intenso vacío me constreñía el estómago. Me senté en el suelo enmelado de esa especie de calle y me apreté la cabeza con las manos. El rumor de la gente disminuía. Oí unos disparos. Las mujeres de Abancay empezaron nuevamente a cantar. El olor agrio del bagazo húmedo, de la melaza y de los excrementos humanos que rodeaban las chozas se hinchaba dentro de mis venas. Hice un esfuerzo, me puse de pie y empecé a caminar hacia el parque de la hacienda, buscando la senda empedrada.

En el cielo brillaban nubes metálicas como grandes campos de miel. Mi cabeza parecía navegar en ese mar de melcocha que me apretaba crujiendo, concentrándose. Vencido de sueño llegué junto a una de las columnas de las rejas de acero. Pude ver aún, en el jardín de la hacienda, algunas mariposas amarillas revoloteando sobre el césped y las flores; salían de la profunda corola de los grandes lirios y volaban, girando sus delicadas, sus suaves alas. Me eché bajo la sombra de la columna y de los árboles, y cerré los ojos. Se balanceaba el mundo. Mi corazón sangraba a torrentes. Una sangre dichosa, que se derramaba libremente en aquel hermoso día en que la muerte, si llegaba, habría sido transfigurada, convertida en triunfal estrella.

Galoparon las muías por el camino empedrado, muy cerca de mis pies; pasaron en tumulto, de regreso, las mujeres de Abancay. Se alejó rápidamente el tropel, como un viento ligero. Yo no lo pude ver. Estaba sumergido en un sopor tenaz e invencible.

En aquella cárcel famosa⁵³

Nos trasladaron de noche. Pasamos directamente por una puerta, del pabellón de celdas de la Intendencia al patio del Sexto.

Desde lejos pudimos ver, a la luz de los focos eléctricos de la ciudad, la mole de la prisión cuyo fondo apenas iluminado mostraba puentes y muros negros. El patio era inmenso y no tenía luz. A medida que nos aproximábamos, el edificio del Sexto crecía. Íbamos en silencio. Ya a unos veinte pasos empezamos a sentir su fetidez.

Cargábamos nuestras cosas. Yo llevaba un delgado colchón de lana; era de los más afortunados; otros solo tenían frazadas y periódicos. Marchábamos en fila. Abrieron la reja con gran cuidado, pero la hicieron chirriar siempre, y cayó después un fuerte golpe sobre el acero. El ruido repercutió en el fondo del penal. Inmediatamente se oyó una voz grave que entonó las primeras notas de la “Marsellesa aprisa”, y luego otra altísima que empezó la “Internacional”. Unos segundos después se levantó un coro de hombres que cantaban, compitiendo, ambos himnos. Ya podíamos ver las bocas de las celdas y la figura de los puentes. El Sexto, con su tétrico cuerpo estremeciéndose, cantaba, parecía moverse. Nadie en nuestras filas cantó; permanecemos en silencio, escuchando. El hombre que iba delante de mí, lloraba. Me tendió la mano, sosteniendo con dificultad su carga de periódicos a la espalda. Me apretó la mano; vi su rostro embellecido, sin rastros de su dureza habitual.

⁵³ Primeras páginas de la novela *El Sexto* (1961). Por un incidente político, José María Arguedas fue encarcelado en 1937: “Estuve en el Sexto ocho meses, dos en la Intendencia y un mes y medio en el hospital”, refirió el autor. También refirió que en 1939 decidió escribir la novela, a partir de su experiencia carcelaria, y que en 1957 comenzó a redactarla.

Era un preso aprista que me había odiado sin conocerme y sin haberme hablado nunca. Lo examiné detenidamente, extrañado, casi aturdido. Creí que al oír la “Marsellesa”, entonada por esos pestilentes muros, me rechazaría aún más. Sabía que era un hombre del Cuzco, de la misma lengua que yo.

- ¡Adiós! -me dijo-. ¡Adiós!

Yo me quedé aún más sorprendido.

¿De quién se despidió? Levantó la mano. Y desfilamos hacia el fondo de la prisión, uno a uno.

Recomenzaron el canto. Me acordé de los gallos de pelea de un famoso galpón limeño. Cantaban toda la noche sin confundirse ni equivocarse jamás. ¿Cómo sabían en qué instante le tocaba su turno a cada uno? Los presos del Sexto también, en sus distantes celdas, seguían las notas de los himnos sin retrasarse o adelantarse, al unísono, como por instinto. Los guardias y “soplones” que nos custodiaban aparentaban calma; nadie sonrió ni maldijo.

Me tocó de compañero de celda, aquella noche, Alejandro Cámac, un carpintero de las minas de Moronacocha y Cerro, excampesino de Sapallanga.

Prendió una vela en cuanto me echaron a su celda. Tenía un ojo empequeñecido por la irritación de los párpados. Daba la impresión de ser tuerto. Su ojo izquierdo, que nadaba en lágrimas, parecía inerte.

- ¿Quién es usted, señor? -me preguntó.

Le dije mi nombre.

- ¡Te conozco! -exclamó-. Han hablado de ti acá. Suerte que haiga sido yo tu compañero para vivir en el Sexto. ¡Suerte mía!

- ¡Suerte mía! -le dije.

Era más de la media noche.

- Nunca se me cura este ojo -dijo, cuando comprendió que lo observaba.

Se levantó de la cama, un colchón de paja reforzado con periódicos. Se puso de pie.

- Mataremos los chinches -dijo- aunque son sonsitos. Después tendremos tu cama.

Con la vela empezó a quemar las chinchas que estaba atracasadas en los poros, celdillas y rajaduras del cemento. Se irguió luego y calentó el muro, para pegar allí la vela. Vi que era alto y flaco; de cabellos erizados y gruesos. Su cuello delgadísimo causaba preocupación, parecía de una paloma.

- ¿Por qué no cantaron los que veníamos? -le pregunté.

- ¿No sabes? Por lo del Prefecto... Hace como un año mandó sacar a los presos que habían llegado al Sexto; a la noche siguiente los hizo escoger por lista, los hizo formar acá abajo, en el patio, junto a los excusados. Les amarraron las manos atrás. Y los soplones les embarraron la boca con el excremento de los vagos. ¡Por Dios! Él estaba parado cerca de la reja. ¿Usted, le ha conocido? Era más flaco que yo, de anteojos, bien alto, medio jorobado. Miró desde lejos el castigo. “¡Que no se laven, carajo!”, ordenó. “Méтанlos amarrados a las celdas”. Había creencia de que lo matarían después de eso. Pero dicen que está tranquilo ahora, de patrón de haciendas en el mero norte.

- Sí -le dije-. No se trata de él, ¿no es cierto?

- ¡Claro, y seguimos cantando! Y todo el mundo cantaremos, cuando el cadáver de ese flaco esté pudriéndose.

Su ojo sano tenía expresión dulce y penetrante.

- Yo tiendo tu cama, compañero. Hay que saber tomar la dirección del aire que entra por la reja, y del andar de los chichecitos. Aunque ahora con el frío, están cojudados.

Tendimos la cama. Me preguntó por muchos de los presos que vinieron conmigo de la Intendencia.

- Ahora sí, aquí nadie sabe cuándo saldrá. De la Intendencia todavía está fácil -dijo, apagó la vela y se recostó.

- Hazte la idea, compañero. Todos tenemos aquí de 20 meses para arriba: ¡Buenas noches!

Al amanecer del día siguiente escuché una armoniosa voz de mujer; cantaba muy cerca de nuestra celda. Me puse de pie.

Cámac sonreía.

- Es “Rosita” -me dijo-, es un marica ladrón que vive sola en una celda, frente de nosotros. ¡Es un valiente! Ya la verás. Vive sola. Los asesinos que hay aquí la respetan. Ha cortado fuerte, a muchos. A uno casi lo destripa. Es decidido. Acepta en su cama a los que ella nomás escoge. Nunca se mete con asesinos. “Puñalada” la ha enamorado, ha padecido. Ya verás a “Puñalada”. Es un negro grandote, con ojos de asno. Parece no siente ni rabia ni remordimiento, ni dolor del cuerpo. ¡Verás! Es u amo ahí abajo. Su ojo no parece de gente, demasiado tranquilo. Cuando sufría por “Rosita” pateaba a los pobrecitos vagos; sacaba el látigo por cualquier cosa. Se paseaba como animal intranquilo frente a la reja grande. Él es llamador de los presos. Ya llamará a alguien dentro de un rato. “Rosita” lo tiene todavía en condena, en ascuas. El negro no puede hacerle nada, porque el marica también tiene su banda.

- ¿Él es quien canta?

- Él.

- Pero su voz es legítimamente de mujer.

- Ella es, pues, mujer. El mundo lo ha hecho así. Si hubiera nacido en uno de nuestros pueblos de la sierra, su madre le hubiera acogotado. ¡Eso es maldición allá! Ni uno de esos crece. En Lima se pavonean. Tendrá, pues, las dos cosas, pero lo que tiene de hombre seguro es mentira; le estorbará. Y aquí canta bonito. ¿Qué dices?

Cantaba el valse “Anita ven”: lo entonaba con armoniosa y cálida voz.

- ¿Es ladrón? -pregunté.

- Famoso, como Maraví y “Pate’Cabra”. Es grande entre los ladrones. Por eso está aquí, y no lo sueltan.

En ese instante oímos ruido de fierros, lejos.

- Están abriendo las celdas-dio Cámac-. Mejor nos levantamos.

“Rosita” dejó de cantar; la llovizna que caía al angosto aire del Sexto, marcando cada gota pequeñísima de la garúa sobre el cemento mancado, casi mugriento del muro, se hizo más patente; la voz de mujer la había difuminado; ahora se agitaba; me recordaba la ciudad. “¡En la cárcel también llueve!”, dije, y Cámac se quedó mirándome.

Yo me críe en un pueblo nubloso, sobre una especie de inmenso andén de las cordilleras. Allí iban a reposar las nubes. Oíamos cantar a las aves sin verlas ni ver los árboles donde solían dormir o descansar al mediodía. El canto animaba al mundo así escondido; nos lo aproximaba mejor que la luz, en la cual nuestras diferencias se aprecian tanto. Recuerdo que pasaba bajo el gran eucalipto de la plaza, cuando el campo estaba cubierto por las nubes densas. En el silencio y en esa especie de ceguedad feliz, escuchaba el altísimo ruido de las hojas y del tronco del inmenso árbol. Y entonces no había tierra ni cielo ni ser humano distintos. Si cantaban en ese instante los chihuacos y las palomas, de voces tan diferentes, el canto se destacaba, acompañaba al sonido profundo del árbol que iba del subsuelo al infinito e invisible cielo.

Lima bajo la llovizna, a pesar de su lóbreguez, me aproximaba siempre, algo, a la plaza nublada de mi aldea nativa. Me sorprendió, por eso, que la garúa hubiera cambiado de naturaleza al canto de mujer oído allí, entre los nichos del Sexto. Y mientras Cámac intentaba comprender el sentido de mi pregunta y de mi pensamiento, un grito prolongado se oyó en el Sexto; la última vocal fue repetida con voz aguda.

- Es "Puñalada" -me dijo Cámac-. Está llamado a Osborn.

¿Los indios no deben tener escuela?⁵⁴

Fue después de la celebración de la primera siembra en los andenes nuevos que Rendón Willka decidió viajar a Lima. Había desempeñado dos cargos religiosos menores y obtenido el derecho de ser quinto regidor. Era al mozo que dirigía los trabajos comunales de la juventud, tanto en Lahuaymarca como en los que debían cumplir, por fuerza, en la villa de los señores, pero no bajaba a San Pedro, por acuerdo de los varayok', en estos casos.

Después que los vecinos lo expulsaron de la escuela, él siguió deletreando en su librito escolar; no dejó de escribir con un lápiz las mismas frases y aún logró agregar otras palabras del castellano que aprendió después.

Cuando ya era casi un mozo, un wayna, su padre había decidido enviarlo a la escuela pública de San Pedro. Fue el primer indio que se matriculó en la escuela de los vecinos. El inspector escolar y el gobierno no accedieron a la solicitud de los indios que solo pidieron una maestra para Lahuaymarca, porque la comunidad construyó un local risueño, con ventanas grandes y un jardín en el que sembrar geranios y rosas blancas, únicas plantas “de los señores y de la iglesia” que podían resistir el clima de la altura.

⁵⁴ Fragmento del capítulo II de la novela *Todas las sangres* (1964)

Los Aragón de Peralta y todo el vecindario de San Pedro se opusieron a que se autorizara la apertura de la escuela de la comunidad.

- En eso nos diferenciamos de los indios. Si aprenden a leer, ¿qué no querrán hacer y pedir esos animales? -dijo en un cabildo el propio alcalde.

- Los indios no deben tener escuela -sentenció el viejo señor.

Y no se discutió más el asunto. La palabra de Aragón de Peralta se cumplía en el distrito.

Por eso, el director de la escuela de San Pedro fue a consultar con el viejo con el viejo señor su debía matricular al ya mozo Demetrio Rendón Willka, en la sección Preparatoria.

- Si ya es mozo, admítalo. Los chicos lo harán correr. Aunque son porfiados estos indios no soportará las burlas de nuestros hijos. ¿No sabe usted que los niños son más crueles que los grandes, cuando quieren fregar o martirizar a los débiles?

- Bien, señor -asintió el maestro.

El padre de Rendón Willka agradeció al maestro por la admisión de su hijo en la escuela; le dijo que en ese mismo instante un comunero descargaba en la casa del director dos sacos de papas y otro de trigo y que los aceptara como humilde obsequio de su nuevo alumno.

Los estudiantes se asombraron de ver a un indio grande con un silabario en la mano y una bolsa para cuadernos, como la de los más pequeños escolares; sobre los cuadernos, asomaba el marco de madera de un pizarrín. Y era eso lo más sobresaliente: debajo de la bolsa escolar, el indio llevaba otra, hinchada de maíz tostado, de mote, de cecina, de trozos de queso. Lo usual era que los comuneros llevaran su fiambre en una pequeña manta de lana tejida. Demetrio fue presentado aun en ese detalle como un escolero. Habían tejido para él una bolsa, algo semejante a las de coca de los indios mayores, pero más alargada y con una cinta que servía para que le primer estudiante de la comunidad se terciara al hombro esa nueva prenda escolar indígena. Demetrio tenía que caminar diez kilómetros, todos los días, de Lahuaymarca a San Pedro.

El maestro, agradecido por el obsequio, iba a pedir a los niños que fueran considerados con el joven indio. Pero vio a este sentado en el poyo, entre los más pequeños, que lo miraban preocupados o

miedosos y no despectivos. Solo los más grandes se precipitaron a observarlo. Demetrio permaneció sentado, contemplando a los señoritos con expresión tierna y sumisa en el rostro, pero enérgica e inquebrantablemente resuelta en la actitud. Era evidente que nadie lo haría moverse de su sitio.

- ¿Qué miran? -preguntó indignado el maestro. Él era de una provincia lejana.

- Es un indio -dijo Pancorvo, alumno de último año.

- ¿Nunca habías visto otro? -le preguntó el maestro.

- En la escuela no. Va a apestar.

- No huele a nada, señor -exclamó el pequeño que estaba sentado junto a Demetrio.

- En cambio, acaso tú, Pancorvo, hueles -dijo el maestro.

- Será, pues, pero no a indio.

Demetrio era mucho mayor que ese Pancorvo. Sin levantarse, el mozo comunero le obsequió al pequeño que lo defendió una moneda de oro, un quinto de libra que tenía guardado en una bolsita color de arco iris.

- Para que juegues, pues, niñito -dijo.

Todos los muchachos se reunieron más estrechamente junto a Demetrio.

El pequeño, un De la Torre, no se decidía a recibir la moneda. Demetrio la puso en una de las manos del niño e hizo que cerrara los dedos hasta formar un puño.

- ¡Quinto! ¡Bonito! -dijo en castellano.

- ¡Ya! A sus sitios -ordenó el maestro, aprovechando el desconcierto de Pancorvo y de sus camaradas.

Los alumnos obedecieron en silencio, pero observaban con frecuencia a Demetrio que, con la ayuda de su amigo recién conquistado, pronunciaba las letras en voz alta, como todos.

Pocas semanas después, bien aleccionados por sus padres los estudiantes mayores empezaron a hostilizar al indio, especialmente durante los recreos. Cierta mañana, ya en el mes de setiembre, lo rodearon varios de estos.

- ¿Y para mí no tienes un quinto, oye, Willka? Eres bestia. Mira, tan viejote y en silabario -le dijo uno de ellos.

- Lee en quechua, animal. ¿No ves que no sabes castellano? ¡A, Bi, Ci...". Se dice Be, Ce.

- La boca del indio no puede -dijo otro.

Demetrio se sentaba bajo un triste arbolito de lambras que, increíblemente, había logrado crecer en una esquina del patio de recreo, defendido por un muro de piedras y barro que los niños de segundo grado levantaron el año anterior, en noviembre. Se sentaba sobre el muro y formaba pareja con el árbol, que había vencido la furia del sol, de los escolares más avanzados y destructores, y de las heladas.

- A, Bi, Ci, Chi, Di, Ifi... -le gritaron en coro, varios muchachos.

Se reían delante de él. Pero Demetrio no les oía. Entonces, un Brañes le sacó el bolso del pizarrín, lo arrojó al suelo y lo destrozó a pisotones. Demetrio no hizo sino apretar los músculos de su rostro.

- ¡Maricón! ¡Cobarde! ¡Indio! -vociferaba el Brañes, un niño como de 14 años.

Demetrio de puso de pie, y Brañes iba a huir, porque la sombra del indio se levantó de repente sobre su cabeza. Pero Demetrio sin mirar al crío de señor, se dirigió hacia el salón de clases, vacío. Se sentó en el sitio del poyo que le correspondía. El director había visto a Brañes desde la puerta lateral del salón, pero no intervino. Tenía miedo al viejo señor y al vecindario. Él era oriundo de un pueblo lejano y no tenía título pedagógico.

, de puro viejos, de Brañes.

carpetas ni cuadros históricos, ni mapas. Vio aparecer a su amigo De la Torre acompañado de dos pequeños. Se le acercaron a paso rápido. Gallegos, el mayor de los tres, depositó sobre las rodillas de Demetrio el marco roto del pizarrón.

- ¡Demetrio! ¡Demetrio! -le dijo.

El indio acarició con el más profundo respeto las pequeñas manos del niño.

- Te queremos -le dijo "su amigo", y se sentó junto a él.

Se le aproximó todo lo que pudo; luego le estrechó uno de los brazos y puso su cara sobre la camisa de bayeta del indio.

“Sí, sí huele, pero no como mi casa, como las medias de mi padre cuando se las quita de noche. ¡Eso sí, apesta! Demetrio huele de otro modo. ¡Pobrecito, tan grande! Y no quiso pegarle a Brañes. ¡El corazón me duele!”

Un instante de confusión tuvo Demetrio. Los otros niños se sentaron también en el poyo, a su lado.

- ¡Demetrio! -volvió a repetir el pequeño, mirando el marco destrozado y todavía tan limpio en los trozos que no fueron aplastados por los zapatos chuecos, de puro viejos, de Brañes.

Abrió los brazos el indio.

- ¡Dios bueno! -dijo.

Pero no bien había concluido de hablar y se había animado a estrechar a los niños, pues creía que alcanzaban su pecho y sus brazos para los tres, Brañes y Pancorvo irrumpieron en el salón. Quedaron paralizados al descubrir a De la Torre con la cabeza apoyada en el cuerpo del mozo; el marco roto sobre sus rodillas y los otros dos niños contemplando felices al comunero. Este no se atrevió a abrazar a los niños; hizo frente a los dos jovencitos, detrás de los cuales aparecieron otros más.

Pancorvo se decidió. Se acercó al grupo, resguardado por sus compañeros que lo siguieron.

- K'echa⁵⁵ De la Torre -dijo-. Te vendiste por un quinto de libra. Y tú, otro De la Torre, muerto de hambre, más que ese maricón Gallegos.

Ya Demetrio entendía el castellano; en pocos meses había aprendido también a deletrear. Sintió que los niños que estaban a su lado no se atemorizaron. Gallegos se levantó.

- ¡Maricón tú! -le dijo a Pancorvo-. ¡Gallina tú! Yo también hambriento. Peor es ser gallina.

Pancorvo le dio un puñetazo en la boca al niño. Pero no tuvo tiempo de huir. Demetrio lo agarró del cuello. Lo levantó en el aire, mientras pataleaba, y lo arrojó contra el poyo.

- ¡Excremento del diablo! -le gritó en quechua.

⁵⁵ Diarrea.

Los otros fugaron, no hacia el patio de recreo, sino al corredor que daba a la plaza. Cruzaron despavoridos el campo. Pancorvo no podía levantarse del suelo, y empezó a llorar a gritos. Gallegos sangraba de la boca.

- ¡Váyanse, patroncitos! -rogó Demetrio a los niños.

- No -dijo Gallegos-. ¡No quiero!

- Me ha querido matar -dijo incorporándose dolorosamente Pancorvo, cuando el maestro llegó a la sala.

- Me ha querido matar -repitió.

- ¿Y a Gallegos? -preguntó el maestro, comprendiendo lo que pudo haber ocurrido.

Demetrio miraba fríamente a Pancorvo y al maestro. Sacudió ligeramente la cabeza.

- Insultó por gusto a De la Torre, y a mí, señor -contestó Gallegos-. ¡Este maricón me pegó porque defendí a Demetrio!

- ¿Demetrio? -exclamó asombrado el maestro.

Porque el niño no dijo “el indio”, ni “el cholo” Demetrio, ni siquiera “el Demetrio”.

- Dios los ha castigado, señor; Dios, pues... -concluyó, y de sus labios brotó un pequeño globo sanguinolento.

El indio oía y volvió a sentirse otra vez confundido.

- Señor, patrón... -empezó en castellano, pero continuó en quechua-. Estos niñitos, palomas de Dios; del corazón sus lágrimas.

El salón ya estaba colmado de escolares de las secciones “silabario”, primero, segundo y tercer año.

El maestro quedó perplejo, sin saber qué hacer.

Pancorvo escuchó pasos en el corredor de la escuela, y empezó a llorar nuevamente a gritos.

- ¡Me ha roto algo! ¡Estoy mal! -clamaba.

Lo encontraron derrumbado sobre el poyo, su padre, el alcalde, el gobernador, el varayok’ de turno, dos vecinas más y un mestizo, apellidado Martínez, que irrumpieron en la sala.

- ¡Haga salir a los niños! -ordenó el gobernador al maestro.

El maestro obedeció. Pero los De la Torre y Gallegos, el herido, no se movieron; permanecieron junto a Demetrio.

“Parecen grandes”, pensó el maestro.

- ¡Afuera! -gritó enérgicamente el alcalde.

Pero los niños se abrazaron a las piernas de su amigo. El rostro del indio se tranquilizó; volvió a iluminarse suavemente de esa especie de resignación y poderío que en algo se parecía a las rocas negras de los grandes abismos, cuando reciben el grito de los loros viajeros que gustan cantar en el aire de los abismos.

El padre de Pancorvo levantó a su hijo, y después, con la ayuda de los otros dos vecinos, arrancaron a los niños de las piernas del mozo indio.

- ¡Déjeme a mí! ¡El Pancorvo me sacó sangre! -decía el pequeño Gallegos mientras lo arrastraban al patio.

- Es un testigo -se atrevió a intervenir el maestro-. Hay que dejarlo.

No le hicieron caso.

- Varayok' -ordenó el gobernador-, carga a ese anticristo, al indio Demetrio.

El varayok' obedeció. Se persignó antes. “Eres de Lahuaymarca”, le dijo en voz baja al mozo. Y se lo echó a la espalda.

- Martínez: quince azotes bien dados, no solo en las nalgas; dale unos tres en la cabeza, aunque la caiga algo al varayok'. Se ha atrevido a golpear a dos niños.

- ¿A quiénes dos? -preguntó el maestro.

- ¡Usted se calla! Ya, Martínez.

El mestizo sacó un azote trenzado, con pequeñas puntas de plomo, que traía oculto bajo su poncho, y azotó al indio escolar bajo la sombra del salón principal de la escuela, delante del maestro.

A los seis u ocho azotes empezó a rezumar sangre sobre la bayeta blanca con que los indios jóvenes de Lahuaymarca vestían.

- ¡Ya no, papá! ¡Ya no! -pidió el niño Pancorvo, lanzándose sobre el mestizo-. ¡Martínez, ya no! ¡Ustedes, ustedes me dijeron que lo ofendiera, que lo fregara todos los días! ¡Ustedes, pues, papá!

E intentó detener al mestizo arrastrándolo con todas sus fuerzas por un extremo del poncho. Su propio padre lo contuvo apartándolo con los brazos.

- ¡Cinco más! -ordenó el alcalde.

- ¡Maestro! ¡Usted, pues! -dijo gimiendo el mozuelo.

- Ellos saben. Responderán ante Dios -dijo el maestro.

- Sabemos y responderemos -contestó el alcalde.

Los últimos tres azotes los dirigió Martínez a la cabeza del indio. Acertó bien, pues el azote era de los medianos, y rompió el cuero cabelludo del mozo; de esas heridas brotó más sangre. El niño Pancorvo ya estaba de rodillas.

Cuando el varayok' soltó a Demetrio, el joven indio se dirigió al poyo, levantó con gran cuidado el marco destrozado de su pizarrín y su montera; sin mirar a nadie, ni a su varayok', salió por la puerta principal de la escuela, hacia la plaza.

Cuando tocaban las doce, él subía la montaña, con el sol en su apogeo.

- Nada -exclamó Pancorvo, el padre-. Es como no hacer nada. Se ha ido tranquilo. Es como si la sangre no fuera sangre para ellos, aunque no se atreverá a volver a la escuela.

- Así es, señores. Pero para este niño arrodillado es injusta sangre. A él sí le ha herido fuerte.

Pancorvo descubrió que, de veras, su hijo, ese matador de pajaritos, ese chico flaco que atravesaba con espinas a los grillos, por parejas, y los hacía caminar arreándolos, así traspasados, afirmando que eran bueyes aradores, estaba rendido, con los ojos secos, mirando al suelo, un poco regado, del viejo salón polvoriento de la escuela.

- ¡Carajo! Todo se trastorna -dijo el padre, porque no encontraba un modo adecuado de acercarse a su desconcertado hijo.

- ¡Niño! ¡Ahistá tu corazón en el suelo! ¡Está consolando, pues; a mí también! -se animó a hablar el varayok'.

Entonces el mozuelo pudo levantarse; algo extraviado, no consiguió orientarse de inmediato hacia la puerta de la escuela.

En tres, cuatro años, los vecinos se olvidaron del “incidente” escolar de Rendón Willka. Creyeron también haber logrado que los niños lo olvidaran. El maestro fue trasladado a un pueblo muy distante, de otra provincia, pero no de inmediato sino al año siguiente.

Los comuneros no dieron ninguna muestra de indignación por el suceso. Guardaron calma y se comportaron como si nada especial hubiera ocurrido. El padre de Rendón Willka fue elegido alcalde mayor por los indios y cumplió sus obligaciones como todos, con dignidad y sumisión. Pero cuando Demetrio esperaba al camión en la carretera, lo acompañó el cabildo en pleno. Luego que subió al carro y arrancó la máquina rumbo a Lima, las mujeres cantaron un harawi que compuso el propio alcalde mayor de Lahuyamarca:

No has de olvidar, hijo mío,
Jamás has de olvidarte:
Vas en busca de la sangre,
Has de volver para la sangre,
Fortalecido;
Como el gavián que todo lo mira
y cuyo vuelo nadie alcanza⁵⁶.

Ocho años después regresó Demetrio, sin anunciar a nadie su llegada. Al día siguiente convocó a los varayok' y a los cabecillas de la comunidad en casa de su padre.

⁵⁶ José María Arguedas presenta en la novela el harawi en quechua y en castellano. Aquí, hemos omitido el texto en quechua.

El corral⁵⁷

Negros, zambos, injertos, borrachos, cholos insolentes o asustados, chinos flacos, viejos; pequeñas tropas de jóvenes, españoles e italianos curiosos, caminaban en el “corral”. Hacían marchas y contramarchas; pasaban por la puerta de los cuartuchos, mirando, deteniéndose un poco. Las prostitutas, vestidas de trajes de algodón, aparecían sentadas en el fondo de los cuartos, sobre cajones bajos. Casi todas permanecían con las piernas abiertas, mostrando el sexo, la “zorra”, afeitada o no. Algunos serranos quedaban paralizados, mirando, y entraban. Ellas les recibían lo que podían darles, desde cinco soles, pero no se quebrantaban ante los ruegos de algunos que se estrujaban las manos delante de las rameras, ni aceptaban prendas, como chaquetas, anillos baratos o sombreros de paja, que les ofrecían. Guardias armados vigilaban las dos filas de cuartos del “corral” y formaban el retén de todo el prostíbulo. En los otros dos lados del “corral” no había sino muros de adobes de cabeza, fuertes, que contenían el viento y la arena.

El “corral” malamente alumbrado por dos focos altísimos, atornillados en la punta de un poste de madera sin cepillar, algo torcido, recibía directamente el olor de las fábricas y del mar. Se alzaba la arena con el viento, atoraba un poco las narices de los visitantes. La mayor parte de esos clientes venía a pie desde la carretera, y muchos venían a ver. No tenían dinero. Se volvían tropezando en la desigualdad de las culebras de arena que el viento formaba y borraba en la superficie del desierto. El conjunto de los salones y el

⁵⁷ Fragmento de la novela “El zorro de arriba y el zorro de abajo” (1971).

“corral” estaban a cubierto de la carretera por grandes depósitos de harina de pescado que habían construido junto al camino. Así, la fila de coches y de peatones transitaba al prostíbulo sin ser vistos por los viajeros de la Carretera Panamericana.

Asto se dirigió a uno de los cuartos de la fila que estaba en dirección del mar, contra los cerros de arena y rocas de los Andes. Zavala y su paisano habían llegado allí unos minutos antes. Zavala “inspeccionaba” casi todos los prostíbulos. Lo reconocían. Acompañado por el tartamudo andaba muy cerca de las filas de cuartuchos del “corral”. Algunas prostitutas criollas lo saludaban desde sus cajones. Él contestaba alzando el brazo o sonriendo, según la distancia. Aspiraba fuerte el aire. El viento se llevaba los olores fugaces; el hedor del mar no cesaba. “E-e-este vicioso hue-huele la-la-la-las “zorras” pestíferas, a-a-así, a-a-abriendo las narices”, pensaba el Tarta. Y él también vio a Asto. También se dio cuenta, él, del apresuramiento del pequeño cuerpo del pescador.

Zavala vio entrar a Asto a uno de los cuartuchos del extremo de la fila. El Tarta y Zavala pescaban para la misma compañía que Mendieta. Los tres habían visto al indio Asto chapoteando en el mar, días de días, amarrado al muelle, aprendiendo a nadar para matricularse en la Capitanía. Seguido del Tarta, Zavala se encaminó hacia el cuartucho del “corral” al que había entrado Asto. Desde esa esquina del “corral” se podía ver la cadena de islas que cerraban la bahía, las bocanas que separaban las islas y por donde los centenares de barcos pesqueros entraban y salían del puerto.

Zavala estiró el brazo y señaló la bahía.

—Esa es la gran “zorra” ahora, mar de Chimbote —dijo—. Era un espejo, ahora es la puta más generosa zorra que huele a podrido. Allí podían caber cómodamente, juntas, las escuadras del Japón y de los gringos, antes de la guerra. Los alcatraces volaban planeando como señores dueños.

—De-de de’sa “zo-zo-zorra” vives, maricón —le contestó el Tarta— Vi-vi-vive la patria.

—Vive y suda, Tarta bestia. Asto agoniza, como pez en la arena caliente.

—No-no-no seas caballo. A-a-asto pe-pe-pelea co-co-con uñas y dientes, en-en-en cualquier parte.

Lo vieron salir del cuartocho, abrazado de una mujer bajita. Ella cargaba en el brazo derecho una maleta pequeña. Zavala, seguido del Tarta, se dirigió hacia la pareja.

—Te presento a m’hermana —dijo Asto a Zavala—. Yo... como cabrón Tinoco era. Ahora, ochinta toneladas de diario, tres semanas hey cobrado. Me cumpleaños es, me santo. Tengo billete para meter al garganta del Tinoco, del Braschi también, se quiere. ¡Adiós prostíbolo “corral”, adiós, adiós ¡ay! mala vida!

Se fueron. Dejaron abierta la puerta del cuartocho, Zavala y el Tarta los siguieron hasta el campo de estacionamiento de los automóviles.

—Jefecito, patroncito —le dijo Asto a un chofer—. Llévame barrio Aciro, con coidado.

—Triste puta te llevas —comentó el chofer.

—Nu, caballiro, m’hermana es. ¡Santo de mí, ahora!

A poco de arrancar el automóvil, el chofer oyó que el pasajero hablaba en quechua, fuerte, casi gritando ya. La mujer le contestaba igual. Hablaron, después, juntos, al mismo tiempo. Parecía un dúo alegre y desesperado. “¡Estos serranos! Nadie sabe, nunca”, dijo silabeando, despacio, el chofer.

—Una paseada más a la Narizona, oye, Tarta —rogó Zavala a su paisano—. Una paseada.

—Tú solo, güevón. Yo voy a la gran chucha’e tu madre que n—nos alimenta, que—que—que parió a Braschi, a Rincón. Chimbote re—re—resplandece hu—hu—humo, llama vi—vi—viva. ¡Chucha vida!

Se fue rengueando sobre la arena.

“Poeta tartamudo, avaro; señor de pueblo que era, ese sólo fornicaba a la gran ‘zorra’ que es la bahía -se quedó reflexionando Zavala-. Antes espejo, ahora sexo millonario de la gran puta, cabroneada por cabrones extranjereados, mafiosos. Y, y el indio ése, pendejo, discípulo arrepentido del Tinoco, ¡que se vaya a la mierda!” Luego se echó a andar hacia el salón rosado.

Con la luz neón su saco azul ennegreció y se encendió un brillo en la superficie; era de tela sintética. “Tiburonzos cabrones, cabroñean a Chimbote, cabroñean al Perú desde el infierno putó”. Reflexionando ingresó Zavala al callejón rosado. De tres, de cuatro, de a uno, salían hombres apurados. “No tienen cara creo, estos, o yo

tengo los ojos hechos brea...” Y empezó, nuevamente, a dar paseos cortos frente a la misma puerta.

—Entra, Za–za–zavala —oyó que le decía el zambo Mendieta—. ¡Por los clavos!... de tu taco, entra —lo invitó, manteniendo la puerta abierta—. Ahí, con la Narizona, nu’hay tiempo pa’pensar. Yo me largo ya.

—Es una “deferencia”, Mendieta. Entro —dijo Zavala.

Por primera vez pasó ese umbral. Mendieta le cerró la puerta desde afuera. Zavala corrió el cerrojo.

La Narizona medio se arrodilló sobre la cama. La luz roja del velador, un foquito en forma de lanza, le alumbraba la cara, el filo bravo de la nariz.

—Tanto tiempo paseas —dijo—. Reloj despertador sin dueño.

—Mejor es pasear —contestó Zavala, y se volvió hacia la puerta.

—No. ¡Flaco animal! —saltó de la cama la Narizona—. El zambo me ordena. Yo te hago lo que quieras; por él.

—Como la gran ‘zorra’ de Chimbote cuando ordenan de New York a Lima y de Lima a Chimbote. ¡Las huevas, cabrona! ¡Finish!

Zavala abrió la puerta y salió. Una pequeña cola de hombres se formó inmediatamente frente a esa puerta.

A nuestro padre creador Túpac Amaru⁵⁸

A Doña Cayetana, mi madre india, que me protegió con sus lágrimas y su ternura, cuando yo era niño huérfano alojado en una casa hostil y ajena. A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio en quienes sentí por vez primera, la fuerza y la esperanza-.

Tupac Amaru, hijo del Dios Serpiente; hecho con la nieve del Salqantay; tu sombra llega al profundo corazón como la sombra del dios montaña, sin cesar y sin límites.

Tus ojos de serpiente dios que brillaban como el cristalino de todas las águilas, pudieron ver el porvenir, pudieron ver lejos. Aquí estoy, fortalecido por tu sangre, no muerto, gritando todavía.

Estoy gritando, soy tu pueblo; tú hiciste de nuevo mi alma; mis lágrimas las hiciste de nuevo; mi herida ordenaste que no se cerrara, que doliera cada vez más. Desde el día en que tú hablaste, desde el tiempo en que luchaste con el acerado y sanguinario español, desde el instante en que le escupiste a la cara; desde cuando tu hirviente sangre se derramó sobre la hirviente tierra, en mi corazón se apagó la paz y la resignación. No hay sino fuego, no hay sino odio de serpiente contra los demonios, nuestros amos.

Está cantando el río,
está llorando la calandria,
está dando vueltas el viento;

⁵⁸ *A Nuestro Padre Creador Tupac Amaru* (himno-canción), se publicó por primera vez en 1962 Lima, en quechua y castellano. Forma parte del poemario *Temblar / Katatay* (1972).

día y noche la paja de la estepa vibra;
nuestro río sagrado está bramando;
en las crestas de nuestros Wamanis montañas,
en sus dientes, la nieve gotea y brilla.
¿En dónde estás desde que te mataron por nosotros?

Padre nuestro, escucha atentamente la voz de nuestros ríos; escucha a los temibles árboles de la gran selva; el canto endemoniado, blanquísimo del mar; escúchalos, padre mío, Serpiente Dios. ¡Estamos vivos; todavía somos! Del movimiento de los ríos y las piedras, de la danza de árboles y montañas, de su movimiento, bebemos sangre poderosa, cada vez más fuerte. ¡Nos estamos levantando, por tu casa, recordando tu nombre y tu muerte!

En los pueblos, con su corazón pequeñito, están llorando los niños.
En las punas, sin ropa, sin sombrero, sin abrigo, casi ciegos, los hombres están llorando, más tristes, más tristemente que los niños.
Bajo la sombra de algún árbol, todavía llora el hombre, Serpiente Dios, más herido que en tu tiempo; perseguido, como filas de piojos.
¡Escucha la vibración de mi cuerpo!
Escucha el frío de mi sangre, su temblor helado.
Escucha sobre el árbol de lambras el canto de la paloma abandonada, nunca amada;
el llanto dulce de los no caudalosos ríos,
de los manantiales que suavemente brotan al mundo.
¡Somos aún, vivimos!

De tu inmensa herida, de tu dolor que nadie habría podido cerrar, se levanta para nosotros la rabia que hervía en tus venas. Hemos de alzarnos ya, padre, hermano nuestro, mi Dios Serpiente. Ya no le tenemos miedo al rayo de pólvora de los señores, a las balas y la metralla, ya no le tememos tanto. ¡Somos todavía! Voceando tu nombre, como los ríos crecientes y el fuego que devora la paja madura, como las multitudes infinitas de las hormigas selváticas, hemos de lanzarnos, hasta que nuestra tierra sea de veras nuestra tierra y nuestros pueblos nuestros pueblos.

Escucha, padre mío, mi Dios Serpiente, escucha:
las balas están matando,
las ametralladoras están reventando las venas,
los sables de hierro están cortando carne humana;
los caballos, son sus herrajes, con sus locos

y pesados cascos, mi cabeza,
mi estómago están reventando,
aquí y en todas partes;
sobre el lomo helado de las colinas de Cerro de Pasco,
en las llanuras frías, en los caldeados valles de la costa,
sobre la gran yerba viva, entre los desiertos.

Padrecito mío, Dios Serpiente, tu rostro era como el gran cielo, óyeme: ahora el corazón de los señores es más espantoso, más sucio, inspira más odio. Han corrompido a nuestros propios hermanos, les han volteado el corazón y, con ellos, armados de armas que el propio demonio de los demonios no podría inventar y fabricar, nos matan. ¡Y sin embargo, hay una gran luz en nuestras vidas! ¡Estamos brillando! Hemos bajados a las ciudades de los señores. Desde allí te hablo. Hemos bajado como las interminables filas de hormigas de la gran selva. Aquí estamos, contigo, jefe amado, inolvidable, eterno Amaru.

Nos arrebataron nuestras tierras. Nuestras ovejitas se alimentan con las hojas secas que el viento arrastra, que ni el viento quiere; nuestra única vaca lame agonizando la poca sal de la tierra. Serpiente Dios, padre nuestro: en tu tiempo éramos aún dueños, comuneros. Ahora, como perro que huye de la muerte, corremos hacia los valles calientes. Nos hemos extendido en miles de pueblos ajenos, aves despavoridas.

Escucha, padre mío: desde las quebradas lejanas, desde las pampas frías o quemantes que los falsos wiraqochas nos quitaron, hemos huido y nos hemos extendido por las cuatro regiones del mundo. Hay quienes se aferran a sus tierras amenazadas y pequeñas. Ellos se han quedado arriba, en sus querencias y, como nosotros, tiemblan de ira, piensan, contemplan. Ya no tememos a la muerte. Nuestras vidas son más frías, duelen más que la muerte. Escucha, Serpiente Dios: el azote, la cárcel, el sufrimiento inacabable, la muerte, nos han fortalecido, como a ti, hermano mayor, como a tu cuerpo y tu espíritu. ¿Hasta donde nos ha de empujar esta nueva vida? La fuerza que la muerte fermenta y cría en el hombre ¿no puede hacer que el hombre revuelva el mundo, que lo sacuda?

Estoy en Lima, en el inmenso pueblo, cabeza de los falsos wiraqochas. En la Pampa de Comas, sobre la arena, con mis lágrimas, con mi fuerza, con mi sangre, cantando, edificué una casa. El río de mi pueblo, su sombra, su gran cruz de madera, las yerbas y arbustos

que florecen, rodeándolo, están, están palpitando dentro de esa casa; un picaflor dorado juega en el aire, sobre el techo.

Al inmenso pueblo de los señores hemos llegado y lo estamos removiendo. Con nuestro corazón lo alcanzamos, lo penetramos; con nuestro regocijo no extinguido, con la relampagueante alegría del hombre sufriente que tiene el poder de todos los cielos, con nuestros himnos antiguos y nuevos, lo estamos envolviendo. Hemos de lavar algo las culpas por siglos sedimentadas en esta cabeza corrompida de los falsos wiraqochas, con lágrimas, amor o fuego. ¡Con lo que sea! Somos miles de millares, aquí, ahora. Estamos juntos; nos hemos congregado pueblo por pueblo, nombre por nombre, y estamos apretando a esta inmensa ciudad que nos odiaba, que nos despreciaba como a excremento de caballos. Hemos de convertirla en pueblo de hombres que entonen los himnos de las cuatro regiones de nuestro mundo, en ciudad feliz, donde cada hombre trabaje, en inmenso pueblo que no odie y sea limpio, como la nieve de los dioses montañas donde la pestilencia del mal no llega jamás. Así es, así mismo ha de ser, padre mío, así mismo ha de ser, en tu nombre, que cae sobre la vida como una cascada de agua eterna que salta y alumbrá todo el espíritu y el camino.

Tranquilo espera,
tranquilo oye,
tranquilo contempla este mundo.
Estoy bien ¡alzándome!
Canto;
mismo canto entono.
Aprendo ya la lengua de Castilla,
entiendo la rueda y la máquina;
con nosotros crece tu nombre;
hijos de wiraqochas te hablan y te escuchan
como el guerrero maestro, fuego puro que enardece, iluminando.
Viene la aurora.
Me cuentan que en otros pueblos los hombres azotados,
los que sufrían, son ahora águilas,
cóndores de inmenso y libre vuelo.
Tranquilo espera.
Llegaremos más lejos que cuanto tú quisiste y soñaste.
Odiaremos más que cuanto tú odiaste;
amaremos más de lo que tú amaste,

con amor de paloma encantada, de calandria.
Tranquilo espera, con ese odio y con ese amor sin sosiego
y sin límites, lo que tú no pudiste lo haremos nosotros.
Al helado lago que duerme, al negro precipicio,
a la mosca azulada que ve y anuncia la muerte
a la luna, las estrellas y la tierra,
el suave y poderoso corazón del hombre;
a todo ser viviente y no viviente,
que está en el mundo,
en el que alienta o no alienta la sangre, hombre o paloma,
piedra o arena,
haremos que se regocijen,
que tengan luz infinita, Amaru, padre mío.
La santa muerte vendrá sola, ya no lanzada
con hondas trenzadas ni estallada por el rayo de pólvora.
El mundo será el hombre, el hombre el mundo,
todo a tu medida.

Baja a la tierra, Serpiente Dios, infúndeme tu aliento; pon tus manos
sobre la tela imperceptible que cubre el corazón. Dame tu fuerza,
padre amado.

Llamado a algunos Doctores⁵⁹

A Carlos Cueto Fernandini y John V. Murra.

Dicen que ya no sabemos nada, que somos el atraso, que nos han de cambiar la cabeza por otra mejor.

Dicen que nuestro corazón tampoco conviene a los tiempos, que está lleno de temores, de lágrimas, como el de la calandria, como el de un toro grande al que se degüella; que por eso es impertinente.

Dicen que algunos doctores afirman eso de nosotros; doctores que se reproducen en nuestra misma tierra, que aquí engordan o que se vuelven amarillos.

Que estén hablando, pues; que estén cotorreando si eso les gusta. ¿De qué están hechos los sesos? ¿De qué está hecha la carne de mi corazón?

Los ríos corren bramando en la profundidad. El oro y la noche, la plata y la noche temible forman las rocas, las paredes de los abismos en que el río suena; de esa roca están hechos mi mente, mi corazón, mis dedos.

¿Qué hay a la orilla de esos ríos que tú no conoces, doctor?

Saca tu largavista, tus mejores anteojos. Mira, si puedes.

Quinientas flores de papas distintas crecen en los balcones de abismos que tus ojos no alcanzan, sobre la tierra en que la noche y el oro, la plata y el día se mezclan. Esas quinientas flores son mis sesos, mi carne.

¿Por qué se ha detenido un instante el sol, por qué ha desaparecido la sombra en todas partes, doctor?

⁵⁹ *Llamado a algunos doctores*, se publicó por primera vez, en su versión castellana, en el Suplemento Dominical de "El Comercio", el 3 de Julio de 1966. Forma parte del poemario Temblar / Katatay

Pon en marcha tu helicóptero y sube aquí, si puedes. Las plumas de los cóndores, de los pequeños pájaros se han convertido en arco iris y alumbran.

Las cien flores de la quinua que sembré en las cumbres hierven al sol en colores; en flores se han convertido la negra ala del cóndor y de las aves pequeñas.

Es el mediodía; estoy junto a las montañas sagradas; la gran nieve con lampos amarillos, con manchas rojizas, lanza su luz a los cielos.

En esta fría tierra siembro quinua de cien colores, de cien clases, de semillas poderosas. Los cien colores son también mi alma, mis infatigables ojos.

Yo, aleteando amor, sacaré de tus sesos las piedras idiotas que te han hundido.

El sonido de los precipicios que nadie alcanza, la luz de la nieve rojiza que, espantando, brilla en las cumbres; el jugo feliz de millares de yerbas, de millares de raíces que piensan y saben, derramaré en tu sangre, en la niña de tus ojos.

El latido de miriadas de gusanos que guardan tierra y luz; el vocerío de los insectos voladores, te los enseñaré, hermano, haré que los entiendas.

Las lágrimas de las aves que cantan, su pecho que acaricia igual que la aurora, haré que las sientas y oigas.

Ninguna máquina difícil hizo lo que sé, lo que del gozar del mundo gozo.

Sobre la tierra, desde la nieve que rompe los huesos hasta el fuego de las quebradas, delante del cielo, con su voluntad y con mis fuerzas hicimos todo esto.

¡No huyas de mí, doctor, acércate! Mírame bien, reconóceme ¿Hasta cuándo he de esperarte?

Acércate a mí; levántame hasta la cabina de tu helicóptero. Yo te invitaré el licor de mil savias diferentes; la vida de mil plantas que cultivé en siglos, desde el pie de las nieves hasta los bosques donde tienen sus guaridas los osos salvajes.

Curaré tu fatiga que a veces te nubla como bala de plomo; te recrearé con la luz de las cien flores de quinua, con la imagen de su danza al soplo de los vientos; con el pequeño corazón de la calandria en que se trata el mundo; te refrescaré con el agua limpia que canta y que yo arranco de la pared de los abismos que tiemplan con su sombra a nuestras criaturas

¿Trabajé siglos de años y meses para que alguien que no me conoce y a quien no conozco me corte la cabeza con una máquina pequeña?

No, hermanito mío. No ayudes a afilar esa máquina contra mí; acércate, deja que te conozca; mira detenidamente mi rostro, mis venas, el viento que va de mi tierra a la tuya es el mismo; el mismo viento respiramos; la tierra en que tus máquinas, tus libros y tus llores cuentas, baja de la mía, mejorada, amansada.

Que afilen cuchillos, que hagan tronar zurriagos; que amasen barro para desfigurar nuestros rostros; que todo eso hagan.

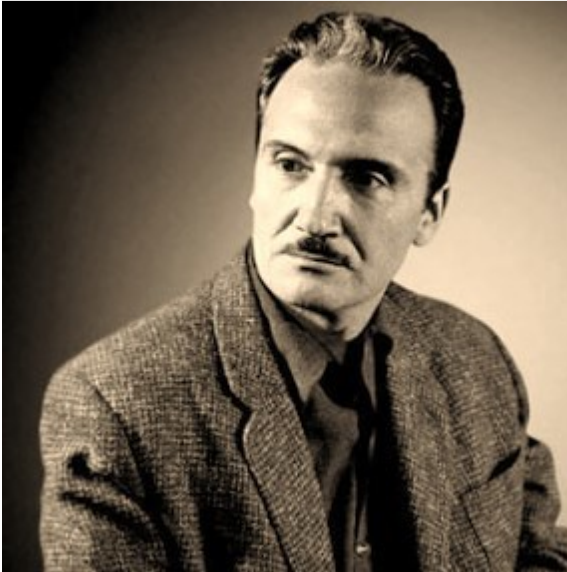
No tememos a la muerte; durante siglos hemos ahoga. do a la muerte con nuestra sangre, la hemos hecho danzar en caminos conocidos y no conocidos.

Sabemos que pretenden desfigurar nuestros rostros con Darro; mostrarnos así, desfigurados, ante nuestros hijos para que ellos nos maten.

No sabemos bien qué ha de suceder. Que camine la muerte hacia nosotros; que vengan esos hombres a quienes no conocemos. Los esperaremos en guardia; somos hijos del padre de todos los ríos, del padre de todas las montañas. ¿Es que ya no vale nada el mundo, hermanito doctor?

No contestes que no vale. Más grande que mi tuerza en miles de años aprendida; que los músculos de mi cuello en miles de meses, en miles de años fortalecidos, es la vida, la eterna vida, el mundo que no descansa, que crea sin fatiga; que pacto forma como el tiempo, sin fin y sin principio.

**Textos seleccionados acerca
de José María Arguedas y su obra literaria**



1969, Lima: Arguedas

Eduardo Galeano

Arguedas se parte el cráneo de un balazo. Su historia es la historia del Perú; y enfermo de Perú se mata.

Hijo de blancos, José María Arguedas había sido criado por los indios. Habló quechua toda su infancia. A los diecisiete años fue arrancado de la sierra y arrojado a la costa; salió de los pueblitos comuneros para entrar en las ciudades propietarias.

Aprendió la lengua de los vencedores y en ella habló y escribió. Nunca escribió sobre los vencidos, sino desde ellos. Supo decirlos; pero su hazaña fue su maldición. Sentía que todo lo suyo era traición o fracaso, desgarramiento inútil. No podía ser indio, no quería ser blanco, no soportaba ser a la vez el desprecio y el despreciado.

Caminó el solitario caminante al borde de ese abismo, entre los dos mundos enemigos que le dividían el alma. Muchas avalanchas de angustia le cayeron encima, peores que cualquier alud de lodo y piedras; hasta que fue derribado.

De: Memoria del fuego III. El siglo del viento.

Una única y espléndida historia

Antonio Cornejo Polar

Me pregunto si alguna vez no habrá que leer el capítulo primero de *Los ríos profundos*, el último de *Todas las sangres*, el halli-taki “A nuestro padre creador Túpac Amaru” y los “diarios” de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, como instancias personalísimas que asume, con temor y gozo, un significado colectivo, casi materialmente social. El adolescente que dialoga con las viejas piedras del Cusco, el indio que se deja fusilar porque sabe que el futuro es suyo y de los suyos, la voz plural que canta al invencible Amaru, el hombre que se suicida y se despide no con amargura, sino con euforia, imaginando que con su muerte acaba un mundo y comienza otro, el de la plenitud de la vida, son figuraciones y testimonios de una conciencia portadora de la conciencia de todo un pueblo. Quizá José María no nos contó más que una única y espléndida historia: la historia (que es la historia de un mito y el mito de una historia) de cómo un hombre puede ser muchos hombres, y una patria todas las patrias, cuando el amor y la rabia hierven en un fuego que se sabe muchos más de luz que de destrucción.

De: Arguedas, una espléndida historia.

En: José María Arguedas. Vida y obra. Amaru Editores, 1991.

Arguedas, un peruano especial

Rodrigo Montoya

Arguedas junto con Mariátegui y Vallejo forman los tres pilares del Perú contemporáneo; ellos son tres de las bases más importantes de la nacionalidad peruana en formación. Arguedas fue un testigo actor-intelectual de cincuenta años decisivos del siglo XX (1920-1969). Bebió de la fuente indigenista, estuvo cerca de la izquierda socialista, se formó como antropólogo dentro de la corriente culturista norteamericana y a lo largo de su vida fue un peruano especial, zorro de arriba y de abajo, dolido hombre andino y al mismo tiempo ciudadano urbano, feliz descubridor de otros cielos y ciudades del mundo.

Las imágenes del Perú que Arguedas fue elaborando resultan de su experiencia de niño-adolescente criado en diversos lugares de los Andes, de su práctica de maestro en Lima y Sicuani, de su amor por la música, el canto, la danza y la plástica quechua, de sus trabajos de investigación antropológica en los Andes y la costa del Perú y en España. La literatura le sirvió como un instrumento preciso para pensar el Perú, para presentar algunos de sus mayores conflictos, para crear situaciones límites y resolverlas a partir de sus intuiciones. Él supo combinar el texto literario (sobre todo narrativo) con la producción antropológica, ensayos sobre la cultura y el folklore, la cátedra universitaria, la producción periodística constante y un breve paso por la gestión política de la Casa de la Cultura en 1963 y 1964. Como lo he señalado en otro texto (Montoya, 1979), el conjunto de su obra lleva el sello mariateguiano de peruanizar el Perú. Fue esencial para él dar a conocer lo que era el

mundo andino quechua desde dentro, contribuir a mostrar la riqueza cultural del Perú y defender a los grupos étnicos la constante agresión de la que son víctimas.

*De: Visiones del Perú en la obra de Arguedas.
En: José María Arguedas. Vida y obra. Amaru Editores, 1991.*

Acerca del poema *A nuestro padre creador Túpac Amaru*

Martín Lienhard

Dos años antes de terminar esa novela [*Todas las sangres*], Arguedas publica su texto políticamente más radical, el poema quechua *Túpac Amaru kamaq taytanchisman*: “Acabo de concluir -escribe el 13 de julio de 1962 a su psiconalista, la doctora Lola Hoffmann- un poema en quechua a Túpac Amaru”. Este poema, Arguedas lo coloca claramente en el contexto de la rebelión campesina y su consecuencia más inmediata: la represión. El 15 de agosto, le explica a John Murra que:

El poema a “Túpac Amaru”, lo escribí en los tristes días en que se mataba comuneros. No estoy aún decidido a difundirlo. Te ruego que, si te es posible, me pongas unas líneas dándome tu opinión acerca de si podrá ser interpretado como un llamado a la rebelión. El Dr. Valcárcel, que es tan prudente y lo ha sido durante toda su vida, cree que no, pero yo siento algún temor. No deseo ser en mi patria un “apestado comunista”.

*De: ¿Ficción o realidad? El poder de todas las sangres.
En: Todas las sangres: cincuenta años después. Ministerio de
Cultura, 2015.*

La utopía de Arguedas

Julio Ortega

Los ríos profundos parece responder a los 7 *Ensayos* de José Carlos Mariátegui. Los problemas (la tierra, el indio, la educación, la religión...) analizados en su tiempo por Mariátegui son narrados para siempre por Arguedas. No porque se lo haya propuesto, ni porque la novela siga un programa didáctico, sino porque son, en efecto, los temas más característicos de la lectura nacional, casi las estaciones de su vida pública. Solo que no todo es legible en esta gran novela. La lectura no agota a la experiencia, que incluye la subjetividad, tanto la cólera como la ternura, irresueltas, la humillación como la plenitud, solitarias. Así como la belleza luminosa de un mundo no escrito aún, no leído aún, que aparece como una creación reciente y convierte al hombre en un sujeto por hacerse. La utopía de Arguedas no es arcaica: es, por el contrario, la utopía más moderna, la de la comunicación plena. Porque esta novela no se complace en el malestar ni se rinde al pesimismo de la clase media ilustrada: con las pruebas de la deshumanización forja las resoluciones más humanas.

Esos “ríos profundos” son, al final, los lenguajes interiores del cuerpo simbólico nacional. Por eso, la experiencia peruana aparece aquí como un mapa de la comunicación: el Perú es un país en el cual un hombre no puede hablar libremente a otro.

Interferida por los prejuicios raciales y sociales, la comunicación se torna jerárquica, sospechosa, recusatoria. Y termina en la violencia mutua: el que niega al otro se niega a sí mismo. El sujeto nacional carece de la experiencia ética: no tiene lugar para el otro. Por un lado, esa derogación del otro equivale a un suicidio moral, porque impide la benevolencia de reconocer; por otro, a un autismo cultural, porque impide la madurez de compartir. Arguedas es nuestro

gran moralista, no porque tuviese convicciones doctrinarias que recomendar, sino porque tenía grandes esperanzas para nosotros, sus lectores. Pero fue también un intelectual entrañable, porque no creía en las verdades únicas sino en los límites de las opiniones, en las fuerzas de flaqueza, en la duda metódica y los afectos durables. Su obra no explica al Perú, lo alberga.

La dimensión política de esta novela es radicalmente democrática: el Perú, nos dice, es un país todavía colonial, porque el sujeto es incapaz de sumar y adquiere su identidad en una resta perpetua; está hecho por la exclusión, en el menoscabo de los otros. El colonialismo se hace patente no solo en los poderes de dominación sin, en el cainismo, en el faccionalismo, de la vida política. Fue un gran escritor, pero de una estirpe más rara: un gran escritor con grandeza.

*De: Leer hoy Los ríos profundos.
En: El Dominical, de El Comercio, 19 de nov. de 2000.*

La violencia en los cuentos de Arguedas

Mario Vargas Llosa

La más acusada característica de la sociedad que estos cuentos describen es la violencia, una crueldad que, encubierta o impúdica, comparece en todas las manifestaciones de la vida. Se trata de una sociedad andina —sólo *El cargador*, *Orovilca*, *El forastero* y el trunco *El puente de hierro* no suceden en la sierra peruana, pero también en ellos se halla está presente como referencia—, feudal, en la que un puñado de 'mistis' —gamonales, comerciantes— de cultura medianamente occidentalizada, ejerce una explotación múltiple sobre la masa india, de habla y tradición quechuas. Esta masa se divide en comuneros independientes, como los de Utej-Pampa, y comuneros adscritos a tierras patronales en calidad de tributarios, o concertados, pastores, mayordomos, sirvientes, etc. Existe una delgada capa de mestizos, tan insignificante que no sirve de lazo de unión ni siquiera de amortiguador entre indios y 'mistis'. Estos viven incomunicados, odiándose y desconociéndose, y sus únicas relaciones resultan del abuso y la explotación que los unos infligen a los otros. La injusticia de que es víctima el indio está documentada a lo largo de los relatos, que, desde este punto de vista, pueden ser leídos como un catálogo de iniquidades. El 'misti' se apodera arbitrariamente de las tierras de las comunidades, haciéndolas cercar y luego llamando a la autoridad política y al juez para que convaliden el despojo (como Don Ciprián); monopoliza el agua y concede a los campesinos raciones avaras de modo que sus tierras se agostan (como Don Braulio); se adueña de vacas, caballos, chanchos y demás animales de los indios con el pretexto de que han invadido sus heredades (como Don Ciprián Palomino); viola impunemente a las indias (como Don Froilán) y se hace justicia por su mano, sin rendir cuenta a nadie y de acuerdo a su código moral racista y machista (como Don Silvestre). El 'misti', aunque habla quechua —para dar órdenes— menosprecia a los indios, considera

"asquerosas" sus costumbres (así califican los principales de San Juan al *ayla*), y, para castigarlos por faltas cometidas, o por simple maldad, es capaz de flagelarlos o martirizarlos, como el patrón de El sueño del pongo que obliga a su sirviente a imitar a perros y vizcachas y lo expone a la mofa de los otros indios.

Sus lugartenientes, en estos vandalismos, son el gobierno y el cura. Aquél le envía soldados para que escarmienten a balazos a los indóciles, como a los chaviñas en Agua por insubordinarse contra Don Pedro, o para llevar a cabo la leva de reclutas, operación en la que —se ve en *Doña Caytana*— los indios son cazados y arreados igual que animales. (...).

Si la denuncia de estas iniquidades hubiera sido el logro mayor de Arguedas, es probable que sus relatos no hubieran sobrevivido a las narraciones de sus contemporáneos, donde tales horrores se referían incansablemente. Lo innovador en su caso no estuvo en estos temas ni en el sentimiento de indignación que impregna sus cuentos. Este es el aspecto convencional de ellos, algo que era moda en la literatura de su época. Su originalidad consistió en que, al tiempo que parecía "describir" la Sierra, realizaba una superchería audaz: *inventaba* una Sierra propia. En 1950 diría que, para escribir con autenticidad sobre el indio, debió efectuar "sutiles desordenamientos" en el castellano⁶⁰. Los desordenamientos más atrevidos los llevó a cabo en las cosas y las personas antes que en las palabras.

De: "José María Arguedas, entre sapos y halcones" (1977)

⁶⁰ En "*La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú*", *Mar del Sur*, vol. III, enero-febrero 1950, Lima/Perú, p. 70.

Tres vertientes en la obra de Arguedas

Alberto Flores Galindo

Es difícil separar al Arguedas etnólogo del Arguedas novelista, y a ambos del personaje real. Tres vertientes: la ficción, la interpretación social y la autobiografía que se entretajan desde Agua se alimentan mutuamente, a veces parecen contraponerse para al final fusionarse por completo en lo que constituirá el producto más original de nuestra actual literatura. Si todo esto es válido, no sería inútil preguntar por la imagen del Perú en los relatos de Arguedas. ¿Cómo era ese país terrible que pretendía retratar en 1935? Desde luego, sus relatos no nos servirán para aproximarnos necesariamente al país real, sino al país vivido y sentido desde una biografía. La realidad social vista desde el mundo interior, desde un alma particularmente sensible que quiere trazar un mapa, definir un territorio para encontrar una ubicación allí. ¿Cómo es ese territorio?

De: "El Perú hirviente de estos días".

En: "Buscando un inca, identidad y utopía en los andes" (1986).

Dos sentidos en de la obra de Arguedas

Santiago López Maguiña
Gonzalo Portocarrero

La obra de José María Arguedas muestra la realidad a la vez escindida y total del Perú. A la división que se instala con la conquista española entre indígenas y españoles, indios y blancos, se superpone la división de clases, la que, a su vez, se entreteje con muchas otras diferencias, limeño y provinciano, patrón y sirviente, jefe y subordinado, incluso hombre y mujer. Estas fracturas, a pesar de las heridas que engendran, no se revelan en los textos de Arguedas para alentar el odio. Se muestran para descubrir y dar a conocer tanto los antagonismos como las complementaciones y posibilidades de cambio que han surgido en los siglos de cohabitación.

La obra de José María Arguedas no está pues orientada por un deseo de ser simplemente un testimonio que dé cuenta imparcial de los hechos que refiere. En los relatos, novelas, estudios etnográficos, artículos periodísticos, siempre aparece el autor comprometido con el mundo que representa o pone en escena. Ese compromiso tiene dos sentidos: el primero apunta a descubrir, para quienes no lo conocen, el mundo indígena de las serranías del sur andino peruano. Así, en los textos de Arguedas se hace visible el rico universo lingüístico y cultural de la colectividad quechua. Los modos de sentir y de pensar propios de ese pueblo, los modos principalmente pasionales en que se conecta con la naturaleza y se apropia de ella.

Pero, segundo, en su obra Arguedas se compromete a descubrir la visión y la actuación de los blancos y mestizos peruanos con relación a los indígenas *quechuas*. Con el mismo fervor con que representa el mundo indígena, Arguedas se esfuerza por descubrir el universo de la cultura y de la sociedad criollas.

Finalmente, su interés primordial está dirigido hacia el presente y el futuro del Perú. Arguedas quiere acercarse e identificar las mezclas, lo que él llamaba los «hervores», que definen su contemporaneidad, que es aún, en muchos aspectos, la nuestra. Otra vez no se trata de un acercamiento neutral. Hay una apuesta que recorre su obra: lograr la integración de «todas las sangres» sin que esa integración signifique una ruptura radical con el pasado. Lograr una modernidad propia que no reniegue de la tradición, que no abjure de lo más valioso de la singularidad y de la diferencia, dadas precisamente por ese legado andino que él trata de vigorizar.

De: *El pongo dentro de mí.*

En: <http://www.desco.org.pe/recursos/sites/indice/49/211.pdf>

Bibliografía

Arguedas, José María

- 1972 *Temblar Katatay*. Lima, Perú: I.N.C.
- 1985 *Todas las sangres*. Lima, Perú: Editorial Horizonte
- 1986 *Los ríos profundos*. Lima, Perú: Editorial Horizonte
- 1987 *Relatos completos*. Lima, Perú: Editorial Horizonte
- 1987 *Yawar fiesta (Fiesta de sangre)*. Lima, Perú: Editorial Horizonte
- 1987 *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Lima, Perú: Editorial Horizonte
- 2012 *Canciones y cuentos del pueblo quechua*. En: Obra antropológica, Tomo 2. Lima, Perú: Editorial Horizonte – Comisión del centenario del natalicio de José María Arguedas.
- *Cuentos religiosos- mágico quechuas de Lucanamarca*. En: Obra antropológica, Tomo 5. Lima, Perú: Editorial Horizonte – Comisión del centenario del natalicio de José María Arguedas.

Acerca de José María Arguedas y su obra

- FLORES GALINDO, ALBERTO. (2010). *Buscando un inca. Identidad y utopía en los andes*. Lima: Producciones Cantabria S.A.C
- PÉREZ, HILDEBRANDO Y GARAYAR, CARLOS. (1991). *José María Arguedas. Vida y obra*. Lima: Amaru Editores.
- PINILLA CISNEROS, CARMEN MARÍA (2015). *Todas las sangres: cincuenta años después*. Lima: Ministerio de Cultura.

